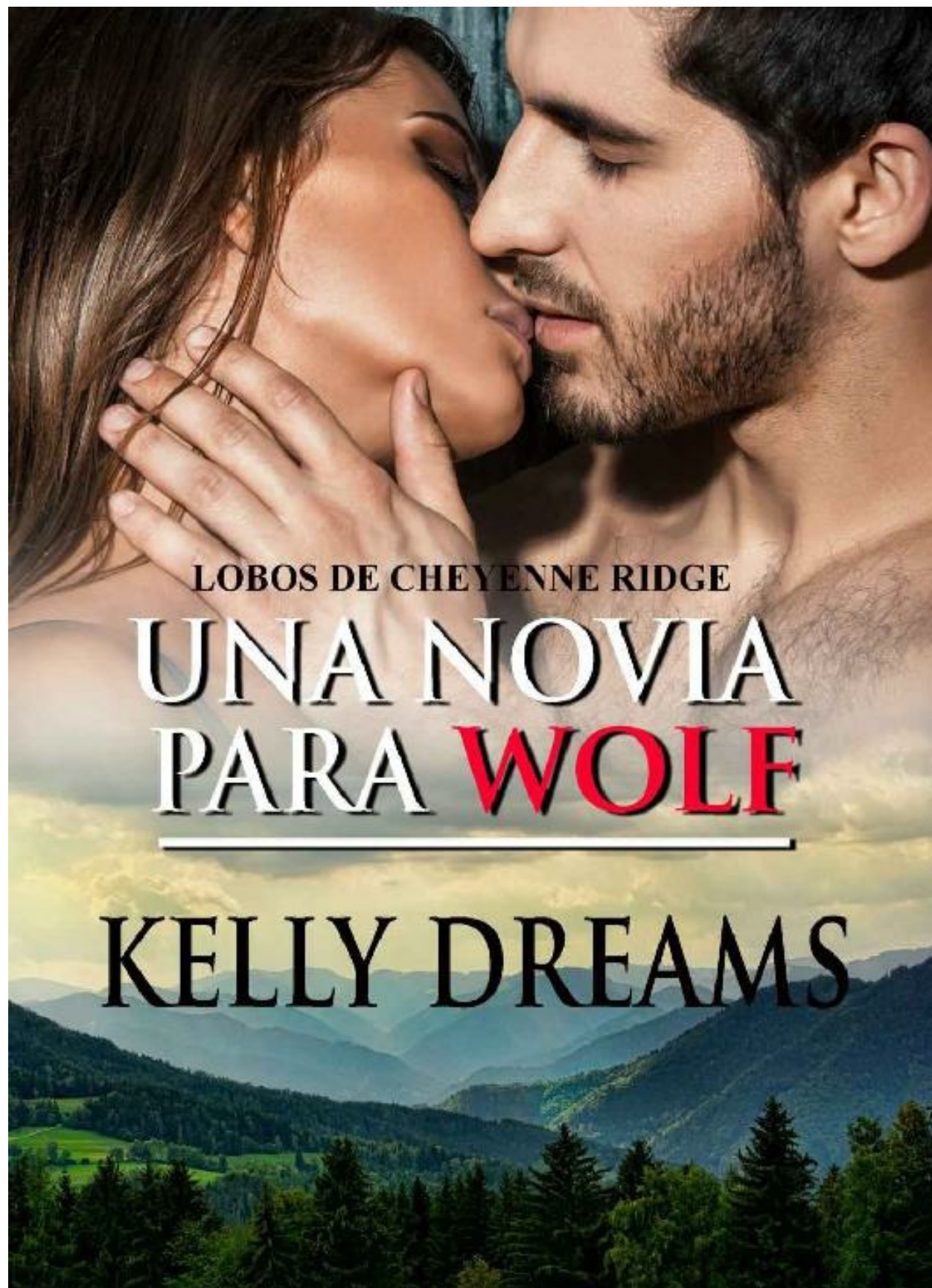




LOBOS DE CHEYENNE RIDGE

UNA NOVIA
PARA **WOLF**

KELLY DREAMS



LOBOS DE CHEYENNE RIDGE

UNA NOVIA
PARA **WOLF**

KELLY DREAMS

UNA NOVIA PARA WOLF

Kelly Dreams

(Serie Cheyenne Ridge 1)

COPYRIGHT

Una novia para Wolf

Serie Cheyenne Wolf 1

© 1ª edición 2019

© Kelly Dreams

Portada: © Dreamstime

Diseño Portada: Kelly Dreams

Maquetación: Kelly Dreams

Quedan totalmente prohibido la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.

DEDICATORIA

A mi hermana *Carmen*, por la paciencia que tiene para conmigo cuando me encierro a escribir y pierdo la noción del tiempo.

Gracias por apoyarme en cada una de mis decisiones y por creer en mí.

SINOPSIS

Acabar en un bar de carretera no era lo que Pandora tenía en mente el día de su boda, tampoco que la plantasen en el altar. Lo que iba a ser una jornada inolvidable se convirtió en una pesadilla en la que su coche terminó empotrado contra un árbol y ella deambulando por el bosque en plena noche.

Wolf ha pasado buena parte de su vida en Cheyenne Ridge, pero ya ha llegado el momento de irse. Lo único que lo detiene es la presencia de los furtivos que siembran el valle de trampas, peligrosos ceptos que ya han demostrado ser un peligro para los de su raza. Comprometido con la tarea de retirarlos, peina el territorio en busca de amenazas, lo que no contaba era que la amenaza de esa noche fuese una mujer vestida de novia dispuesta a volarle la cabeza con una rama.

Sola, abandonada y herida, Pandora se verá obligada a pasar tiempo en la pintoresca comunidad de Cheyenne Ridge y con el hombre que la rescató, uno que es mucho más de lo que parece a simple vista... Tanto que el descubrir quién es realmente Wolf podría hacer que su vida nunca volviese a ser la misma.

La autora Kelly Dreams vuelve a sus inicios dentro de romance paranormal presentando una nueva de cambiantes que encuentran su hogar en las entrañas de Cheyenne Ridge.

ÍNDICE

[COPYRIGHT](#)
[DEDICATORIA](#)

[SINOPSIS](#)

[ÍNDICE](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[EPÍLOGO](#)

CAPÍTULO 1

Pandora St. Pierre contempló el panfleto que había dejado la camarera, del restaurante de carretera en el que se había detenido en la esquina, de la mesa.

—Se busca novia.

Aquello parecía una fortuita burla al desastre en el que se había convertido el que iba a ser el mejor día de su vida. Un absurdo anuncio que le recordaba su propia equivocación, la que la había hecho acabar en ese reservado, en algún punto entre Chetwynd y McLeod Lake, vestida de novia. Lo que comenzó como un día lleno de ilusiones y sueños de futuro, terminó convirtiéndose en la más bizarra de todas las pesadillas.

Si las cosas hubiesen salido como había planeado, ahora mismo estaría disfrutando de su luna de miel en la *Riviera Francesa*, en lugar de eso estaba de camino hacia ninguna parte. Nada había salido como debería, el hombre que había conocido un año atrás, aquel que decía quererla y con quién había aceptado casarse esa misma mañana, no era quién decía ser. No, él era un impostor, un timador, alguien que la había engañado durante doce largos meses prometiéndole la luna y el sol y hubiese seguido haciéndolo si esa mañana no hubiese sido descubierto.

¿Y cómo había salido a la luz toda aquella pantomima? Pues en el transcurso de su propia boda, cuando una mujer, acompañada de un hombre, irrumpieron en la iglesia de un pequeño pueblecito a las afueras de Dawson Creek. Las palabras que esa desconocida había gritado nada más atravesar el umbral todavía resonaban en sus oídos.

—*Esta boda no puede llevarse a cabo porque es una farsa* —declaró

ella—. Jim Peterson no puede casarse con usted, señorita, pues lleva cinco años casado conmigo. Es el bastardo de mi marido.

Recordaba la palidez en el rostro de su prometido, el reconocimiento en sus ojos al verla y, cuando empezó a negarlo todo, el otro tipo, se presentó como un «detective privado» y corroboró las palabras de la mujer, mostrándole los documentos que lo certificaban.

Como si se tratase de una obra de teatro, el telón cayó y con ello lo hicieron también las máscaras. La extraña elección del lugar de la celebración, una pequeña iglesia en medio de ningún sitio al que había tenido que llegar con GPS, el padrino, supuesto hermano de su prometido y que resultó ser un actor contratado que no dudó en huir como un cohete al ver lo que se le venía encima, los padres del novio, a quienes había conocido apenas unas horas antes de la boda y que se escurrieron como sabandijas, sin olvidarse del sacerdote, sin duda el más flipado de todos, que tuvo las santas narices de preguntarle, cuando se vació la iglesia, si le abonaría sus honorarios.

Se quedó sola, abandonada y conmocionada frente al altar durante casi una hora, solo entonces reunió el valor para abandonar el pequeño edificio, subirse de nuevo a su coche y conducir hasta que el depósito de gasolina empezó a avisarle de que estaba en la reserva.

Sí, el mejor día de su vida se había convertido en una pesadilla de la que no acababa de despertar.

—Algunos de los rancheros de la zona tienen poco tiempo para las relaciones sociales, así que les echamos una mano.

Levantó la mirada y se encontró de nuevo con la camarera que la había atendido nada más llegar. En honor a la verdad, no recordaba mucho sobre el momento en que entró en el local y se sentó en ese reservado, ella había aparecido sin hacer comentario alguno de su atuendo, dedicándole una

maternal sonrisa y sirviéndole un café al tiempo que le dejaba ese folleto.

—Es un buen hombre, honesto, leal y con un gran sentido de la familia.

Miró de nuevo el folleto y luego a ella.

—¿Por qué me está diciendo todo esto?

—Porque veo en tus ojos la misma necesidad de compañía que hay en los de él. —Le dio un par de golpecitos al papel con un dedo.

Una aseveración demasiado osada para una persona que no la conocía de nada.

—¿Quieres que te traiga algo de comer? —sugirió cambiando de tema —.Tenemos un estofado de venado y una tarta de arándanos capaces de revivir a un moribundo.

—¿Le parezco moribunda?

—Me parece que has tenido un día duro y que no te vendría mal tomar algo caliente para recuperar fuerzas.

La miró, entonces echó un vistazo por la ventana.

—¿A cuánto está la gasolinera más cercana?

—A unos doce kilómetros, justo antes del desvío hacia *Cheyenne Ridge* —le indicó—. Hay un hostel en el pueblo, es pequeño aunque acogedor, deberías pasar la noche allí. No es una buena idea conducir por estos parajes en plena noche, sobre todo si no se conoce la carretera. Puedes reanudar tu viaje por la mañana.

Contempló las vistas, el local era el único edificio que había encontrado en kilómetros y kilómetros de bosque y montañas, algo típico en aquella región de la Columbia Británica. Tenía al menos un par de horas de coche hasta la siguiente parada y otras dos más si decidía continuar hasta casa, algo que no le apetecía, no con Josh listo para saltarle a la yugular con su estúpido «te lo dije» en cuanto atendiese a sus llamadas.

Su medio hermano le había advertido sobre su prometido, nunca lo había

visto con buenos ojos, incluso llegó a decirle que si hacía alguna estupidez, como fugarse con él, iba a enfrentar sola las consecuencias.

¿Y cuándo no las había enfrentado? La relación filial que había entre ambos no era ideal, se soportaban más que quererse y todo porque el padre de ambos era un capullo integral que había decidido ponerle los cuernos a su esposa con otra mujer —su propia madre—, para luego desentenderse de esa nueva relación y recuperar a su primera familia.

Con toda probabilidad no habría conocido siquiera a su padre si su madre no hubiese fallecido poco después de un ataque al corazón y los servicios sociales la hubiesen dejado delante de la puerta de su progenitor.

Al menos su madrastra era una mujer decente, lo suficiente como para aceptar a la hija fruto de la infidelidad de su marido y criarla como propia. Sí, Elina St. Pierre era una mujer con todas las letras, alguien a quién había querido como a una madre y que había sido una inspiración para ella hasta el día en que murió en un accidente de coche múltiple, tres años atrás.

Por desgracia, ese cariño no se había dado jamás entre Josh y ella.

—A veces es necesario hacer un alto en el camino y dormir toda una noche para ver las cosas bajo un cariz distinto al llegar la mañana.

Se volvió hacia la camarera al escuchar sus palabras.

—¿Qué es una noche más o una noche menos ahora que ya estás aquí? —insistió con una sonrisa—. Nada tienes que perder ya, ¿quién te dice que no ganes algo?

Resopló.

—Ya he ganado algo, la banda a la mujer más estúpida de todo Canadá.

—Tonterías —chasqueó la lengua y empujó el papel que seguía sobre la mesa—. Te traeré un plato de estofado, se piensa mucho mejor con el estómago lleno.

Bajó la mirada sobre el papel e hizo una mueca.

—No estoy interesada en ser la novia de nadie, ya no —cogió el papel entre los dedos e hizo una bola con él—. Y menos la de un rancho de un pueblo perdido en medio de ningún lado.

—No pensarías lo mismo si le conocieras, querida. Si yo tuviese diez años menos ese hombre no se me escaparía. No señor, no hay un partido igual a Wolf Carson en todo *Cheyenne Ridge*.

Sacudió la cabeza y dejó la bola de papel en la que había convertido el folleto a un lado del humeante café.

—He perdido mi interés en el género humano.

Una amplia sonrisa curvó los labios de la camarera.

—En ese caso, puede que Wolf despierte tu interés.

La camarera dio media vuelta y se alejó a buen paso privándola de una oportuna respuesta.

CAPÍTULO 2

Pandora empezaba a odiar el teléfono, a pesar de haberle quitado el sonido, la insistente luz de la pantalla seguía destacando en la paulatina oscuridad del coche, un mudo recordatorio de que antes o después tendría que enfrentarse al responsable de las llamadas.

Se detuvo el tiempo justo para echar gasolina, quería ponerse en marcha antes de que el sol se ocultase por completo, se sirvió ella misma, pero ni las zapatillas de *running*, ni la cazadora que había rescatado del maletero, podían evitar que la gente se fijase en todo el tul blanco de su vestido de novia. Había barajado la posibilidad de quitárselo, pero tendría que ir por ahí en ropa interior y medias; era una pena que no estuviesen en pleno verano.

El estofado la había hecho entrar en calor, pero sus pensamientos sobre el desastre que era su vida, no cambiaron en absoluto, si acaso se reafirmaron.

Durante doce meses había confiado en un hombre que era un fraude, se había dejado llevar por la ilusión, por la emoción por tener a alguien a su lado después de estar tanto tiempo sola y aquello la había cegado. No existía otra explicación para no haber sospechado siquiera sobre todo lo que ese hombre era capaz de hacer.

Por mucho que odiara dársela, Josh tenía razón al decir que no le conocía, que una relación de unos pocos encuentros cada mes, no podía considerarse algo estable. Si hubiese sabido lo que tenía en mente, que llevaba los últimos treinta días planeando su propia boda, la habría encerrado para tirar luego la llave.

Miró de nuevo el insistente parpadeo y arrugó la nariz.

No era usual que él la llamase, por lo general ambos se ignoraban el uno al otro durante meses, pero en la última conversación que habían mantenido ella le había dejado claro que pensaba hacer con su vida lo que le diese la gana, incluso casarse si así le apetecía.

Y eso había hecho, ni siquiera se había molestado en notificarle sus intenciones, después de todo, su prometido le había dicho que iban a «protagonizar» una fuga romántica.

—No estoy de humor para escuchar tus quejas.

No quería ver la satisfacción en sus ojos, ni escucharla en sus palabras mientras le reprochaba sus malas decisiones. Ya no era una niña, no podía intimidarla o decidir por ella, su vida era suya, aún si esta se hundía en ocasiones como el *Titanic*.

Estiró la mano hacia el asiento del copiloto, el teléfono se había resbalado fuera del bolso con todas esas vibraciones. Lo tocó con la punta de los dedos, moviéndolo al tiempo que apartaba la vista un segundo de la carretera. El imprudente gesto fue suficiente para que mermase su tiempo de reacción y se viese obligada a pisar el freno a fondo ante el inesperado obstáculo que apareció ante las luces del coche. El chirrido de los neumáticos llegó acompañado de varios volantazos y la inevitable pérdida de control del vehículo, dio un par de bandazos, zigzagueando, antes de deslizarse hacia un costado, abandonando la carretera para detenerse con brutal brusquedad contra el tronco de un árbol.

El airbag saltó amortiguando el brutal impacto, su cuerpo fue zarandeado hacia delante y hacia atrás como el de una muñeca de trapo y su cabeza terminó rebotando con el impulso, golpeándose sin remedio en un lado de la frente. El dolor explotó trayendo consigo la negrura y una momentánea inconsciencia.

Se despertó minutos después con el sonido del claxon, el motor se había detenido, pero las luces de cruce seguían iluminando el terreno hacia delante por encima de la bolsa del airbag. Levantó la cabeza e hizo una mueca al sentir un ramalazo de dolor, se llevó los dedos a la sien y cuando consiguió enfocar la mirada sobre ellos vio la sangre tiñendo sus yemas.

Gimió y se revolvió en un intento por desabrocharse el cinturón, si el claxon había dejado de sonar, el zumbido en los oídos no se detuvo. Peleó por librarse de la hinchada bolsa y alcanzar la manilla de la puerta, esta apenas cedió a sus intentos, así que tuvo que apoyar el hombro y empujar para que esta cediese lo suficiente hasta conseguir resbalar del vehículo.

Las luces parpadeaban como si quisieran apagarse de un momento a otro, una columna de humo se elevaba desde el capó entre pequeñas chispas que no tardaron en convertirse en llamas.

Cayó al suelo, arrastrándose hacia atrás, la parte delantera del coche parecía dispuesta a dejarse consumir por el inesperado fuego; eso no tenía buena pinta.

Una pequeña explosión la llevó a alejarse a gatas del lugar del accidente, intentó ponerse en pie solo para volver a resbalar por el desigual terreno. Se dejó ir aceptando cualquier distancia que pudiese poner entre sí misma y aquel vehículo en llamas, aún si esta la llevaba a internarse más y más en el frondoso bosque canadiense que se extendía delante de ella.

CAPÍTULO 3

—Furtivos y gilipollas, menuda combinación.

Casi era preferible que fuesen unos ineptos, pensó Wolf mientras desmontaba la trampa puesta con la que pensaban hacerse con alguna presa. En el último año la caza por las pieles de castores y visones había pasado de ser algo anecdótico protagonizado por los viejos cazadores de la zona a convertirse en un problema serio. Los furtivos habían llegado a *Cheyenne Ridge Valley* en busca de presas mucho más grandes e importantes; lobos y pumas.

Rompió con las manos enguantadas los rudimentarios materiales y retiró los cepos conteniendo a duras penas un gruñido. La pasada primavera una de esas trampas había herido de gravedad a una de las hembras de la manada, las cicatrices y la ligera cojera que todavía acompañaban a Sarah no hacía nada por minimizar sus instintos asesinos en lo tocante a esos cabrones.

Giró sobre sí mismo y avanzó a zancadas hacia el *quad* que todavía ronroneaba a un lado del camino con las luces encendidas. La noche caía como una manta oscura sobre el bosque, la espesura apenas dejaba pasar la visión del despejado cielo estrellado o la luminosidad del plenilunio. La enorme esfera amarilla blanquecina asomaba ya por encima de los árboles más altos del valle proclamando su llegada, si bien no podía verla desde su posición, la sentía en el fervor que corría por sus venas.

Metió los restos de la trampa en el saco y escuchó el sonido de metal contra metal cuando las nuevas piezas se reunieron a las que ya había

recuperado. Había sido una tarde provechosa, aunque no tanto como si hubiese encontrado a esos cabrones con las manos en la masa. Habría sentido verdadera satisfacción en darles una paliza y entregarlos después a las autoridades.

«¿Wolfie? ¿Estás ahí?».

La voz emergió entre interferencias desde la radio que llevaba con él, sacó el *Walkie Talkie* del bolsillo de la chaqueta y respondió con un gruñido.

—Si quieres conservar todos los dientes, deja de llamarme así. —Hizo una pausa—. ¿Qué quieres?

El sonido se hizo más claro, la voz de Cassidy Felon llegó sin cortes a través de la línea. Él era el líder del clan establecido al otro lado del río Pine, una de las dos comunidades que habían hecho del valle su hogar, además de encargarse también del cuidado y vigilancia de la zona. Ambos poseían un acuerdo tácito para colaborar en el mantenimiento y seguridad de sus respectivas gentes, aunque no podía decirse que se llamasen amigos. Todos tenían claro que mientras cada clan se mantuviese dentro de los límites de sus propias tierras, serían buenos vecinos.

—Mis muchachos han avistado un vehículo en llamas a unos doscientos metros del desvío hacia *Cheyenne Ridge* en la 97. —La información fue concisa, tal y como esperaba del líder de la manada de gatos que se había instalado al otro lado del río—. No había nadie en el coche cuando llegaron, la puerta del conductor estaba abierta y había un claro rastro humano adentrándose hacia el bosque. Es de suponer que, quién quiera que haya conducido hasta estrellarse en ese árbol, iba hacia *Cheyenne Ridge*.

La *John Hart Hwy*—o autopista 97—, era la vía principal por la que solía transitar la mayoría de gente que se desplazaba en coche desde *Prince George* hacia *Dawson Creek*, un área llena de lagos dedicados al deporte de pesca y salpicado por algún que otro pueblo. El valle estaba a mitad de

camino, para adentrarse en su territorio debería coger obligatoriamente el desvío que había a pocos kilómetros de la gasolinera. Era necesario conocer la zona o saber con exactitud hacia dónde dirigirse o podría pasarse por alto, motivo por el cual no solían recibir demasiados visitantes.

—¿Te ocupas tú o te mando a mi secretaria?

Fulminó el aparato de color amarillo que tenía en la mano y luchó consigo mismo para no apretarlo hasta hacerlo trizas; demasiados gastos tenía ya como para añadir una nueva radio a la lista. Apretó el botón para responder al maldito gato.

—Solo si ella no tiene pulgas y sabe cómo usar la boca —replicó mordaz—. Diles a tus sacos de pulgas que mantengan las patas y la cola fuera de mi territorio.

Sin una palabra más, aseguró la bolsa con los restos de las trampas en la parrilla trasera del *quad*, pasó una larga pierna enfundada en unos gastados vaqueros por encima del vehículo, recuperó el casco que había dejado colgado del manillar y se puso en marcha.

Lo último que necesitaba ahora era otro gilipollas, herido y paseándose por el territorio que pertenecía al clan lupino del valle.

CAPÍTULO 4

Si había algo muy bizarro en aquella visión era el vestido de novia que envolvía la figura de la mujer que blandía con fuerza un palo cualquiera en un intento por mantener a raya a los estúpidos adolescentes que habían salido a disfrutar de una noche de fiesta. Aquello siempre pasaba con los lobos jóvenes, los que todavía no habían aprendido a dominar sus instintos primitivos durante el ciclo de la luna llena y que creían que cualquier hembra con la que se cruzaban podía ser una buena y dispuesta compañera de juegos.

Había dejado el *quad* a poco menos de un kilómetro de dónde estaban, el aroma de la humana era un rastro fácil de seguir, estaba herida y no era muy ducha a la hora de evitar llevarse por delante toda clase de ramaje y arbustos, como tampoco lo era a la hora de orientarse si había decidido abandonar la carretera para internarse a través del bosque.

Emergió por detrás de ella, los jóvenes captaron al momento su presencia, otearon el aire y reconocieron su lugar dentro de la jerarquía del clan. Uno de ellos lanzó un lastimero aullido al que siguieron los de los otros dos, su extraña actitud debió ponerla sobre aviso, porque giró en una nube de algodón blanca y balanceó la rama con tal rapidez, que si no se hubiese agachado al momento, le habría golpeado de lleno.

—Oh dios... —la escuchó jadear al darse cuenta, imaginaba, que él no era otro animal salvaje.

Echó un único vistazo a los jóvenes lobos quienes, como una sola unidad, volvieron sobre sus patas emprendiendo al momento una sabia

retirada.

Ese pastel de mullida tela blanca trastabilló ante la inesperada huida de los lobos, bajó la madera sin soltarla y se dejó ir, cayendo sobre sus rodillas con un quebrado sollozo.

—Oh Dios, eso ha sido una estupidez.

—Sin duda lo ha sido.

Se giró entonces, lista para blandir de nuevo el palo, como si se hubiese olvidado de que casi le arranca la cabeza de un golpe, se vio obligado a levantar ambas manos en señal de rendición para detenerla.

—Tranquila, fierecilla, no soy el enemigo.

Unos enormes ojos castaños se abrieron en un rostro manchado de tierra y sangre seca, la misma que se había pegado a su pelo a la altura de la sien. El miedo bailaba en esas pupilas, una emoción que iba más allá de un simple susto y que profundizaba hacia algo mucho más potente.

—Ha tenido un accidente de carretera, ¿no es así? —Habló despacio, puntualizando cada palabra, dándole tiempo a su mente para volver a la seguridad—. Hemos visto el humo, el coche estaba envuelto en llamas y el conductor no estaba a la vista.

Esa mirada asustada recuperó el coraje suficiente para descender sobre él, constatando su presencia y la ausencia de peligro.

—Me... me salí de la carretera... —murmuró con voz suave, quebrada, se llevó la mano a la cabeza y se encogió de dolor cuando sus dedos tocaron ese pegote de sangre sobre la sien—, choqué... el árbol...

Su dificultad para articular las palabras lo hizo pensar al momento en una posible conmoción, eso podía explicar también que se hubiese adentrado en el bosque en vez de seguir por la carretera, que sería la opción más viable.

—Está bien, por suerte ha podido salir por su propio pie del vehículo.
—Miró a su alrededor, comprobando que los chicos habían abandonado el

terreno y buscando al mismo tiempo algún posible rastro que pudiese haber pasado por alto—. ¿Dónde está su marido? ¿Está herido?

—Mi... ¿marido?

Señaló el atuendo que no podía pasarse por alto. Si bien no había captado ningún otro rastro humano en las inmediaciones del accidente, no podía dar nada por sentado.

—¿Él está bien? ¿Necesita asistencia médica?

Negó lentamente con la cabeza solo para detenerse con un quejido de dolor, doblarse sobre sí misma y respirar a través de los apretados dientes.

—No hay... no hay ningún marido —creyó escucharla decir—. No hay... nadie.

Wolf acortó la distancia entre ambos con rapidez al ver que su cuerpo perdía su repentina rigidez y colapsaba sobre el suelo. La examinó temiéndose lo peor, pero la mujer todavía respiraba.

—¿Oiga? ¿Puede oírme? ¿Señora?

Siseó por lo bajo, sacó la radio del bolsillo y echó un nuevo vistazo a su alrededor planeando ya la manera de sacarla de allí.

—Soy Wolf. Necesito un transporte en el desvío a *Solitude Mountain* —informó sin esperar respuesta—. Avisa a Evelyn, que esté lista para recibir a una víctima de accidente de tráfico con una posible conmoción...

—¿Tiene algo que ver con el coche incendiado que han reportado los gatos cerca del área de descanso?

—...Y que alguien busque a los chicos de Júpiter, esos tres mocosos necesitan pasar un tiempo con el jefe.

—Estos cachorros, salen una noche y la lían... —chasqueó su interlocutor—. ¡Ey, Nikai! Coge el 4x4 y ve a buscar a Wolf al desvío a *Solitude Mountain*. Ha encontrado a la conductora del coche siniestrado, es posible que tenga una conmoción cerebral.

—Que deje encendida la radio, lo rastrearé.

—Ya le has oído, prenda. Los refuerzos van en camino.

Gruñó antes de dar por terminada la comunicación, dejó la radio a un lado, con el transpondedor encendido y se sacó la chaqueta para cubrir con ella a la mujer.

—De todas las noches posibles, esta no es la indicada para darse un paseo por el bosque y menos con un vestido de novia.

Sí, sin duda aquel era un encuentro que tardaría en olvidar.

CAPÍTULO 5

El coche había ardido hasta convertirse en una bola de metal churruscado. Pandora estaba oficialmente tirada en medio de ningún sitio, con unos cuantos puntos cerrando una laceración a la altura de la sien y un chichón del tamaño de una sandía en la cabeza.

Sin documentación, sin cartera o tarjetas de crédito, todo había ardido convirtiéndose en cenizas, todo menos ese estúpido vestido de novia que seguía burlándose de ella desde la silla en la esquina de la habitación.

La rasgada voz de la espigada mujer que había visto nada más abrir los ojos seguía resonando en un bucle interminable, la bata blanca y el nombre de Dra. Evelyn bordado en el bolsillo superior del que prendía un bolígrafo, había sido suficiente explicación para saber dónde estaba.

—Tendrá que quedarse en la clínica un par de días como mínimo, quiero asegurarme de que no tiene nada más grave que unas cuantas contusiones y un chichón en la cabeza —declaró tras hacerle una nueva revisión—. Ha tenido mucha suerte de poder salir de ese amasijo de hierros y no terminar usted también chamuscada. El bueno de Elías quiere hacerle unas preguntas sobre el accidente, pero tendrá que esperar hasta que esté en condiciones de responderle.

—¿El bueno de Elías? —No pudo evitar responder con otra pregunta, no tenía la menor idea de quién le estaba hablando.

—Elías Trevile, el sheriff de Cheyenne Ridge Mountain —le aclaró mientras comprobaba el goteo del suero—. No todos los días alguien decide

estrellarse contra un árbol y su coche estalla en llamas.

Parpadeó ante su alusión suicida e hizo una mueca.

—¿Le parece que tengo pinta de suicida?

Su mirada vagó con disimulo hasta el vestido de novia que había sobre la silla, una pregunta silenciosa que dejaba muchos interrogantes en lo referente a su presencia allí y al accidente.

—No, no creo que haya sido tan estúpida como para estrellarse a propósito, todo parece indicar que perdió el control y se salió de la carretera —continuó como si no hubiese hecho tal alusión—. ¿Mareos? ¿Dolor de cabeza? ¿Se sintió indispuesta?

—No perdí el control del coche debido a una indisposición, sino al evitar atropellar algo que se cruzó en la carretera —resopló y se llevó la mano a la sien, tocando el vendaje con los dedos ante el insistente latido—. No estoy muy segura de que era, pero apareció de repente y era de gran tamaño. Creo que di un volantazo para esquivarlo y entonces llegó el impacto, el airbag saltó y...

No tenía muy claro que había ocurrido a continuación, cómo había llegado a internarse en el bosque o cuándo habían aparecido esos lobos... o él.

Su presencia volvió de inmediato a su mente, el impacto que sintió ante una posible amenaza, cómo se giró lista para golpear lo que fuera para encontrárselo a él, el alivio de que no fuese otra amenaza de cuatro patas, el automático recelo hacia un completo desconocido... Uno que había ahuyentado al peligro y la había traído al hospital.

—¿Quién me encontró?

—Wolf Carson. Es el coordinador del grupo de *Rescate en Montaña de Cheyenne Ridge Valley* y también el agente forestal encargado de la región. Has tenido suerte de que estuviese ahí fuera, desmantelando trampas de esos

malditos furtivos, fue el primero en llegar hasta ti.

El nombre resonó en su cabeza como una campana y parpadeó, era el mismo que había escrito en el panfleto que le había dado la camarera, el que la mujer había pronunciado al ensalzar sus virtudes; el hombre que buscaba una novia.

—Mejor él que los gatos —masculló la mujer, ignorante de su propia línea de pensamiento.

Levantó la mirada, pero la doctora ya había dado media vuelta y se afanaba con unas bolsitas de líquido transparente que preparaba para añadir al gotero.

—¿Hay alguien a quien quiera llamar para informarle de lo ocurrido? —preguntó de forma casual, su mirada se encontró brevemente con la suya.

Ahora fue Pandora quien la deslizó sobre el vestido abandonado, apretó los labios y negó con la cabeza.

—De acuerdo, me llevaré esa montaña de algodón de azúcar y veré que puedo conseguirte que sea menos... blanco y recargado.

Cerró los labios con mayor firmeza, pero las palabras subieron por su garganta sin detenerse.

—Tírelo a la basura o, mejor aún, quémelo, no quiero volver a ver todo ese tul otra vez.

La respuesta de la doctora fue apretarle el hombro con gesto fraternal.

—Siempre he dicho que el matrimonio es una trampa mortal.

Recogió el vestido y salió por la puerta sin añadir nada más.

—Una trampa mortal —repitió las palabras y chasqueó la lengua—. Ni yo misma podría haberlo resumido mejor.

Curioso que hubiese alguien en esa misma región que parecía pensar lo contrario y estuviese decidido a embarcarse en una aventura semejante; no sabía dónde se estaba metiendo.

El señor Carson no encajaba en el tipo de hombre que recurriría a un anuncio de ese estilo, su porte era el de alguien seguro, acostumbrado a dominar las situaciones e incluso a llevar la voz cantante. ¿Cómo era posible que tuviese problemas a la hora de encontrar a alguien con quien compartir su vida?

Sacudió la cabeza e hizo una mueca ante la punzada de dolor que la atravesó, no se atrevió a rozar de nuevo el apósito con los dedos, tampoco es que tuviese mucho ánimo para hacerlo. Se dejó ir contra las almohadas, la luz de un nuevo día entraba tímidamente a través de las rendijas de las persianas recordándole que el tiempo seguía avanzando, que la vida seguía y ella tendría que hacer lo mismo.

Cerró los ojos con fuerza negándose a dejar escapar ni una sola lágrima, ese bastardo no se las merecía.

CAPÍTULO 6

—... de verdad, no puedes culparnos a nosotros, es cosa de las hormonas...

—Sí, tú también pasaste por ello, tienes que saberlo mejor que nosotros.

—Hace tanto tiempo de eso que seguro ya ni se acuerda, Roger.

—No íbamos a hacerle daño, no somos lobos incivilizados, solo...

—¿Calenturientos?

—Buch, no estás ayudando.

El tono de advertencia apenas camuflaba la diversión en la voz de Júpiter Banks, el alfa de la manada de lobos asentada en *Cheyenne Ridge*. Ignorando la llamada de atención, el aludido fijó sus ojos azules en los chicos que comparecían esa mañana ante el patriarca del clan. Los tres habían pasado la noche encerrados en una de las celdas de la comisaría de policía, una medida más que efectiva a juzgar por los rostros cabizbajos y culpables que lucían los jóvenes, aunque no podía decir lo mismo de su actitud y la absurda justificación que intentaban exponer ante Júpiter y Buch.

Wolf intercambió una mirada con el propietario del pub del pueblo quién no dudó en poner los ojos en blanco ante la juvenil perorata, aquellos tres eran expertos en escurrir el bulto, pero esta vez no lograrían salirse con la suya con tanta facilidad.

—Habéis dado caza a una hembra humana —les recordó, poniendo en palabras el motivo por el que se les estaba regañando—, a una mujer que acababa de tener un accidente de tráfico.

—No supimos nada del accidente hasta esta mañana, Wolf, lo juro. —Se

justificó uno de ellos.

—Pensamos que era otra de las hembras de tu anuncio —añadió otro—. Joder, esta incluso se había vestido de novia.

—¿Mi qué?

—¿De novia?

Su pregunta se solapó con la de su alfa, quién levantó la cabeza y los miró enarcando una ceja.

—Ya sabes, vestida de blanco, con mucho tul y volantes... —asintió Buch y lo miró a su vez—. El tipo de novia que estás buscando.

Parpadeó un par de veces ante la insinuación de su compañero, paseó la mirada por la habitación y comprobó que al parecer el único perdido en aquella extraña alusión era él.

—¿De qué mierda estáis hablando?

Los dos lobos adultos se miraron entre sí.

—Sabía que era algo demasiado bizarro incluso para ti —aseguró Júpiter con un suspiro.

—Joder, lobo, alguien te la ha jugado a base de bien —añadió Buch.

—¿Alguien me explica qué coño está pasando aquí?

—El anuncio en el restaurante de la autopista.

Se giró hacia uno de los chicos.

—¿El qué?

Su tono de voz fue suficiente para que los tres palidiesen.

—Alguien ha puesto un anuncio en el local de Silvie en tu nombre, al parecer el éxito que obtuvo Elías ha tenido más repercusión de lo esperado.

Empezó a palidecer al comprender hacia dónde iban los tiros. Sabía que Elías había recurrido a un anuncio en el periódico para encontrar novia. Lo que esperaba que fuese una excusa para mantener alejadas a algunas insistentes hembras de la manada, se convirtió en una inesperada realidad

cuando una bonita y decidida muchacha se presentó en el pueblo diciendo ser «su esposa». Un peligroso juego el que había jugado ese lobo, uno que había terminado con el sheriff del valle esposado a esa mujer por el resto de sus días; una condena de la que la pareja disfrutaba en la actualidad.

—Tiene que ser una broma.

—Parece que alguien te quiere emparejado, amigo.

Fulminó a Buch con la mirada y se volvió hacia su alfa.

—Vas a tener que hacer algo con Silvie, de lo contrario no te garantizo que alguno de nosotros no la haga pedacitos por meter las narices dónde nadie la llama.

El hombre levantó la mano pidiendo calma.

—No creo que esa simpática humana haya tenido nada que ver con ese anuncio —chasqueó—, quizá deberías mirar un poquito más cerca de casa.

—Joder, pues claro... Será hija de puta. —Se carcajeó Buch—. Sarah, es la única con los huevos suficientes como para idear algo así y no temer tus ladridos, Wolf.

Apretó los dientes. Sí, si había alguien que no tendría problema en orquestar algo como esto era esa mujer. Tras el accidente sufrido la pasada primavera había estado muy misteriosa, tenía que haber sospechado que algo estaba pasando.

—Voy a estrangularla...

—Ponte a la cola. —Júpiter puso los ojos en blanco, Sarah Aiyana Nashua era sin duda la espina clavada en la pata de más de uno de los miembros masculinos del clan, una que no tenían manera de quitarse—. Ahora, volviendo a tu novia...

—No es mi novia —gruñó.

—Pues dado su atuendo, debió ser la de alguien más —comentó Buch echando más leña al fuego—. Pero no encontramos otro rastro en las

inmediaciones, ni tampoco ningún cuerpo calcinado en el interior del coche.

—Lo que es todo un alivio —replicó el alfa con palpable ironía—. Lo último que necesitamos es un cadáver en nuestras tierras, es un tipo de publicidad que no me apetece tener.

Ni a él ni a ninguno de los habitantes del valle. La manada lupina se había instalado en esa área precisamente para poder vivir en paz, tener un lugar en el que poder lamerse las heridas y retirarse del mundanal ruido si así lo deseaban. Su comunidad acostumbraba a abrirle los brazos a cualquiera de sus compatriotas, no hacían preguntas y brindaban apoyo a quién lo necesitara, una receta que había traído consigo el crecimiento del pueblo con el paso de los años y una fidelidad absoluta hacia su dirigente.

—Así que tenemos una novia humana a la fuga en *Cheyenne Ridge* —resumió Júpiter con gesto pensativo—. ¿Habéis hablado ya con Evelyn? ¿Cómo se encuentra la mujer?

La doctora lo había echado a patadas de la clínica después de que se presentara una y otra vez a preguntar por la mujer, al final había amenazado con castrarle si no dejaba de merodear por su lugar de trabajo. Solo una hora antes lo había llamado para darle el parte médico, asegurándole que su paciente estaba bien, que solo tenía un chichón, algunos cortes y que iba a mantenerla en observación al menos veinticuatro horas más.

—Evelyn quiere que esté en observación durante el día de hoy para descartar cualquier posible secuela del accidente. Tiene un chichón en la cabeza, algunas laceraciones, una de ellas en la sien que requirió puntos aunque no reviste gravedad —resumió mirando a los muchachos mientras daba el reporte, quería que supieran lo que su estupidez podría haber ocasionado en caso de que él no hubiese llegado en ese momento—. Tenéis suerte de que no se haya roto el cuello por vuestra culpa.

—Wolf...

Gruñó, no pudo evitarlo, no podía sacarse de la cabeza la mirada de completo terror que había visto en sus ojos, ni la forma en la que sujetaba la madera para mantener a raya la amenaza.

—Sois unos cachorros estúpidos y carentes de sentido común —replicó conteniendo a duras penas su enfado.

—Son las hormonas, Wolf...

—Si vuelves a pronunciar esa palabra otra vez, no te garantizo que salgas de aquí con todos los miembros en su lugar —añadió Buch con un tono de voz demasiado alegre—, así que, sé un cachorro inteligente, agacha las orejas y pide perdón.

Los tres asumieron una posición de sumisión ante el liderazgo de aquellos que ostentaban mayor rango dentro de la manada y se mostraron arrepentidos.

—Lo sentimos, no volverá a suceder.

Los tres adultos se miraron entre sí, pero fue Júpiter el encargado de imponer el castigo a esos novatos.

—Sé que lo sentís, pero eso no os exime de culpa. —La voz del alfa era fría, firme, una visible advertencia que ninguno de esos chicos pasaría por alto—. Debéis aprender a manejar a vuestros lobos, a contener vuestra naturaleza, ante todo somos una raza civilizada. Así que, desde hoy y hasta la próxima luna, vais a trabajar en ello con Buch.

—Genial, ahora soy niñera —resopló el aludido—. Te recuerdo que tengo que ocuparme del pub.

—No te morirás por adiestrarlos un par de horas después de clases —le aseguró, miró a los tres mocosos y añadió—. Y vosotros, si oigo una sola queja de su parte con respecto a vuestro rendimiento, ya no será un mes, serán dos y os enseñaré yo mismo.

La palidez en sus rostros era suficiente respuesta a su sugerencia, se

atropellaron unos a otros en prometer que serían alumnos modelos y salieron por la puerta antes de que pudiesen asignarles más tareas.

—Por poco se mean en los zapatos, Júpiter.

—Esa era la idea —aseguró él con media sonrisa. Siguió con la mirada el lugar por dónde habían salido los muchachos y se volvió entonces hacia él —. ¿Puedes encargarte de averiguar quién es nuestro inesperado huésped y cuál es su historia? Si necesita algún tipo de ayuda...

—Si Evelyn no amenaza con castrarme de nuevo y me permite verla, podría intentarlo.

—Vaya, nuestra querida doctora amenazando a lobos adultos, qué novedad.

Ignoró la risita de su compañero y miró a su alfa.

—Deberías hablar también con Cassidy y decirle que deje de meter las narices dónde nadie lo llama.

Su jefe chasqueó la lengua y alzó las manos.

—El gatito y tú os lleváis de puta madre, no me metas a mí en su cajón de arena, me dan alergia hasta sus pelos.

Puso los ojos en blanco, y ese era su alfa, siempre escurriendo el bulto cuando se trataba de hablar con el clan vecino.

—Y luego te quejas de que me tomo atribuciones que no me competen.

El comentario arrancó una mirada concedora en los ojos de Júpiter, ambos sabían que esas palabras no eran una broma entre ellos.

El tiempo se le echaba encima, pensó Wolf, y corría demasiado deprisa.

CAPÍTULO 7

La iglesia estaba preciosa con todos los arreglos florales, el órgano tocaba una hermosa melodía mientras avanzaba hacia el altar. Él la esperaba allí, sonriente, tan guapo... Bueno, quizá no pudiese etiquetárselo como guapo, pero era atractivo, sí, lo suficiente atractivo como para que diese por fin ese paso.

Habían sido meses de contacto telefónico, de interminables wasap, de rápidas escapadas para verle o para que él viniese a verla a ella, pero había valido la pena solo por llegar a este momento.

—Y yo os declaro, marido y mujer...

Ahí estaba el sacerdote, levantando la mano para bendecir su unión por la iglesia.

—Ya puedes besar a tu segunda esposa.

¿Segunda esposa? Las palabras se filtraron en su mente, abrió la boca para corregirle, pero la puerta se abrió al otro lado del edificio y una mujer atravesó el umbral como un soldado que se dirige a la guerra.

—Él no puede casarse contigo, ya está casado conmigo.

Parpadeó y se giró hacia su prometido, este se limitó a encogerse de hombros y dedicarle una beatífica sonrisa que casi parecía bobalicona.

—Tshh. Siempre quise tener dos esposas, Pandora —aseguró con tal convicción que se quedó sin palabras—. Sé que os haréis buenas amigas... Lo pasaremos muy bien.

Dio un paso atrás, negando con la cabeza, pero un muro de piedra la

detuvo. Se giró y se encontró con un tipo enorme diciéndole que no con la cabeza, levantaba un viejo acta de matrimonio con dos nombres escritos en él; el de su supuesto prometido y otra mujer.

—Te ha engañado, no es quién dice ser y ya está casado.

Retrocedió de nuevo, no quería ver aquello, no quería quedarse allí, miró al padrino, pero la figura que estaba allí de pie empezó a desdibujarse hasta convertirse en humo, el horror y la incredulidad la embargaron, agarró la tela de la falda del vestido y corrió hacia la puerta dónde la detuvo el sacerdote.

—Este sería un buen momento para pedirte que me abones los honorarios, ¿verdad?

Sacudió la cabeza, no podía hablar, no podía hacer otra cosa que mirar a su alrededor sin entender nada, se apartó de él y atravesó el umbral de la puerta de la iglesia para encontrarse con la espesura de un oscuro bosque del otro lado.

—No.

Unos puntos amarillos aparecieron en la negrura, el terror se instaló por completo en su mente, pero era incapaz de dar un solo paso atrás. La oscuridad tomó forma y ante ella aparecieron tres enormes lobos con los ojos fijos en ella, las fauces descubiertas y prorrumpiendo en un bajo gruñido que terminó por convertirse en un atronador aullido.

Las piernas no le funcionaban, pero ahora tenía un palo en las manos, se defendería hasta el final, no dejaría que esos afilados dientes la tocaran.

—¡Fuera!

Un peso cayó sobre su hombro, ladeó la cabeza, lista para golpear, cuando vio una mano seguida del brazo de un tipo enorme que negaba con la cabeza.

—Tranquila, fierecilla, no soy el enemigo.

Su voz era profunda, con un acento que dotaba a sus palabras de un deje de sensualidad y peligrosidad, unos ojos azules la miraban con tranquilidad, transmitiéndole esa sensación de seguridad a la que había aludido. De piel bronceada y curtida, como la de un hombre que pasa el día trabajando al aire libre, una rasurada barba cubriéndole el labio superior y parte del mentón, ofrecía el aspecto de un montañero, probablemente nativo de aquel lugar.

Un nuevo aullido reverberó a su alrededor, se giró de manera automática en busca de la procedencia del peligro y, cuando volvió a su posición original, él ya no estaba.

Sola... estaba sola en medio de ningún sitio, su prometido la había engañado, había huido de aquella horrible verdad y se había internado en un bosque en el que la esperaba la soledad, la desesperación y la muerte.

Pandora se incorporó de golpe en la cama de la estéril habitación, jadeaba como si acabase de correr una maratón, le dolía la garganta y comprobó que el sonido que reverberaba en sus oídos era su propia voz; se había despertado gritando. Parpadeó varias veces, giró con brusquedad la cabeza de un lado a otro buscando aquella amenaza, pero se había ido junto con su pesadilla.

La puerta de la habitación eligió ese momento para abrirse de golpe permitiendo que él se precipitase en la estancia, esos ojos azules volaron de un lado a otro, llegando incluso a buscar detrás de la plancha de madera que todavía sujetaba cómo si alguien pudiese haberse ocultado allí de él. Entonces la miró y enarcó una ceja cómo si preguntase el motivo de sus gritos.

—¿Está bien?

Su voz resonó de la misma manera que lo había hecho en su mente, pero ya no era un eco lejano dentro de un sueño, estaba allí de pie, en carne y hueso, mirándola.

—Una... una pesadilla.

El gesto en su rostro mudó, la comprensión bailó en sus ojos, la tensión que envolvía sus hombros se liberó y su presencia se hizo menos amenazante.

—Comprendo.

Quizá lo hiciese, pero ella estaba totalmente perdida. Se llevó la mano a la cabeza e hizo una mueca de dolor al rozar el apósito sobre la sien con los dedos, el ligero tirón de la aguja pinchada en el dorso de la mano la hizo respingar, siguió el tubo transparente de la vía hasta el gotero y se lo quedó mirando.

—Estoy en el hospital...

—En realidad, es la *Clinica Health*, en Cheyenne Ridge. —La corrigió—. Ha tenido un accidente de tráfico, ¿lo recuerda?

Sus palabras lo acompañaron hasta el lado de su cama, dónde manipuló el gotero para acelerar la bajada de la bolsa que estaba en su recta final. Se dejó ir de nuevo, recostándose en las almohadas, observando cada uno de sus movimientos.

—Sí, es difícil olvidar algo como eso —murmuró, cerró los ojos un momento y volvió a abrirlos—. Sobre todo cuando tu coche termina en llamas.

—Por fortuna, usted está bien, señora...

—St. Pierre, Pandora St. Pierre —Hizo un mohín ante el trato dado—, y no soy «señora» —añadió con un incómodo suspiro—. Por fortuna, todo acabó antes... de comenzar siquiera.

Aunque, con toda probabilidad, él no fuese de la misma opinión, ¿acaso no estaba buscando esposa?

«*Es un buen hombre, honesto, leal y con un gran sentido de la familia*».

Las palabras pronunciadas por la camarera acudieron a su mente como un relámpago, un recuerdo absurdo dada su actual situación. Desde luego, el

espécimen masculino que tenía frente a ella era de primera, pero no le aplicaría esos adjetivos.

—Usted... usted fue quién me encontró, ¿verdad? —Levantó la cabeza, encontrándose con su mirada—. Ahuyentó a esas bestias... Gracias.

Él desechó sus palabras con un gesto, cómo si le avergonzase tales muestras de agradecimiento.

—Al parecer, se desorientó un poco tras chocar con el árbol —continuó él—. Lamento decirle que su coche ha quedado calcinado hasta los cimientos

—Lo que me convierte en una persona absolutamente afortunada de no haber estado dentro durante el proceso —resumió con un mohín—. Sí, eso he oído. La doctora... um...

—Evelyn.

—Sí, la Doctora Evelyn mencionó lo ocurrido con mi coche y mis pertenencias. —Dejó escapar un profundo suspiro—. Tendré que ir a la comisaría más cercana para solicitar un duplicado de mi permiso de conducir y documento de identidad. Puede que me resulte un poco más difícil obtener un duplicado de mi tarjeta de crédito... En cuanto al coche... dudo que el seguro quiera hacerse cargo de los gastos. —Se reclinó en las almohadas y resopló—. Sí, hablando de días perfectos...

—¿Quiere que avisemos a alguien de su situación?

La sugerencia no sería extraña de no ser por el tono que empleó en sus palabras, había una obvia curiosidad, por otro lado, ¿no sería lo más normal por parte de alguien que había sufrido un accidente el querer contactar con algún familiar o conocido lo antes posible?

—No, no es necesario, solo... —Miró a su alrededor y finalmente a ella misma—. Si pudiese dejarme un teléfono, creo que podría arreglármelas...

Se la quedó mirando unos momentos, entonces se llevó la mano al bolsillo interno de la chaqueta de abrigo que llevaba y extrajo un teléfono que

desbloqueó y le tendió.

—Llame a su familia —le sugirió, aunque aquello tenía más bien pinta de orden—, por muy mal que se lleve con ellos, querrán saber que está bien.

Parpadeó ante las inesperadas palabras y lo cerca que estaban de la verdad de su propia situación.

—No me llevo mal con mi familia, señor Carson.

La mención de su apellido lo llevó a enarcar otra vez una ceja.

—La doctora Evelyn tuvo a bien decirme su nombre cuando le pregunté quién me había... rescatado.

—Ya veo. —Sus palabras, sin embargo, estaban lejos de reflejar dicho entendimiento—. No es usual tener accidentes por esta zona, ha sido una suerte que alguien comunicase que había un coche siniestrado en las inmediaciones.

—Imagino que algún viajero ocasional se cruzaría con mi coche en llamas —valoró pensativa. Y había sido un verdadero milagro, añadió para sí misma, durante el tiempo que había estado en carretera no se había cruzado con demasiados vehículos—. Ha tenido que flipar ante el desastre.

—Lo importante es que no ha habido bajas —le recordó—. ¿Qué la ha traído por esta región?

—La más grande de las estupideces que podría llegar a cometer una mujer —replicó sin pensar, entonces hizo una mueca y lo miró—. Aunque es posible que usted no piense igual, dada su particular... búsqueda.

Ladeó la cabeza con lentitud sin dejar de mirarla, un gesto que reflejaba la curiosidad por las palabras pronunciadas y también cierto recelo.

—Me temo, señorita St. Pierre, que está sacando conclusiones precipitadas con respecto a algo de lo que no tiene la menor idea. —Su respuesta fue educada, pero fría como el hielo y bastante cortante.

—No soy yo la que tiene un panfleto con su nombre diciendo que busca novia, Wolf Carson.

El tipo ante ella dejó escapar algo parecido a un gruñido, chasqueó la lengua y sacudió la cabeza antes de fijar de nuevo esos ojos azules sobre ella.

—Voy a matar a esa mujer. —Le escuchó sisear—. No crea todo lo que vea o le digan por ahí, Pandora, la realidad dista mucho de ser lo que otros perciben como verdadera.

Dada su irritación empezaba a pensar que ese anuncio no era cosa de ese hombre, de hecho, distaba bastante de ser algo que haría un tipo como él.

—¿Me lo dice o me lo pregunta?

Se quedaron unos instantes mirándose, entonces él habló sin tapujos.

—El matrimonio no es algo que deba tomarse a la ligera —le dijo con verdadera convicción—, es mejor rectificar a tiempo que arrepentirse después.

Dejó escapar un resoplido mitad risa.

—Por suerte para mí, la *esposa* de mi prometido apareció en la iglesia antes de que un sacerdote de pega nos casase y yo tuviese que arrepentirme de mi propia credulidad —replicó de carrerilla—. Si lo miro desde ese punto de vista, me siento un poco menos estúpida, aunque sigo igual de cabreada.

—Hijo de puta...

El bajo exabrupto de Wolf la sorprendió e incluso le provocó cierta tibieza. Estaba segura de que si le soltaba eso a su hermano, él no la vería como lo que era, una víctima, sino como la estúpida chica que cometía tonterías y se merecía lo que le había pasado.

—No le rebatiré eso...

Optó por no decir nada más al respecto y señaló el teléfono que todavía estaba en su regazo.

—Llame a su familia o a quién necesite saber de usted, se sentirá mejor después de hablar con alguien conocido.

Negó con la cabeza y miró el teléfono.

—No, dudo que hablar con mi familia haga que me sienta mejor.

CAPÍTULO 8

—Despacho de abogados St. Pierre & Banks, ¿en qué puedo ayudarle?

La voz nasal de la secretaria de Josh inundó la línea, incluso después de más de cinco años de conocerla, seguía sin saber si esa desgana en la voz era a causa del trabajo que desempeñaba o parte de su personalidad.

—Dalila, soy Pandora St. Pierre, quisiera hablar con Josh.

Escuchó algo parecido a un resoplido mal disimulado antes de que la mujer respondiese con su habitual tono anodino.

—Buenos días, señorita St. Pierre, deme un momento para ver si el abogado puede atender su llamada.

Puso los ojos en blanco, miró al hombre que permanecía de pie al otro lado de la habitación, mirando por la ventana y soltó de carrerilla.

—Dígale que su querida hermana ha sufrido un accidente, que su coche se ha calcinado hasta los cimientos, que prácticamente fue devorada por unos lobos salvajes...

—No eran salvajes...

Ignoró el murmullo de Wolf y terminó.

—Y que estoy convaleciente en una clínica en alguna parte entre *McLeod Lake* y *Chetwynd*, pero que no se preocupe, pienso dejarle mi inexistente fortuna a...

—¿Es Pandora? —La voz del hombre al que había contactado resonó al otro lado del teléfono, junto con un resoplido femenino y una frase que no llegó a precisar del todo y que prefería ignorar—. Está bien, Del... solo

espera fuera —La familiaridad con la que se trataban venía de lejos, si bien no estaba al tanto de la vida de su hermano, siempre había pensado que entre esos dos había algo—. ¿Pandora?

—Sí, soy yo.

—¿Dónde demonios estás? He pasado buena parte de la tarde de ayer intentando localizarte. Este no es tu número, ¿desde dónde estás llamando?

—Desde la clínica médica del pueblo de *Cheyenne Ridge*.

—¿Desde una clínica médica? —Escuchó un resoplido—. ¿En qué clase de lío te has metido ahora? ¿Es que no puedes ser responsable por una vez en la vida? No puedes pretender que otros te solucionen la vida cuando no haces otra cosa que meter la pata. —Y ahí estaba la misma cantinela de siempre, el motivo principal por el que no quería llamar a ese capullo con el que compartía parte de su sangre—. Ha sido ese tipo. Te lo advertí, ¿no es así? Te lo dije, te dije que...

—Josh, deja de escucharte a ti mismo durante dos segundos y abre los oídos porque diré esto una vez y después te erradicaré por completo de mi vida. —Lo interrumpió sin más, enfadada consigo misma y con ese imbécil que le había tocado como familia—. ¿Quieres tener la razón? Pues muy bien, la tienes. Sí, tú tenías razón con respecto a ese cabrón mentiroso y yo estaba equivocada. Soy una tonta crédula y he pagado las consecuencias. Yo, no tú, las he pagado yo. —Tomó aire y continuó sin vacilación—. Y gracias a ello ahora estoy en la cama de una clínica médica, con un chicón en la cabeza, varios puntos en la sien, un coche calcinado, sin más ropa que un puñetero vestido de novia que odio y habiéndole visto los dientes a una jodida pandilla de lobos que casi me comen. Y si estoy hablando ahora mismo contigo, desde este número, es porque el propietario de dicho teléfono ha evitado que me comiesen o algo peor.

Se detuvo jadeando, con un profundo cabreo y el malestar general de su

actual condición, la línea se quedó en silencio durante algunos segundos, entonces escuchó de nuevo la voz clara de su medio hermano.

—Pandora, si quieres mi ayuda vas a tener que dejar de inventar excusas absurdas —le soltó con voz fría—. Deja a un lado tus locas fantasías y dime dónde estás, te mandaré algo de dinero para que puedas coger un taxi.

Se arrancó el teléfono del oído y lo fulminó con la mirada, apretó los dedos alrededor del aparato como si pudiese estrangular del mismo modo a su hermano. La tentación de lanzar el móvil al otro lado de la habitación era tal que el propietario de este tuvo que forzarle los dedos para poder recuperarlo.

—Pandora.

La forma en la que él pronunció su nombre le provocó un ligero escalofrío, le sostenía la mirada sin vacilar mientras le acariciaba el dorso de la mano con un calloso pulgar, un gesto tranquilizador.

—¿Pandora? ¿Oye? —Escucharon a través de la línea—. Pandora, si vas a comportarte como una irresponsable es tu problema, te enviaré algo de dinero. Dame la dirección y...

Una solitaria lágrima empezó a escurrirse por su mejilla, apretó los dientes y parpadeó luchando para no derramar ni una sola más.

—Te lo dije, no iba a sentirme mejor.

El teléfono cambio de manos, él se lo llevó a la oreja y atendió la llamada.

—Soy Wolf Carson, jefe del equipo de *Rescate en Montaña de Cheyenne Ridge Valley*, en las inmediaciones de *Chetwynd*. La señorita St. Pierre ha sufrido un accidente de coche en las inmediaciones del parque, ha sido trasladada a la clínica médica de la zona para un chequeo completo —informó con ese tono profesional que solían emplear los servicios de asistencia y seguridad—. Tiene algunas magulladuras y contusiones, nada que revista gravedad. Tal y como le acaba de indicar, el vehículo en el que viajaba

ha quedado totalmente calcinado por un incendio junto con sus pertenencias personales. Sería de gran ayuda si pudiese remitirle por fax una copia de su documento de identidad y permiso de conducir a la oficina del *sheriff* de *Cheyenne Ridge*; le enviaré el número en un momento.

Pandora escuchó el murmullo de la voz de Josh, pero no llegó a escuchar sus palabras. Wolf le dio la espalda y se acercó de nuevo a la ventana desde dónde continuó con la conversación con respuestas concisas y, en ocasiones, cortantes. Su hermano acababa de encontrarse con la horma de su zapato, pensó entre atónita y divertida.

—No se preocupe, Pandora está en buenas manos —escuchó que decía su acompañante al tiempo que se giraba hacia ella y sus ojos se encontraban —, sin duda mucho mejores que las que deberían cuidar de ella.

Con eso apartó el teléfono de la oreja y colgó.

—Tu hermano es un auténtico capullo, Pandora —aseguró tuteándola por primera vez mientras devolvía el móvil al bolsillo de la chaqueta.

—Créeme, estoy totalmente de acuerdo con esa descripción, Wolf.

Los labios masculinos se curvaron y la sonrisa que bailó en ellos dotó ese duro rostro de un atractivo mucho mayor y también mucho más peligroso.

CAPÍTULO 9

Dos días después...

Levantarse de la cama y caminar era toda una hazaña para Pandora. Sentía como si le hubiese pasado un camión por encima, la cabeza todavía le latía, pero recuperar su autonomía era suficiente deseo como para que hiciese a un lado todo lo demás.

Estiró el bajo de la sudadera que la doctora le había dejado a los pies de la cama, los *leggings* le quedaban algo ajustados, pero cualquier cosa era mejor que andar por ahí con un vestido de novia.

La breve conversación que había mantenido Wolf con Josh dos días atrás, para su eterna sorpresa, había dado inmediatos frutos. Esa misma tarde el *sheriff* de aquella pequeña localidad se había presentado en la clínica, además de corroborar con ella los detalles del accidente, le anunció que habían enviado ya una copia de su documentación. Elías se mostró como un hombre amable, agradable y muy tranquilo, le aseguró que no habría problema alguno para recuperar sus identificaciones y que lo que debía hacer era recuperarse.

La doctora también le había dicho que se tomase las cosas con calma, ¿pero cómo hacerlo cuando lo había perdido todo en ese incendio?

Se puso la cazadora, lo único que era suyo junto con las zapatillas que había conservado, tenía que acercarse a la comisaría y recoger su documentación, solo entonces podría acercarse al banco e intentar obtener

algo de efectivo.

—También necesitaré un móvil.

Se sentó y suspiró. No conocía el lugar, nunca antes había estado en esa zona del país y no tenía la menor idea de si podría conseguir lo que necesitaba. Su coche se había calcinado, no tenía ninguna de sus pertenencias y estaba varada y herida lejos de su hogar.

Pensó en su tienda, no es que fuese a afectarle mucho el hecho de seguir cerrada unos días más, ya había previsto estar fuera al menos quince días por su luna de miel, aunque a la luz de los acontecimientos, dudaba que existiese ese viaje a la Riviera que había insistido en pagar él. No, tenía que volver a casa y ponerse a trabajar, si bien no le urgía a nivel de ingresos, sería una buena manera de mantenerse ocupada y no pensar.

«Te lo advertí».

Su hermano, el solo pensamiento de que él hubiese movido un dedo por ella le resultaba ajeno, sorprendente y aumentaba su curiosidad sobre el hombre que había obrado tal milagro. Con todo, estaba segura de que su medio hermano terminaría echándole en cara su ayuda antes o después.

—Para variar.

Echó un último vistazo a la habitación y se levantó, era hora de enfrentarse al mundo y seguir adelante con su vida. La doctora le había explicado cómo llegar a la comisaría desde la clínica, era un pueblo pequeño, dónde las calles estaban unas cerca de otras y los edificios municipales ocupaban una misma área.

El ambiente que encontró nada más salir a la calle distaba mucho del ajetreo típico de las grandes ciudades, la visión de las montañas recortándose en el horizonte, la presencia del aire fresco y los árboles y jardines que adornaban las pavimentadas calles le daban un aspecto pintoresco. *Cheyenne Ridge* era el típico pueblo de montaña, tranquilo, en el que cualquiera que

quisiera huir del estrés encontraría solaz.

—Buenos días.

Se giró para ver pasar a una mujer que paseaba un pequeño *Pomerania* y correspondió a su saludo.

—Buenos días.

La cercanía de la gente, su afabilidad y voluntad de ayudar era algo ajeno en las grandes ciudades, allí todo el mundo caminaba con la mirada clavada en la pantalla de su teléfono, no te saludaban ni aunque te conociesen y solo alguien que no supiese utilizar el GPS de su móvil se detendría a interactuar para pedir indicaciones.

Se abrochó la chaqueta, agradeciendo el grosor de la sudadera y echó a caminar por la calle. Pronto se hizo evidente que le iba a costar más que un par de días el recuperarse por completo, apenas había llegado al final de la calle y ya estaba sin aliento.

—¡Cuidado!

Escuchó el aviso apenas unos segundos antes de que algo pasase como un borrón entre sus piernas, seguido de otro borrón que la empujó al rozarse contra ellas. Jadeó al verse desprovista de equilibrio y estiró los brazos en un intento por mantenerse en pie, en su actual estado no tenía los reflejos ni las fuerzas necesarias para evitar pegarse un buen porrazo. Estaba preparada para recibir el dolor del impacto cuando unos fuertes brazos ampararon su caída y la estabilizaron de nuevo.

—Malditos mocosos. —Escuchó mascullar a su espalda—. Max, Alberta, ¿qué os tengo dicho sobre correr de esa manera por la calle?

Pandora se giró para ver al desconocido cuyas manos todavía tenía en la cintura, vestido de negro de los pies a la cabeza, clavaba sus ojos verdes en algún punto por delante de ella. Siguió su dirección con la mirada y se encontró con un par de niños, hermanos, a juzgar por el enorme parecido entre

ambos.

—Niños... —musitó un tanto descolocada, buscando al mismo tiempo los borrones peludos que habría jurado la habían arrollado.

—Casi tiráis a la señorita Pandora al suelo.

Parpadeó al escuchar su nombre. Al parecer sabía quién era ella, no le sorprendía, imaginaba que en un pueblo de aquel tamaño, todo el mundo sabría de su accidente, sin duda habría sido una novedad en su tranquila comunidad.

—Lo sentimos, tío Buch —dijeron los dos niños al mismo tiempo y adoptaron una expresión del todo beatífica. *Vaya par de embusteros*, pensó divertida, *no hay ni pizca de arrepentimiento en sus caritas*.

—No me lo digáis a mí, le debéis una disculpa a la novia de Wolf.

El apodo la hizo dar un respingo, se giró de inmediato y se encontró con el rostro del desconocido clavado ahora en ella. Le hizo un guiño y señaló a los niños.

—Estoy esperando.

—Lo sentimos mucho, señorita Pandora —dijeron ambos al unísono. Entonces, la niña, un poco más baja que su hermano, se fijó bien en ella y abrió esos enormes ojos entre verdes y dorados con sorpresa—. Oh, mira, Max, tiene una pupa en la cabeza.

El niño entrecerró los ojos con una concentración sorprendente en un niño de tan corta edad, entonces se acercó a ella y, cogiéndole la mano empezó a recitar:

«Sana, sana, colita de rana, si no sana hoy, sanará mañana».

—Ya está —dijo al tiempo que le dedicaba una enorme sonrisa a la que ya le faltaban algunos dientes—. No te va a doler más.

Parpadeó anonadada con los niños, dejó ir la mirada entre uno y el otro y no pudo evitar sonreír en respuesta.

—Gracias... Max —pronunció el nombre del niño, quién sonrió aún

más al verse reconocido—, ahora ya me siento mucho mejor.

—De acuerdo, mocosos, derechitos a casa —intervino de nuevo el desconocido que seguía junto a ella—. Y sobre dos piernas, por favor.

—Sí, tío Buch —repitieron al unísono, entonces se volvieron hacia ella y le dedicaron una enorme sonrisa antes de despedirse con la mano. No llegaron muy lejos a ese paso, en cuanto se creyeron a salvo, echaron a correr como dos liebres.

—Me disculpo en su nombre, no suelen ser tan... traviesos.

—No tiene importancia —aceptó volviéndose hacia él, encontrándose con ese rostro desconocido—. Y gracias por evitarme... una nueva caída.

—Wolf pediría mis huevos en una bandeja si permito que le pase algo a su novia —aseguró al tiempo que le tendía la mano—. Soy Jim Buchanan, pero todos me llaman Buch.

—Pandora St. Pierre...

—Lo sé.

—...y me temo que hay una equivocación, no soy la novia de Wolf.

—Bueno, me temo que ahora mismo todo el mundo te conoce en el pueblo de esa manera —aseguró de buen humor—. *Cheyenne Ridge* es una comunidad pequeña y no todos los días tenemos accidentes de tráfico ante nuestras puertas, ni los accidentados llevan un vestido de novia.

—Ya veo.

—¿No es un poco pronto para que dejes la clínica? —continuó y le hizo un chequeo completo con la mirada—. Me sorprende que Evelyn no te haya atado a la cama un par de días más.

—Quiso hacerlo, me dejó ir a condición de que no decida estrellar de nuevo ningún coche.

—¿Tienes intenciones de hacerlo?

—Ya no tengo coche. —No pudo evitar sonreír ante la absurda pregunta

—. Y tampoco las mínimas ganas de hacerlo.

—Entonces no será un problema —correspondió a su sonrisa y miró a su alrededor—. Deduzco que ibas hacia la comisaría, ¿no?

—Sí, esperaba recuperar mi documentación personal.

—Conociendo a Elías, tendrá eso y hasta tu partida de nacimiento si le hace falta —le aseguró con gesto divertido, entonces extendió el brazo a modo de invitación—. Vamos, te escoltaré hasta allí.

—Oh, no es necesario, de veras.

—Me pilla de camino, voy hacia el ayuntamiento.

No sabía si aquello era cierto o una excusa, fuese como fuese, la idea de no caminar sola no le parecía tan mala y Buch era una compañía bastante agradable.

—En ese caso, gracias.

—No tienes que darlas —negó con la cabeza y señaló hacia delante—. Vamos.

Pandora se tomó unos instantes para echar un vistazo a su alrededor, buscando una vez más los borrones peludos que pensaba habían chocado contra ella. ¿Se había equivocado? ¿Habían sido solamente los niños?

Sacudió la cabeza e hizo a un lado aquella línea de pensamientos, estaba claro que el golpe que se había llevado la había afectado más de lo que pensaba.

CAPÍTULO 10

—¿Y bien?

Wolf dejó la caja de herramientas a sus pies y depositó las llaves de tres de los dormitorios que había revisado sobre el mostrador.

—Ya puedes anunciar que tienes una piscina cubierta en el Satinka — aseguró—. Toda la segunda planta del hostel ha quedado afectada. Tendrás que reubicar a tus huéspedes y llamar para que retiren toda la moqueta. Está encharcada. Corres el riesgo de joder el suelo. —Y dado que el suelo había sido puesto apenas hacía un par de años, sería una considerable pérdida el dejar que se estropease—. Hay al menos tres paredes afectadas, no sé cómo no te diste cuenta de que la humedad se estaba acumulando en esas zonas, las manchas son bien visibles.

—Esta parte del hostel que no llegó a repararse, ya sabes que apenas se utiliza —replicó la dueña del desastre—. El año pasado Nikai y tú os limitasteis a darle una mano de pintura y poner el suelo.

—Pues ahora habrá que repintar de nuevo, eso sí, después de abrir la pared y cambiar todas las tuberías.

—¿Por qué veo un enorme símbolo del dólar en eso?

—Porque la reparación no va a ser barata, Sarah —apuntó señalando con un dedo el lugar—. Este lugar se cae a pedazos, el que se picasen las cañerías era algo que se veía venir.

Especialmente cuando se trataba de un material viejo, desgastado por el paso del tiempo y las temperaturas bajo cero que solían alcanzarse en pleno

invierno.

—Vas a estar sin agua corriente durante algún tiempo, no se pueden utilizar las cañerías hasta que alguien las parchee o, mejor aún, cambie por completo el sistema de fontanería —resumió y chasqueó la lengua—. Lo siento, cariño, pero vas a tener que echar el cierre hasta que puedas darle una solución definitiva.

—Cochinos demonios —masculló en voz baja y rodeó cojeando el mostrador para apoyarse en la superficie del mismo a su lado—. Sabía que este viejo edificio necesitaba un poco de mantenimiento, pero no esperé que decidiese explotar de pronto.

La rodeó con el brazo, dejando que se apoyase contra su costado al ver aparecer ese conocido puchero en su rostro. La conocía desde que era una niña, ambos se habían criado juntos bajo la atenta vigilancia de los padres de ella.

—Lo de «un poco de mantenimiento» se le queda corto.

Sarah era la hija del hermano de su madre, miembro de la tribu *Hailtzuk*, quién lo había acogido en su hogar y lo había criado, dándole una educación, después de que sus dos progenitores hubiesen desaparecido cuando era un niño durante un viaje por las Rocosas. Su madre había sido humana, al igual que lo era su tío, pero venían de una estirpe hermanada con su raza, conocían su existencia y habían sido amigos y cuidadores de los *lobos* desde sus orígenes. Él siempre había sido consciente de sus necesidades y se había encargado de que mantuviese el contacto con la manada de *Cheyenne Ridge* a la que habían pertenecido sus padres.

Sarah y ellos eran su familia, sabía que harían cualquier cosa por él, que estarían ahí si los necesitaba, era su naturaleza y la de su propia manada, por eso no comprendía que el hermano de Pandora no hubiese tenido los huevos de preocuparse por el estado de la mujer o venir en su auxilio una vez supo de su

accidente.

La chica había sido abandonada dos veces en el transcurso de pocas horas, primero por quién quiera que fuese el idiota con el que iba a casarse y después por su propia sangre. A su naturaleza lupina eso le escocía, no le gustaba ni un pelo.

Ella era todo un enigma, se había enfrentado a un golpe tras otro y había seguido manteniendo la cabeza en alto, siendo capaz de levantarse después de caer sin verter una sola lágrima; una fortaleza que lo atraía más de lo que era conveniente.

—¿Me echarás una mano?

La voz de su prima lo devolvió al problema que ya tenía entre manos, sería absurdo de su parte querer hacerse cargo de otro.

—Acabo de hacerlo, Sarah, ya no llueve dentro del hostal —le recordó echándole una mirada soslayada—. Tendrás que reubicar a los huéspedes que tengas hospedados.

—En esta época del año solo están los Orson, Megara y Mike, pero ya sabes que él es más feliz durmiendo en una tienda de campaña que en una cama calentita, así que no le importará mucho la reubicación. —Hizo un mohín—. Lo difícil será reubicar a Meg y a los Orson.

Megara Campbell, la maestra de la escuela, era una mujer menuda, amable y tímida como un ratón, había llegado a Cheyenne hacía un año en busca de un cambio de aires. Su llegada había sido una novedad, no solía haber mucha sangre nueva en la zona, menos aún humana, pero lo que podría haber sido una vida plácida y agradable para la mujer se convirtió en una pesadilla en el transcurso de una sola tarde, la misma por la que pasó Sarah.

La joven maestra tuvo una muy brusca introducción a su mundo, una que la había convertido en un ratoncillo asustado, siempre pendiente de mirar por encima del hombro por miedo a ser atacada de nuevo. La joven le daba pena,

nadie debía vivir con esa clase de miedo en el alma.

Los Orson, por otro lado, era un matrimonio lupino de la tercera edad, habían dejado su vivienda en la ciudad de Vancouver para dedicarse a recorrer la zona boscosa del país y, una vez llegaron al valle decidieron quedarse. Llevaban ya casi diez años viviendo en la comunidad y eran sin duda los dos chismosos más grandes de la región.

—Habla con Júpiter, dile que como alcalde, tiene la obligación de tener alguna partida para la infraestructura de los inmuebles públicos y que arregla el hostel o tendrá una piscina cubierta en plena calle principal. — Señaló de nuevo el edificio, entonces la miró—. En cuanto a los huéspedes, pregunta a Nikai si puede reubicarlos en el albergue.

—El albergue está completo esta semana —resopló—. Algo se me ocurrirá.

—¿Tienes dónde quedarte mientras tanto? Puedes subir a casa, si quieres, ya sabes que tienes una habitación allí.

Le rodeó la cintura con los brazos y se pegó a él. Sarah era una persona muy dada al contacto humano, algo a lo que no le hacía ascos. Más que su prima era una hermana para él, una hermana pequeña y revoltosa con tendencia a sacudir culos peludos.

—Lo sé, *Wolfie*, pero mientras que a ti te va el retiro espiritual, yo necesito contacto directo. —Se puso de puntillas y lo besó en la mejilla—. Le pediré asilo a Nikai.

Enarcó una ceja ante su admisión. Sabía que entre su amigo y su prima había algo desde hacía tiempo, eran pareja, pero la mayoría del tiempo cada uno iba por su lado.

—¿Segura?

Sonrió y asintió.

—¿Acaso hay alguien en quién confíes más?

Entrecerró los ojos ante su particular respuesta. No, no había nadie en quién confiase más, no desde aquella noche en la que la confianza se convirtió en traición, una de la que no había podido vengarse.

—Además, tú ya tienes bastante trabajo ahora mismo entre manos —continuó, soltándose ahora, su tono de voz volviéndose un poco más serio—. Al parecer esos hijos de puta siguen sembrando el bosque de trampas, ¿no?

La alusión a los furtivos lo llevó a apretar los dientes. Ella había sufrido una considerable herida que le había dejado una ligera cojera a causa de uno de esos cepos.

—He retirado todas las que he encontrado, pero siguen aquí —aceptó, no servía de nada mentirle a esa mujer pues al final acababa descubriendo la verdad por sí misma—. Daremos con ellos y, cuando lo hagamos, se les quitarán las ganas de volver al valle.

—Te lo dije una vez y lo repito, Wolf, no quiero que te conviertas en un asesino por mí, no quiero tener que ir a visitarte a la cárcel —le recordó seria—. Y a esa novia tuya tampoco le hará gracia.

La mención sobre el absurdo rumor que ya se había extendido por el pueblo como la pólvora lo llevó a entrecerrar los ojos y mirarla fijamente.

—¿Ha sido cosa tuya?

Ella parpadeó sorprendida, entonces se echó a reír a carcajadas.

—¿Te parece que tengo aspecto de suicida? —Se secó las lágrimas que le habían saltado—. Nop, señor, no he sido yo. Aunque es una pena que no se me ocurriese a mí porque ha sido un puntazo. Me enteré anoche en el pub de Buch. Algunas hembras de la manada se quejaban de no haberse enterado a tiempo, eres un gran partido.

Gruñó, un sonido animal que advertía a cualquiera que no era una buena idea meterse con él en ese terreno.

—Les dije que eres lobo de una sola hembra —continuó Sarah

ignorando su advertencia—, y que ella había llegado ya a tu vida vestida de novia.

—Sarah, a menos que quieras que vuelva a abrir la ducha interior y esto parezca el Titanic...

—No, no, no. —Negó rotundamente e hizo el gesto de cerrar con cremallera los labios—. No volveré a decir una sola palabra al respecto. Es más, yo misma llamaré a Silvie y le diré que elimine de la faz de la tierra ese anuncio.

Se inclinó hacia ella.

—Haz algo más —murmuró encontrándose con sus ojos—. Averigua quién demonios lo puso para empezar.

—Lo haré —asintió de inmediato, entonces hizo ese gesto tan suyo y soltó—. Pero, ¿ella no te gusta para el puesto?

Se agachó, cogió la caja de herramientas y le dedicó una última mirada de advertencia a modo de respuesta.

—El *Titanic*, Sarah, recuerda qué ocurrió con el *Titanic*.

Le dio la espalda y abandonó el hostel antes de que a su prima se le ocurriese una respuesta adecuada.

CAPÍTULO 11

La mañana se estaba haciendo demasiado larga y pesada, su prisa por dejar la clínica y retomar las riendas de su vida no era realista, la impotencia la había empujado a actuar con precipitación y su cuerpo acusaba las consecuencias.

Miró el sobre que llevaba en las manos, al menos ya tenía su documentación, solo le faltaba pasarse por el banco y ver si podía obtener una transferencia de fondos. Necesitaba dinero en efectivo o un duplicado de sus tarjetas aunque no estaba segura de si podría obtener algo como eso en la sucursal de un pueblo como este.

Necesitaba retomar las riendas de su vida, dejar atrás este episodio y volver a *Fort Saint James*, dónde tenía su hogar, su tienda y el lago.

Echó un fugaz vistazo a su alrededor en un intento por situarse, el *Sheriff* le había dicho que el banco se encontraba al final de la calle principal, partiendo del edificio de piedra gris clara que era el ayuntamiento. La avenida estaba bordeada a ambos lados de la calle por macizos de flores colgando de los distintos salientes de las tiendas de la zona y algún que otro árbol en pleno crecimiento, así que no había modo de confundirse.

Elías se había ofrecido a acompañarla, pero había declinado su oferta con amabilidad. Empezaba a sentirse abrumada por la amabilidad de los habitantes de la localidad, no le gustaba depender de las personas, no quería sentirse como una completa inútil.

Se llevó la mano a la cabeza, llevaba un rato ya martilleándole, pero volvió a hacerla a un lado. Alcanzó el punto de referencia y avanzó hacia la

calzada cruzando en la esquina cuando el fuerte ronroneo de un vehículo de motor surgió de la calle principal y el conductor se le echó encima.

El *quad* dio un buen giro, evitándola por los pelos para ir a detenerse al otro lado de la acera. El conductor bajó del vehículo con visible enfado, se quitó el casco y se giró hacia ella con una bronca a punto en sus labios.

—¿Estás loca? ¿En qué diablos estabas pensando al lanzarte así a la calle?

Se quedó sin palabras, mirando al hombre que avanzaba hacia ella a zancadas, sus ojos brillaban de una forma extraña, como si el azul se hubiese oscurecido tornándose añil. Se quedó quieta, incapaz de moverse, dominada por esa poderosa presencia que avanzaba en su dirección. El corazón le latía a toda velocidad, podía sentirlo en las sienes y en el pulso de su garganta como si quisiera competir con el martilleo de su cabeza.

—¡Podría haberte atropellado!

Parpadeó, abrió la boca para murmurar una disculpa, pero el dolor de cabeza se incrementó, la visión se le volvió borrosa y, antes de saber lo que ocurría, sintió que todo empezaba a darle vueltas y las piernas cedían bajo su peso.

—¡Pandora!

Unos brazos la sostuvieron, el aroma a bosque la envolvió y su voz empezó a emerger de la repentina negrura.

—¿Pandora? Vamos, muchacha, despierta.

—No... no estoy dormida.

—En ese caso abre los ojos.

Lo hizo, lentamente, el martilleo en su cabeza era insistente y cualquier movimiento brusco le provocaba unas ligeras arcadas. Fijó la mirada en un punto por encima del logotipo de la chaqueta de travesía que llevaba él en un intento por estabilizar su centro de gravedad y después la levantó hasta

encontrarse con la suya.

—¿Por qué eres tan grande?

El pensamiento atravesó sus labios antes de poder ponerles freno. Wolf se limitó a enarcar una ceja negra y responder sin más.

—¿Genética?

Sonrió ante su vacilación y esa sonrisa fue casi infantil, tan desprovista de maldad que le provocó una punzada al corazón.

—Me duele la cabeza.

—Tenías que haberte quedado en la clínica hasta estar recuperada del todo —masculló antes de terminar con un curioso gruñido—. No te rescaté del bosque para que te lances delante de mi *quad*.

—No me lancé delante de tu *quad*.

—Sí, lo hiciste.

—No, no lo hice —replicó sintiéndose un poco más estable—. Estaba cruzando la calle y tú te me echaste encima.

—Este no es lugar para cruzar.

Pandora experimentó un momento de ingravidez, el movimiento le provocó una punzada en el estómago y el consiguiente mareo. Cerró los ojos con fuerza y se aferró a él.

—Creo que voy a vomitar.

—Ni se te ocurra hacerlo sobre mí.

Se habría reído si hubiese tenido humor y fuerzas para ello. Era curioso lo fácil que le resultaba hablar con él, un completo desconocido, cuando no había tenido tanta facilidad de entablar una conversación con el hombre con el que tenía pensado casarse. Había algo en Wolf que lo hacía confiable.

—Pondré todo mi empeño en evitarlo.

Él se limitó a contestar con ese gutural sonido, entonces notó cómo la depositaba sobre algo, abrió los ojos y se encontró sobre el asiento del

grotesco vehículo de motor.

—Respira profundamente —la instruyó, manteniendo todavía una mano en su espalda, como si temiese que se cayese o algo—, y suelta el aire despacio.

Siguió sus instrucciones y, poco a poco, empezó a recuperar la estabilidad, si bien el latido seguía martilleándole la cabeza, las náuseas empezaban a desaparecer.

—Ya me siento mejor.

—Has sufrido un accidente, un golpe en la cabeza, tendrías que estar en reposo y no recorriendo el pueblo.

—Tenía una cita con el *sheriff* —añadió, entonces se dio cuenta de que no tenía nada en las manos y el corazón le dio un vuelco—. ¡El sobre! ¿Dónde...?

Ambos miraron hacia la calzada y allí estaba, tirado en el suelo.

—No se te ocurra moverte —la avisó, enfatizando su orden con el dedo.

Esa forma de caminar debería estar prohibida en esa parte del estado, pensó Pandora viendo cómo se alejaba con paso elegante, lánguido y tan sexy que le provocó una nueva punzada. Era increíble que, con el incesante martilleo que tenía en la cabeza, se fijase de esa manera en un hombre. Pero bueno, no estaba ciega, ni muerta y esas largas piernas enfundadas en los gastados tejanos y la amplia espalda en la que destacaban esos anchos hombros cubiertos por la chaqueta de travesía, no era algo fácil de pasar por alto.

Wolf Carson debía estar cerca del metro noventa, una altura nada despreciable. Cuando se agachó, tuvo una estupenda visión de esas largas piernas doblándose, de los vaqueros ciñéndose a un buen culo, tuvo que apartar los ojos por su propia seguridad y para evitar que él la pillase comiéndoselo con la mirada.

Dios, el accidente debía haber hecho algo más que provocarle una contusión, le había jodido la cabeza por completo.

—Elías podía habértelo enviado a la clínica.

Sí, podría haberlo hecho, el propio *sheriff* se lo había recordado al verla aparecer por la puerta.

—Necesito recuperar mi independencia.

Ya está, que se burlase de ella si quería.

—Lo sé. —Su respuesta no pudo sorprenderla más—. Pero no es necesario que te lances bajo mis ruedas para demostrarlo.

—Ya te he dicho que no me lancé debajo de las ruedas de... esta cosa.

—No le ofendas, estás sentada sobre él.

Parpadeó ante su gesto ofendido, bajó la mirada y echó una mirada al bruto vehículo.

—No me digas que eres de los que quiere más a su... *quad*... que a su novia.

Abrió la boca para responder a eso, sin embargo, no llegó a pronunciar una palabra ya que se vio interrumpido.

—Interesante pregunta, sobre todo con dicha novia presente.

Ambos se giraron para ver a un hombre rubio, con un gesto divertido en el rostro, enfundado en un jersey claro, chaleco acolchado azul y bufanda.

CAPÍTULO 12

Wolf contuvo un gruñido, se colocó delante de Pandora y miró al recién llegado quién se limitó a mantener las manos en los bolsillos mientras sonreía de forma socarrona.

El líder de los gatos de *Pine River Mountain*, el clan felino afincado al otro lado del río Pine, se limitó a encogerse de hombros mientras mantenía la distancia.

—Diría que te echaba de menos. Ya sabes, no me llamas, no hablamos. —Se encogió de hombros—. Pero eso sería una descarada mentira.

Entrecerró los ojos, agudizó el oído y olisqueó el aire en busca de alguna pista que le indicase que el recién llegado había venido con ánimo de buscar problemas. Cassidy Felon estaba solo y eso era, si cabía, todavía más sorprendente.

—Has venido solo.

—¿Querías una comitiva política? —Se burló—. Tshh. Si lo hubiese sabido había traído conmigo de visita a Chase y a Neal.

La mención a sus dos lugarteniente lo llevaron a gruñir por lo bajo.

—¿Qué es tan importante como para que te hayas aventurado a este lado del valle?

—Tenemos un asunto en común que debemos tratar —declaró al tiempo que ladeaba la cabeza para mirar a Pandora—. Un golpe en la cabeza, ¿eh? Has sido muy afortunada.

Ella se movió tras él, haciéndose visible.

—Parece que soy la noticia de la región.

—Bueno, cariñito —se rió—, no todos los días alguien pierde el control del coche intentando esquivar a unos animales y se estrella con tanto estilo como para calcinar un coche hasta los cimientos.

—Me lo puedo imaginar.

El gato se volvió ahora por completo hacia él.

—Así que el rumorcillo de que te has unido al club de los «*buscadores de esposa*» es cierto, ¿eh? —Chasqueó la lengua y se cruzó de brazos—. Si me lo hubieses comentado la última vez que nos vimos te habría sugerido algunas candidatas. Aunque parece que te ha ido bastante bien con la señorita aquí presente. No hay nada como un héroe, ¿eh, cariñito?

—No sabría decirle, por ahora solo me he encontrado con auténticos idiotas —replicó ella con efectividad, entonces se giró hacia él—. No estás incluido en el paquete.

Enarcó una ceja y sonrió en respuesta.

—Bueno, esto sí que es una sorpresa —aseguró el recién llegado volviéndose de nuevo a él—. Has conseguido a una mujer que no tiene miedo a decir lo primero que se le pasa por la cabeza.

—Si no te has encontrado con ninguna hasta el momento es que has vivido dentro de un agujero. —La réplica de Pandora le arrancó una amplia sonrisa y no se molestó en ocultarla. No era común dejar al Puma sin palabras.

—No pierdas el tiempo, Pandora, Cassidy tiende a olvidar lo que le dicen dos minutos después de haberlo escuchado.

—Eso ha sido muy grosero de tu parte, *Wolfie*, sobre todo cuando vengo con un regalo para ti. —Se llevó la mano al bolsillo del chaleco y extrajo un pequeño *pendrive* de color blanco—. Sin duda Júpiter estará también interesado en el contenido, pero tú querrás verlo primero.

Miró el dispositivo sin mover un solo músculo.

—Hay días en los que me pregunto si no estaré demasiado mayor para lidiar con adolescentes, otros doy gracias de que sean tan idiotas e irresponsables como para saltarse las normas y hacerlo con un móvil en la mano —canturreó mirando el aparatito—. Por supuesto, la bronca les cayó igual, pero se han salvado de hacer de canguros de los más jóvenes.

—Le gusta hablar, ¿no? —escuchó el murmullo de Pandora.

—Solo cuando tengo un público capaz de apreciar mis monólogos, *primor* —contestó y lanzó el objeto a las manos femeninas. Ella lo cogió contra el pecho, evitando que se le escapase—. Tranquila, Pandora, eso no muerde, él en cambio... —Sus miradas se encontraron una vez más y el gesto en su rostro cambió al mismo tiempo que lo hizo el tono de su voz—. Dile a Júpiter que quiero una reunión, ya no se trata solo de los furtivos. Una vez hayas visto el contenido, entenderás a que me refiero.

Dicho eso dio un paso atrás y le dedicó un guiño a la chica.

—Me alegra ver que el héroe llegó a tiempo —comentó—. Has ganado con el cambio, créeme.

No esperó contestación de ninguno de ellos, le lanzó una última mirada a modo de recordatorio y se alejó con las manos de nuevo en los bolsillos y silbando una estúpida tonada que hacía que le entrasen unas inexplicables ganas de estrangularlo.

Ese hombre no tenía sentido de conservación, estaba convencido de que sus hombres querrían patearle el culo en cuanto se diesen cuenta de lo que había hecho, penetrar en un clan rival sin escolta.

—¿Todos tus amigos estás tan zumbados como este?

Se giró hacia ella y vio el *pendrive* que le tendía sobre la palma de la mano.

—No es amigo mío, es el... pregonero de *Pine River Mountain*, el pueblo que hay al otro lado del valle, junto al río.

—Pues para ser tu enemigo, *el pregonero* y tú, os lleváis bastante bien.

Cogió el objeto y le rozó la piel con los dedos en el proceso. La sensación fue inesperada, agradable, pero su mente estaba ya en el contenido que ocultaba su interior. Tenía que ser algo realmente grave para que hubiese decidido cruzar el río sin anunciarse primero.

—¿Tenéis problemas en la zona con la caza furtiva?

La pregunta lo hizo consciente de lo que había hecho al mantener aquel breve intercambio en su presencia.

—La caza furtiva siempre será un problema en cualquier parte del mundo —valoró—. A algunos ni siquiera les importan las penas impuestas y se arriesgan de igual modo. —Se tomó un momento para comprobar de nuevo los alrededores, el gato se había desvanecido con tanto sigilo como había llegado. Se giró hacia su acompañante y vio el cansancio presente en sus ojos —. Te acompañaré a la clínica...

Su respuesta fue bajar del vehículo, se tambaleó un poco, pero disimuló el momentáneo malestar. No quería mostrarse débil frente a él.

—No es allí a dónde me dirigía —le informó—. Te agradezco tu atención, pero tengo que ir al banco para arreglar algunas cosas. He de volver a casa e intentar hacer algo útil con mi vida.

—No estás en condiciones de efectuar ahora mismo ese tipo de viaje y lo sabes.

—No, no lo estoy, por ello estaba pensando en quedarme unos días más —aceptó tomándolo por sorpresa—. La camarera del restaurante de carretera en el que me detuve a unos kilómetros de aquí me dijo que podía alojarme en el *Hostal Satinka*.

—El hostel ha cerrado sus puertas por problemas estructurales —le informó—. No aceptan nuevos huéspedes, de hecho, están intentando reubicar a los que ya tienen.

La sorpresa bailoteó en sus ojos seguida de la desconfianza.

—Eso no puede ser...

—¿Verdad? —Ella se quedó en silencio, tan solo mirándole—. ¿Crees que te estoy mintiendo?

—No te conozco lo suficiente como para asegurar eso.

—Y, sin embargo, has decidido tutearme.

Ella parpadeó, abrió la boca y volvió a cerrarla dándose cuenta de que había prescindido de su formalidad.

—Es difícil hablarte de *usted* cuando casi me pasas por encima con eso.

—Sé que no tienes motivos para creer en mis palabras, así que no espero que las creas a pies juntillas, pero te llevaré para que lo compruebes por ti misma. —Le señaló la acera—. ¿Crees que puedes caminar unos cien metros sin desmayarte?

Lo miró y luego miró de nuevo el *quad* con gesto de desconfianza.

—Contraria a la opinión popular, me preocupan las personas más que mi vehículo.

Se enderezó, su tez había palidecido, la manera en que cerraba los ojos y los abría le decía que el dolor de cabeza que la aquejaba seguía presente, pero su necesidad de mantener el control era suficiente para que se negase a cualquiera de sus sugerencias si la presionaba.

—Necesito ir al banco.

—El banco no se moverá de dónde está, podrás ir a hacer las diligencias que necesites en cuanto hayas descansado y tomado algo para aliviar el dolor de cabeza que te aqueja.

—De acuerdo —asintió aceptando su sugerencia como válida—. Gracias.

—Es mi deber —comentó y se dio cuenta de la veracidad en sus propias palabras. Quería ocuparse de ella hasta que estuviese en condiciones de seguir

adelante sola—. Así que procura no volver a tirarte delante de mi *quad*.

Sonrió, una sonrisa de verdad aunque teñida de dolor, le iluminó el rostro.

—Me esforzaré en no repetirlo.

—Bien, con eso me vale.

La invitó a caminar con un gesto de la mano y acompasó sus pasos más largos a los cortos y vacilantes de ella, si se daba el caso en el que viese que ella no podía seguir, la cogería en brazos, así tuviese que aguantar durante el resto de su vida los comentarios que sin duda surgirían en el pueblo.

CAPÍTULO 13

Wolf se tomó su tiempo en llevar a Pandora con la única persona en la que confiaría su bienestar físico y psicológico. Sarah podía ser un polvorín, pero respetaba la privacidad de la gente y sabría cómo tratar a la lastimada mujer.

Recordaba el rostro de su prima cuando se presentó de nuevo en su puerta, enarcó una ceja y lo miró pidiendo una explicación que no llegó. Se limitó a presentarlas a ambas y le pidió a que preparase una de sus tisanas para el malestar que aquejaba a Pandora. Su madre tenía un don único para los remedios naturales, uno que había transmitido a su hija e incluso a él, pero dado que no contaba con lo que necesitaba, había dejado el preparado en manos de la chica.

Pandora había empezado a relajarse una vez hubo ingerido parte del té, su intranquila presencia y la atención con la que lo miraba todo, especialmente la forma en la que lo seguía con la mirada derivó en una relativa tranquilidad y amodorramiento en el sofá de la sala de estar de la planta baja del hostel, la única que por ahora estaba a salvo de la inundación. Tranquilo al saber que la chica estaba en buenas manos, le pidió prestado el ordenador portátil a la propietaria del hostel y utilizó la privacidad de una habitación contigua para visionar el contenido de la memoria extraíble.

Dos veces lo había visionado, dejando que las implicaciones que lo que estaba viendo se asentasen en su cabeza. Ni siquiera las palabras de Sarah habían reducido el impacto de lo que había visto, de lo que ella misma había corroborado al presenciar parte de esa grabación.

—Cassidy los tiene bien puestos para colarse de esa manera en nuestro territorio. —La voz de Buch lo devolvió al presente.

Tras dejar a Pandora con Sarah había llamado a su compañero y beta del clan para reunirse con él en el ayuntamiento. Júpiter había levantado la cabeza de los papeles que estaba ojeando con uno de sus irónicos comentarios listos en los labios hasta que vio la seriedad en los rostros de los dos.

—No necesitó colarse, entró caminando por la puerta principal y sin sus subordinados —informó y clavó la mirada en Júpiter. Su jefe había dado la orden a su secretaria para que no los molestasen y se había atrincherado en el despacho con ellos dos.

—Tiene una invitación permanente dentro del territorio si ocurre algo grave que afecte a ambos clanes.

—¿Y me lo dices ahora? —resopló Buch—. Fantástico, jodidamente fantástico.

—Habría sido de ayuda el saber eso de ante mano, Júpiter.

—¿Y que saltasen todas las alarmas en cuanto alguno de los gatos pusiese los pies en nuestro lado del río? —Negó con la cabeza y miró el pendrive que le había dejado sobre la mesa cuando preguntó por la gravedad del asunto—. Fue un acuerdo al que llegamos tras decidir que Elias se ocupase de todos los asuntos policiales del valle, si uno de los nuestros tenía acceso a su territorio, uno de los suyos debía tenerlo al nuestro. *Quid pro quo*.

Y aquello ponía fin a cualquier posible discusión al respecto de la presencia de Cassidy. Wolf centró la mirada en el dispositivo, habían visto el vídeo hacía apenas unos minutos. Las imágenes grabadas por la cámara del móvil cobraron vida y las voces de los adolescentes que las habían grabado se oían de fondo. Al principio era una típica conversación juvenil, una muestra de valentía, de desafío al incursionar más allá de sus fronteras, pero entonces la cosa había cambiado cuando se encontraron con unas inesperadas

presencias.

Un grupo de cuatro hombres, dos de ellos con escopeta y ropa de camuflaje y otros dos con un atuendo más actual, hablaban entre ellos. Los dos primeros podían ser dos furtivos de la zona, pero los otros dos los conocían bien, sobre todo a uno de ellos.

—No puedo creer que ese hijo de la gran puta haya vuelto a poner los pies en nuestro territorio.

La identidad de los otros dos personajes salió a la luz cuando uno de ellos se giró, como si hubiese escuchado algo y el resto siguió su ejemplo. Si bien estaban demasiado lejos como para captar sus palabras y comprender lo que decían, estaba claro que existía cierta camaradería entre los cuatro, que había una conexión de algún tipo entre ellos.

Wolf no era capaz de apartar la mirada, no podía evitar la rabia que lo había inundado desde el mismo momento en que reconoció al hombre que había sido más que un amigo, casi un hermano, para él hasta aquella fatídica noche.

Aún hoy seguía culpándose por no haber visto llegar todo aquello, por no haberle prestado atención al obsesivo interés que Lucius mostraba por la recién llegada profesora y, por encima de todo, sentía una absoluta necesidad de terminar lo que Júpiter le había impedido impartir aquella noche; justicia.

—Te dije que desterrarlo no era suficiente para lo que hizo. —No pudo evitar que su voz sonase gutural, más animal que humana. La necesidad de dejar salir a esa parte de sí mismo que no entendía de conceptos humanos era cada vez más acuciante—. Tenías que haber permitido que lo matase.

Era lo que había querido hacer, lo que su lobo pedía a gritos después de ver a aquellas dos mujeres intentando repeler a su atacante. Cuando los asustados cachorros llegaron a Buch y a él, que patrullaban la zona, pidiendo ayuda a gritos, nunca se imaginó lo que estos contarían a continuación.

Ese hombre que aparecía en el vídeo debía estar muerto y no paseándose por un territorio del que había sido expulsado. El hijo de puta responsable de que su prima acusase una cojera de por vida y de que la maestra temblase cada vez que veía un lobo en las inmediaciones, debía haber muerto por su propia mano hacía meses, pero Júpiter se lo había impedido, como también lo habían hecho después los lloros de Sarah.

—Si te hubiese dejado hacerlo, te habrías convertido en un asesino — replicó el alfa con voz fría—. Sarah no me lo habría perdonado y tú tampoco.

—No hables por mí.

—Somos lobos, Wolf, no asesinos —le recordó con suavidad—. Luchamos por lo que es nuestro, lo protegemos, pero no matamos a sangre fría. Señaló la pantalla con un gesto de la mano.

—¿Y él si puede actuar de la manera en que lo hizo y quedar impune?

—Fue desterrado, extirpado de nuestra manada.

—No fue suficiente. —Le echó en cara—. Quebrantó la ley, tu ley.

Lo único que lo había mantenido atado de manos.

—No somos asesinos —insistió, dejando aquello muy claro—. Los lobos de *Cheyenne Ridge* no asesinamos.

Entrecerró los ojos y lo miró a los ojos.

—Bien, en ese caso haré que parezca un accidente.

—Wolf, estás yendo demasiado lejos y a mí se me está acabando la paciencia.

Gruñó, sabía que era una falta de respeto para con su alfa, un abierto desafío a su poder, pero no pudo evitarlo, sus emociones lo dominaban. Llevaban dominándolo desde hacía tiempo y ambos lo sabían, eran conscientes de lo que iba a producirse de un momento a otro si no hacían algo al respecto.

—¿Qué sugieres entonces que hagamos? —intentó contenerse, pero la

ironía seguía presente en su voz—. ¿Dejar que dos malditos hijos de puta se paseen por nuestro territorio como si tal cosa?

Su jefe lo fulminó con la mirada, su gruñido hizo que Buch se sobresaltase, bajando la cabeza y reconociendo su supremacía, pero a él le costó un mundo doblegarse, no estaba en su naturaleza.

El suyo no era el único clan que había tenido un demonio oculto en su seno, el clan de Cassidy también había visto sacudido su territorio por una traición que era incluso peor que la que habían sufrido ellos; si es que podía haber algo peor. Los gatos habían sufrido un duro golpe con el secuestro de una de sus hembras y la tortura que había sufrido a manos de su torturador.

—Lo primero es proteger a la manada —declaró mirando a uno y a otro—. Quiero que se peine el valle, quiero saber qué hace en el valle, porque se han reunido con los furtivos. Si hay peligro para Cheyenne Ridge, quiero saberlo.

—Habrá que mantener a los lobos jóvenes dentro del perímetro del pueblo —comentó Buch. Como beta de la manada estaba en sintonía con las órdenes de Júpiter.

—Buena suerte con eso. —No pudo evitar mascullar.

—Cassidy tendrá su reunión —añadió el alfa mirándole a él expresamente—. Mañana, con la salida del sol, en el río. Está claro que tenemos intereses en común.

Sí, ambos tenían a un hijo de puta en su lado del tablero que no había muerto cuando debía haberlo hecho y ahora tendrían que ponerle solución a ese problemilla, pensó con palpable ironía, pero se cuidó de no exponer sus pensamientos en voz alta.

—Como quieras —aceptó ser el mensajero—. Nikai y yo peinaremos la zona noroeste del valle.

—Me ocuparé de la región de *Solitude Mountain* hacia el este —aceptó

Buch, entonces puso otro asunto sobre la mesa—. ¿Qué hacemos con la humana?

—Su nombre es Pandora. —No pudo evitar que se escuchase la amenaza en su voz.

Su amigo enarcó una ceja y miró a su alfa.

—¿Cómo se encuentra ella?

—Todavía no está lo suficiente recuperada como para dejar *Cheyenne Ridge*.

—Corroboro eso —añadió Buch y lo miró de soslayo—. Me la encontré esta mañana en la calle y la acompañé hasta la comisaría. Estaba pálida, agotada y le dolía algo.

—¿Cómo te sentirías tú después de estrellarte contra un árbol? —le soltó empezando a perder la paciencia.

—Empiezo a notar cierta territorialidad, lobo.

Sí, el mismo empezaba a encontrarse muy territorial con respecto a esa mujer, prefería pensar que se debía a su naturaleza, a su necesidad de proteger a aquellos más desvalidos y no a un interés particular hacia la desconocida.

—¿Piensas reclamarla?

—No. —Una respuesta demasiado rápida que hizo que ambos sonriesen.

—De acuerdo —atajó Júpiter y señaló a Buch—. Quiero que te ocupes de la maestra, hasta que ese hijo de puta aparezca queda bajo tu supervisión...

—¿Estás de broma? —lo interrumpió él—. Es mujer me tiene miedo... Joder, tiene miedo hasta de su propia sombra. Se lo hará encima si ve me convertido en lobo.

—Wolf —ignoró el lloriqueo del beta y continuó—. En cuanto a Sarah...

—Ella ya está al tanto —les informó. Había visto el vídeo y su entereza era lo único que había impedido que hiciese pedazos el portátil ante aquella

visión—. Nikai se ocupará de ella en caso de necesidad, pero ya sabes que es muy capaz de defenderse.

—Bien —asintió, ambos sabían que había sido la intervención de Sarah y su valentía lo que había impedido una tragedia aquella noche—. En ese caso solo nos queda tu Pandora, ¿está lo bastante recuperada como para abandonar la clínica?

—Si me lo preguntas a mí, no —atajó Buch—. Debería quedarse al menos un par de días más y...

No le gustaba el tono de voz de su amigo, ni ese repentino interés y, antes de que pudiese evitarlo, intervino zanjando el problema.

—Me la llevaré a *Sísica Blue*.

Allí podría mantener un ojo sobre ella e impedir que terminase de nuevo ante las ruedas de algún vehículo. Todavía estaba convaleciente, le llevaría tiempo recuperarse y, con lo que acababan de descubrir, no era buena idea que una humana ignorante de su mundo, estuviese pululando por Cheyenne Ridge.

Buch sonrió divertido, el maldito hijo de puta lo había leído perfectamente y Wolf había caído como un tonto.

—Parece que ese sistema de anuncios buscando novia están siendo todo un éxito.

Gruñó a modo de advertencia.

—Niños, niños, comportaos, por favor —los interrumpió Júpiter—. De acuerdo, Wolf, encárgate de ella hasta que podamos enviarla a su lugar de procedencia.

—Eso será si ella decide marcharse, Júpiter.

—Buch, a menos que quieras que Wolf te pegue una paliza y me siento bastante magnánimo como para animarlo a ello, yo que tú iba cerrando la boca —el alfa miró a su mano derecha—. No sea que el próximo anuncio en busca de esposa, sea el tuyo.

El beta le dedicó una mirada poco complacida a su jefe, quién sonrió abiertamente.

Sí, Júpiter podía ser bastante cabrón algunas veces, pero, ¿no lo eran todos los alfas?

CAPÍTULO 14

Pandora cerró la puerta del Jeep y se quedó mirando la enorme casa de planta baja de madera clara y tejados revestidos en azul, enclavada en un entorno boscoso. El edificio era mucho más grande de lo que había pensado cuando Wolf le habló de su hogar, una cabaña en lo alto del valle. La casa estaba formada por tres módulos y un cuarto más, situado a su derecha, debía hacer la función de garaje, a juzgar por los dos portones y el vehículo aparcado frente a él. Un largo panel de células solares resaltaba con intensidad sobre el tejado de este último módulo, sin duda recargándose con el brillante sol de mediodía.

—Bienvenida a *Sísica Blue*.

Se giró hacia él, quién ya se estaba bajando la cremallera de la chaqueta mientras caminaba con paso firme hacia el porche de madera que presidía la entrada. Pisó con más fuerza sobre los tres primeros escalones de piedra, dejando en ellos los excesos de tierra y suciedad, que pudiesen acumular las botas de montaña.

—Es posible que la cabaña esté fría, llevo varios días fuera.

Y ahora regresas con una inesperada inquilina, pensó mirando a su alrededor, tomando nota de cada pequeño detalle y tratando de encajarlo con él. No sabía que extensión podría llegar a tener esa propiedad, pero dudaba mucho que fuese pequeña. Había visto los vallados al acercarse al camino principal, medio ocultos entre la boscosa vegetación y los altos pinos que dominaban la orografía del lugar, las montañas se recortaban a lo lejos, jugando al escondite por momentos. En conjunto era un enclave mágico, pero

también solitario, dentro del extenso valle.

—Llevará un tiempo el calentar la casa con la caldera, así que encenderé la chimenea —continuó él, el suelo del porche crujía con cada zancada que daba hacia la puerta principal.

Aquel era su hogar, algo propio, comprendió al ver cómo se movía con absoluta libertad y escuchar el tono presente en su voz, ella había venido a invadirlo. No era necesario que dijese en voz alta, era una incomodidad que se notaba en el aire, cómo si el propio paraje estuviese cuestionándose a esa intrusa.

Cuando Sarah le aseguró que el hostel no estaba en condiciones de dar alojamiento, que de hecho había tenido que reubicar a sus escasos huéspedes, se le había caído el alma al suelo. Había esperado que hubiese alguna alternativa, ocupar una cama en un albergue, aunque fuese, pero no hubo suerte, este estaba lleno. Sus opciones eran volver a la clínica o aceptar la invitación de Wolf para alojarse en la cabaña.

«Si hay un lugar en el que vas a estar bien, tranquila y segura ese es Sísica Blue».

La mujer sabía cómo ser persuasiva, había puesto la sugerencia encima de la mesa antes de que el propietario del lugar o ella misma tuviesen tiempo de poner alguna excusa. Para su sorpresa, él no había dudado en corroborar sus palabras, de hecho, había pensado ya en esa solución. Pero algo había cambiado en su voz y en su presencia, no era el mismo hombre que la había llevado con su prima y la había dejado a su cuidado, su humor había cambiado, la tensión que dominaba su mandíbula estaba allí y no era algo que le afectase solo a él; Sarah también había perdido un poco de su inicial entusiasmo, como si algún suceso reciente lo hubiese enturbiado.

Algo había ocurrido durante la siesta que se había echado en el sofá del salón del hostel y su instinto le decía que tenía que ver con la inesperada visita

de ese tipo rubio, alguien por quién Wolf no parecía sentir mucho aprecio a pesar de que parecían conocerse bien.

Antes de que pudiese reflexionar sobre ello o buscar una excusa convincente, se encontró sentada en el Jeep que había aparcado frente al hostal. Buch había dejado las llaves en la palma de su compañero al tiempo que le dedicaba una creativa advertencia y recogía así mismo las del *quad*; un intercambio que parecían estar más que acostumbrados a hacer.

El trayecto de media hora desde el pueblo los había llevado desde el pueblo a un nuevo desvío a través del que volvieron a internarse en el espesor del bosque para recalar en el complejo que ahora se alzaba ante ella. Había sido un viaje cuajado de silencios, de respuestas cortas y preguntas titubeantes.

En honor a la verdad, había perdido más energía en ese breve trayecto de lo que lo hizo durante toda la mañana yendo de un lado para otro.

Aferró la bolsa de tela que Sarah le había prestado y en la que había introducido no solo su documentación, sino las indispensables compras que había podido hacer con su ayuda. Había podido acercarse al banco y obtener algo de dinero.

Respiró hondo y se dirigió hacia la escalera.

—Te gusta la soledad, ¿no es así?

La pregunta surgió de forma espontánea, últimamente su boca se había desconectado del cerebro e iba por libre.

—Me gusta estar a mi aire —respondió y escuchó el sonido de la cerradura cediendo a sus intentos por desbloquearla—, y aquí puedo estarlo.

La puerta se abrió al mismo tiempo que un sigiloso nuevo invitado ascendía por la escalera detrás de ella, la sobrepasaba y se detenía un par de escalones por encima cortándole el paso. Los ojos dorados la miraron fijamente desde una cabeza peluda de color grisáceo, con una intensidad que

la dejó paralizada. A su mente acudieron las imágenes de aquellos lobos que la habían acorralado en el bosque, el miedo se instaló al momento en su cuerpo, iniciando un temblor en sus miembros que la llevaron a retroceder.

—¿Wolf?

Su nombre fue apenas un gemido, un ahogado murmullo de auxilio en un momento en el que su mente y cuerpo no eran capaces de darle asistencia. Escuchó el siseo del hombre y, unos segundos después, vio como una de esas grandes manos se hundía en el pelo de lo que a todas luces era un lobo y le susurraba algo en un idioma que no conocía. El animal giró su enorme cabeza hacia él como si lo comprendiese, parecieron sostenerse la mirada durante unos segundos y entonces resbaló su enorme cuerpo contra su pierna y trotó hacia la parte superior del porche.

—Lo siento, no suelo recibir a nadie y *Merab* es tan territorial como yo.

Pandora no podía moverse, su mirada seguía fija en el cánido que la miraba a su vez desde el final del porche, como si no terminase de decidirse sobre si dejarla entrar en su casa o hacerse un bocadillo con ella.

—Es... es un lobo.

—Es un *perro lobo checoslovaco* —la corrigió—. Digamos que son como los primos hermanos de los lobos comunes. Y es una hembra.

Aquello no hacía que se sintiese mejor, sino todo lo contrario. Nunca les había tenido miedo a los perros, de hecho, le gustaban, pero su reciente experiencia con sus primos lejanos, la había dejado tocada.

—No me quiere aquí. —Y no era solo ella, pero no se atrevía a decirlo en voz alta. El breve episodio de esta mañana le había demostrado que estaba indefensa y herida, que necesitaba ayuda para poder dejar ese lugar.

Sin vehículo, ni línea de autobús que pasase por la zona, la estación de tren más cercana se encontraba a varias horas de viaje por carretera, le gustase o no, necesitaba ayuda, no tenía más remedio que depender de otros

por mucho que eso aumentase su sentimiento de inutilidad. Se obligó a respirar profundamente y calmarse, sus ojos volvieron de nuevo sobre la perra, loba o lo que fuese; ella no dejaba de mirarla.

—No está acostumbrada a la presencia humana.

El comentario la llevó a enarcar una ceja en respuesta.

—No suele bajar demasiado por *Cheyenne Ridge* —resumió y señaló el horizonte con un gesto de la mano—. Esta zona es mucho más agreste, salvaje.

—Ya lo veo, pero no por eso deja de ser muy hermoso. —Y era verdad, pensó al mismo tiempo que las palabras abandonaban sus labios sin poder contenerlas—. No dejes que me hinque el diente, ¿vale? Dile que me portaré bien y no tocaré sus juguetes.

Ahora fue Wolf el que enarcó una ceja en respuesta.

—Tienes que empezar a relajarte, Pandora, Merab no es una amenaza para ti, al contrario, es posible que encuentres una buena amiga en ella.

Apartó la mirada de él para posarla en el can, quién se había sentado sobre los cuartos traseros y los observaba.

—¿Qué le dijiste antes?

—Que eras mí... —Hizo una pausa, resopló con una diversión que solo encontraba él y añadió—. Que eras mi invitada.

Y sin embargo Pandora sospechaba que aquella no era la palabra que había estado a punto de pronunciar.

—¿Estaré más segura si le dices que soy tu novia?

La sugerencia lo tomó por sorpresa, lo vio en la forma en que parpadeó y echó los hombros hacia atrás.

—¿Lo eres?

Ahora fue ella la sorprendida por su pregunta, una a la que se encontró sin saber cómo responder.

CAPÍTULO 15

Wolf sabía que había estado a punto de pronunciar la palabra «mía», no sabía por qué se la había presentado a Merab. La hembra mestiza era su compañia en aquel solitario lugar, la había rescatado de una de las trampas de los furtivos cinco años atrás y, tras curarse, había decidido quedarse con él. Era su fiel defensora, muy cercana a su naturaleza lupina y, si bien no era un cambiante, había algo que la hacía extremadamente inteligente. Su lobo la entendía sin necesidad de palabras y ese entendimiento era extensible a su parte humana, con una sola mirada o una caricia eran capaces de comprenderse.

Sabía que presintió su llegada incluso antes de bajar del vehículo, había esperado tener el tiempo suficiente para hacer entrar a Pandora en casa antes de hablar con ella. Su compañera canina estaba acostumbrada a la presencia de Sarah y de los lobos de la manada, pero nunca antes había venido a casa con una hembra que no perteneciese al clan y lo notaba. La forma en la que había pasado al lado de Pandora y se había interpuesto en su camino era una manera de decirle a la humana que *ella* era la hembra del lugar y recordarle a él mismo aquella jerarquía.

«Ella es mi mía, Merab».

Había sido instintivo, la necesidad de dar a aquella mujer una posición dentro de su reducida manada. Eso era lo que constituían Merab y él, una manada propia, una que terminaría ampliándose con el tiempo.

Él no era un subordinado, ni siquiera un lobo intermedio dentro de la

jerarquía de la manada de *Cheyenne Ridge*, su sangre ardía cada vez que discutía con Júpiter, la necesidad de empujar y salir victorioso por encima de su jefe era cada vez más acuciante y ambos sabían el por qué; él también era un lobo alfa y antes o después abandonaría la manada. Aquello era algo de lo que siempre había sido consciente, más aún después de lo ocurrido a Sarah. Júpiter apenas había sido capaz de contenerlo y evitar que impartiese justicia, no podría pasar mucho tiempo más bajo las órdenes del alfa lupino de *Cheyenne Ridge*, no cuando su propia naturaleza iba en contra de los dictámenes del lobo dirigente.

La presencia de Pandora se había convertido en un añadido más a ese cóctel explosivo en el que llevaba viviendo últimamente. Aunque se negase a ello, su parte lupina ya había elegido por él, no le importaba que fuese humana, ni que fuese una desconocida, ella era la elegida, la mujer que debía completarle y esa atracción estaba cada vez más presente.

Sabía que había sido frío, que se había alejado de ella en las últimas horas, lo sabía con tanta certeza cómo notaba también la reacción que eso había provocado en la mujer. Sus palabras eran tan vacilantes como sus pasos, hacía unas pausas largas, buscando las palabras exactas, eso cuando no abría la boca y soltaba lo primero que se le pasaba por la cabeza. Intuía que aquello era un mecanismo de liberación, el punto en el que su mente decidía explotar y buscar las respuestas que de otro modo no se atrevía a obtener.

La miró, viéndola de verdad, apreciando a la mujer que tenía ante él mientras esperaba una respuesta a su pregunta.

Físicamente lo atraía, le resultaba atractiva, pero era esa fragilidad que mostraba en contadas ocasiones lo que tocaba su vena protectora, la fuerza con la que se sobreponía a los problemas la que hinchaba su pecho de orgullo, no era una mujer perfecta, no era una guerrera y, sin embargo, intuía que sería la primera en levantarse en armas si la lastimaban o lastimaban a alguien a quién

atesorase en su corazón.

Vio la sorpresa que le provocó su inesperada pregunta, la había descolocado por completo a pesar de que había intentado darle un tono jocoso, a broma, pero a juzgar por la expresión de su rostro no lo había captado de esa manera.

—Estarás segura alrededor de Merab. —La tranquilizó y aprovechó al mismo tiempo para diluir esa repentina tensión. Se giró hacia la puerta y la abrió—. Lo que ya no tengo tan claro es si ella lo estará a tu alrededor.

—¡Oye! —La respuesta que esperaba no se hizo esperar—. No le escuches, chica, el peligroso es él.

Sonrió para sí, Pandora no se hacía una idea de lo peligroso que podía ser, sobre todo cuando iban a estar los dos solos, con la única compañía de su amiga canina, en la cabaña.

Como si la hembra pensase lo mismo, se levantó, le dedicó una mirada al pasar y suspiró como solo un perro podía hacerlo antes de colarse en el interior de la vivienda.

—Creo que nos acaba de mandar a paseo a los dos —le informó abriendo del todo la puerta para ella—. Vamos, pasa, si no queremos convertirnos esta noche en cubitos de hielo, tendré que encender la calefacción.

Mantuvo la puerta abierta con el brazo, sabía que la posición le dejaba poco espacio para pasar sin rozarse con él, podía muy bien haber entrado primero y sostenerle la puerta dándole así mayor amplitud de movimiento, pero el lobo en su interior quería sentirla, quería captar su aroma y él también.

El roce, aunque sutil, le supo a gloria, dejó ir la puerta y extendió la mano para encender las luces a pesar de que la amplitud de las ventanas permitía el paso de suficiente luz natural como para ahorrar energía.

Los pasos de Pandora eran vacilantes, se movía con cuidado, como si

quisiera contener cualquiera de sus reacciones ante lo que veía o el dolor de cabeza hubiese vuelto a aquejarla.

—¿Estás bien? —La pregunta surgió de sus labios antes de que pudiese retenerla. Ella se giró con gesto interrogante y señaló el apósito que le cubría la herida en la sien—. ¿Ha vuelto el dolor de cabeza?

—No, no, estoy bien —aceptó al comprender ahora su pregunta y añadió con un suave rubor tiñéndole las mejillas—. Creo que me he quedado absorta mirando tu casa, lo siento, no es muy educado de mi parte.

—Solo es una casa —respondió encogiéndose de hombros y fue directo hacia la chimenea—. Siéntate, encenderé el fuego antes de poner la caldera en marcha para calentar esto.

Escuchó el sonido de sus pasos amortiguados por el suelo de madera y poco después el leve crujido del sofá cuando se sentó, su fino oído era capaz de captar hasta el más mínimo sonido, algo que le permitía estar alerta y saber el momento exacto en el que alguien se le acercaba. Las patas de Merab acompañaron los pasos de Pandora y, no necesitó mirar hacia atrás para saber que su compañera canina se había subido al sofá en el momento justo en que la chica jadeó. Echó un vistazo por encima del hombro y se las encontró a las dos mirándose fijamente, una situación entre cómica e inverosímil.

—¿He ocupado tu sofá? —La pregunta era para la perra, que se limitó a sostenerle la mirada—. Si no me hubiesen dicho que eres una encantadora perra, te juro que habría pensado que eres un lobo.

El animal se lamió el hocico, pero no rompió el contacto visual.

—¿Wolf? ¿Tu amiga ha comido?

Tuvo que contener una sonrisa.

—Ella suele cazar su propia comida, no es muy aficionada al pienso y no puedo culparla, es asqueroso.

—¿Acaso lo has probado?

—Sí. —Y no era una respuesta retórica, lo había probado y era asqueroso. No sabía cómo sus congéneres domésticos podían comer esas cosas—. No se lo daría ni a mi peor enemigo.

Optó por dejar que ambas se fuesen haciendo la una a la otra y continuó con su labor de encender el fuego. Había pasado los últimos cinco días patrullando el territorio de norte a sur, bajando hasta la frontera y retirando todas las trampas de furtivos que había encontrado en el camino, no había vuelto al rancho en todo ese tiempo y las bajas temperaturas del otoño empezaban a notarse en la región. Había sido un buen ejercicio para él dejar el *quad* en las pistas para subir corriendo a cuatro patas por las zonas más inaccesibles, su olfato en forma de lobo era mucho más agudo que en la humana, así que se había valido de ello para dar con las trampas y poder desmantelarlas. Se había alimentado de la caza, bebido de los arroyos o del río, conectando con quién era en lo más profundo de su ser; un lobo.

Echó un nuevo vistazo por encima del hombro a la mujer que había rescatado en el bosque, la que, vestida de novia, se había enfrentado a tres jóvenes lobos que habían sido lo bastante tontos cómo para perseguirla, e incluso a él, con una rama. Se había girado de lado, los dedos de la mano cerca del hocico de la perra permitiéndole que los oliese y el can deslizándose el morro bajo ellos consintiéndole que la acariciase. Su beta le estaba dando su beneplácito, una silenciosa bienvenida a la manada del que Pandora no era consciente. Ella era de un mundo muy diferente al suyo, pertenecía a esa parte de la humanidad que ignoraba su existencia, ¿cómo reaccionaría si supiese quién era él en realidad? ¿Huiría de él? ¿Lo rechazaría?

Su raza podía aparearse con hembras humanas, no había impedimento para forjar lazos afectivos entre ambos, pero no siempre salían bien, no siempre existía una mente abierta que permitiese esa primera conexión. No la conocía, no sabía de ella más de lo que voluntariamente había dejado entrever

o había compartido y a pesar de ello, se sentía atraído por esa mujer, ¿alguna vez había imaginado estar en semejante situación?

Retomó su labor hasta conseguir encender el fuego, lo alimentó con un par de leños y se incorporó.

—Voy a ocuparme de la caldera, si necesitas algo... —Se quedó a media frase cuando vio a Pandora con la cabeza ladeada sobre el respaldo del sofá, la mano sobre el lomo de Merab y ambas sumidas en lo que parecía un pacífico sueño.

Avanzó hacia ellas, recogió la manta a cuadros que colgaba del respaldo de su asiento y se acuclilló frente a la humana, se tomó unos instantes para contemplarla en silencio, entonces la arropó con cuidado.

—No te esperaba, Pandora —musitó apartándose de ella, sintiendo una naciente ternura ante ese rostro inocente en el sueño—, no te esperaba...

Y sin embargo estaba allí, llamando a su puerta de una manera inadvertida, inconsciente y él se sentía cada vez más tentado a abrísela. Ella había sido lastimada, abandonada por aquellos que debían haberla cuidado y esas heridas estaban frescas, demasiado presentes en la mente y en el alma de esa dulce mujer.

No, no la esperaba, pero estaba dispuesto a conocerla y sanar cada una de esas heridas.

CAPÍTULO 16

Pandora se despertó con el crujido de la leña en la chimenea en los oídos, era un sonido que reconocía y que evocaba entrañables momentos. Se acurrucó debajo de la manta, esforzándose por notar el aroma del pan recién hecho que solía preparar su madre cuando la familia se iba a pasar algún fin de semana a la montaña. Era una gran cocinera y ella disfrutaba ayudándole en la cocina, pero aquellos días se habían terminado hacía mucho tiempo, ya no era una niña pequeña y su vida carecía de la felicidad que había conocido en esa época.

Abrió los ojos a regañadientes y se encontró con un desconocido y suave tapizado frente a la nariz, una manta de lana con patrón de cuadros rojos y negros la arropaba y el calor de la chimenea que había escuchado crepitar envolvía ahora la sala. Levantó la cabeza y reparó en las vigas de madera que decoraban los altos techos, las luces habían sido encastradas de forma que no estorbasen y, al mismo tiempo, procurasen la luminosidad necesaria para iluminar el salón. No tuvo que ir muy lejos para dar con Wolf, quién, sentado en el sofá frente a ella se había sumergido en el trabajo, a juzgar por el portátil que tenía sobre la almohada de apoyo y la concentración con la que miraba la pantalla mientras tecleaba a bastante velocidad.

Se dio el lujo de mirarlo durante unos instantes, había abandonado la acolchada chaqueta quedándose en mangas de camisa y esos gastados tejanos que ya conocía, incluso había cambiado las botas de montaña por unos suaves mocasines de piel que le recordaron al calzado que solían vender en los puestos de artesanía que montaban algunos nativos americanos en la ciudad.

A pesar de la intensidad con la que contemplaba la pantalla, en esos momentos carecía de la tensión que había visto en su rostro desde que lo conocía, las líneas de tensión se habían alisado, sus ojos azules se habían suavizado y la manera en la que solía apretar la mandíbula no era ahora tan acuciante. Era como si se hubiese quitado un enorme peso de encima al traspasar el umbral de su casa, como si tuviese un acuerdo tácito para dejar todas sus preocupaciones y problemas en el porche de la entrada.

Y entonces levantó la mirada por encima de la pantalla del ordenador, un movimiento casual, cómo si lo hubiese hecho ya más veces, para vigilar su sueño. Sus ojos acusaron el impacto, cerró la tapa del portátil y lo sostuvo en su regazo mientras la miraba.

—Te has pegado una buena siesta, es casi la hora de la cena.

Las palabras tardaron en penetrar en su mente, hizo la manta a un lado y empezó a incorporarse solo para darse cuenta de que tenía un peso contra las piernas. Esa enorme mole canina y peluda estaba acostada sobre la manta a sus pies y respiraba tranquilamente en su plácido sueño.

—Y no eres la única —añadió él señalando a la perra.

Tironeó un poco de la manta, lo justo para desenredar los pies y poder sentarse e hizo una mueca ante la incomodidad general que le sacudía el cuerpo. La postura encogida en el sofá no había sido la mejor para su todavía convaleciente situación, pero debía haber estado más cansada de lo que pensaba si se había quedado dormida allí, sin más.

—¿Por qué no me despertaste? —murmuró mirando a su alrededor—. Debo de ser la peor invitada que has tenido jamás.

—Necesitabas dormir —respondió con un encogimiento de hombros—. Te dije que no estabas en condiciones de emprender ningún viaje, todavía estás convaleciente.

Se llevó la mano a la cabeza, acariciando el apósito con las yemas de

los dedos. Él captó el gesto y enarcó una ceja.

—Estoy bien, ese insistente latido se ha ido —aceptó, todavía le dolía si lo tocaba con los dedos, pero nada comparado con lo que había padecido hasta el momento—. La infusión que me hizo Sarah, ayudó.

—Las tisanas de nuestra madre suelen ser muy efectivas.

¿*Nuestra madre*? Frunció el ceño al escuchar esas palabras, había entendido que...

—Pensé que Sarah era tu prima.

—Lo es —asintió y depositó el portátil en la mesa auxiliar a su lado—. Su madre es mi tía, pero la considero mi madre ya que fue quién me crio después de que perdiese a mi familia.

La información que le brindó estaba demasiado cerca de su propia vida, de su propia situación.

—Ella creía que no debería haber distinciones entre sus hijos, así que nos enseñó a Sarah y a mí por igual —continuó con ese tono desprendido con el que intentaba restarles importancia a las cosas—. Aunque a Sarah se le da mejor la cocina, me temo que tendrás que conformarte con sopa de tomate y algo de pan y queso para la cena.

La mención de la comida hizo que su estómago eligiese hacerse notar. No era extraño que lo hiciera, pues no había ingerido nada desde el desayuno. Se pasó el brazo alrededor del vientre para acallar los ruiditos y se encogió de hombros.

—En estos momentos eso suena a todo un manjar.

Wolf se levantó con esa elegancia tan característica en sus movimientos y le tendió la mano, un gesto que la cogió por sorpresa.

—No has comido nada en todo el día, ¿no?

—Desayuné bien —se justificó aceptando su mano para ponerse en pie. El contacto de sus dedos callosos en los suyos le provocó un ligero escalofrío,

esquivó su mirada y se soltó tan pronto estuvo convencida de que sus piernas la obedecían.

—Verás, en esta parte del país, se suelen hacer tres comidas al día. — La ironía en su voz goteaba de tal manera que no sabía cómo no se había ahogado con ella—. Deberías probarlo.

—Lo intento, pero últimamente no me resulta fácil encontrar un buen restaurante.

Se miraron unos instantes, entonces los labios masculinos se curvaron en una perezosa sonrisa.

—Veamos si esa sopa de tomate puede estar a la altura —sugirió y le indicó por dónde seguir—. O al menos, aplacar a ese dragón.

Como si su estómago quisiera estar de acuerdo con él, rugió sin pensarlo dos veces.

CAPÍTULO 17

No volvería a ver la sopa de tomate de la misma manera, no después de esa noche, pensó Wolf llevándose un pedazo de queso a la boca. No era un fan de las verduras o legumbres, su base gastronómica era la carne como la caza y cualquiera de sus variedades, pero desde luego, no la sopa. Tendría que hacer una rápida incursión en el pueblo a la mañana siguiente y conseguir algo más comestible, dudaba qué a su invitada le gustase el conejo, sobre todo si lo veía con pelo y muerto sobre la isla de la cocina.

Verla allí era tan extraño como el hecho de hablar con ella de algo tan íntimo y privado como su vida familiar. Sabía que su comentario había sido del todo inocente, una confusión sobre el parentesco, algo en lo que no había necesidad de profundizar. La respuesta había surgido sola, la lisa y llana verdad, un pedazo de sí mismo que deseó compartir con ella. Pandora, en cambio, seguía siendo bastante reservada, había perdido parte de su rigidez y la siesta que había tomado la había dejado más descansada, pero seguía guardando las distancias.

—Gracias por la cena. —Comentó en un momento dado, dejando la servilleta un lado—. Y por abrirme las puertas de tu casa. Me temo que conocerme no ha sido una buena experiencia dado la de problemas que arrastro tras de mí.

—No has tenido culpa de ser víctima de un accidente de tráfico.

—No, supongo que eso es lo único de lo que no puede achacárseme responsabilidad —suspiró—. Pero la realidad es que me he quedado sin

coche, en medio de ningún lado y será un jodido problema volver a Fort Saint James.

—¿Es ahí donde resides?

—No eres el único al que le gusta vivir lejos del mundanal ruido —se encogió de hombros—. Mi madre se mudó allí después del divorcio y me llevó con ella, tras su fallecimiento, decidí quedarme.

Lo dijo con la boca pequeña, como si no quisiera hablar sobre sí misma.

—A mí también me crio una mujer que no era mi madre biológica —admitió de nuevo—, pero fue la única madre que conocí.

Y ahí estaba de nuevo el temblor en su voz, el dolor y la subyacente rabia. Tomó un nuevo sorbo del vino que había servido y añadió.

—Era la esposa de mi padre, la verdadera esposa, con mi progenitora solo tuvo una aventura de la que nací yo —añadió con amargura—. Y cuando esta murió, Elina me recibió con los brazos abiertos a pesar de ser la prueba de la infidelidad de su esposo. Ella me crio y educó, fue mi madre a todos los efectos, aunque mi medio hermano, Josh, se pasase toda mi infancia recordándome que no pertenecía a esa familia.

Eso explicaba la despreocupación del hombre con el que había hablado por teléfono y su falta de empatía hacia un miembro de su familia.

—Casi me alegro de que ya no esté aquí, así no tiene que ver el desastre en el que se ha convertido la vida de su hija.

La pena en su voz le provocó una punzada, Pandora se sentía de esa manera, no sabía si había algún equipaje más en su haber o si lo decía por su boda truncada, pero ahora mismo parecía sentir que no valía nada. La mujer segura, dispuesta a levantarse después de caer también tenía dudas, momentos de bajón que le arrancaban todas sus fuerzas.

—No podríamos llamarlo vida si no hubiese algún que otro altibajo —comentó él—, es lo que nos hace ser humanos, lo que nos hace crecer.

—No quiero crecer si eso significa creer en las personas solo para descubrir que me han clavado un cuchillo por la espalda —musitó, se levantó de la mesa y pidió—. Discúlpame, pero preferiría acostarme, empieza a dolerme de nuevo la cabeza.

Se levantó y asintió, no iba a obligarla a hablar, no era el momento, no después de lo que acababa de decirle.

—Te enseñaré tu dormitorio. —La acompañó a la zona de las habitaciones—. Es el que suele utilizar Sarah cuando viene de visita. El baño lo tienes al final del pasillo. Si necesitas algo, yo estoy aquí.

—Gracias por todo, Wolf.

—Descansa, Pandora, aquí estás a salvo.

CAPÍTULO 18

Wolf aprovechó el manto que ofrecía la noche para abandonar la cabaña y adentrarse en el bosque, la luna brillaba en el estrellado cielo vertiendo su luz sobre el sendero que ahora remontaba montaña arriba. Se impulsó con sus poderosas patas, ganando terreno a medida que avanzaba. Los animales que solían salir a pasear en la tranquilidad nocturna se congelaban en el lugar, otros decidían permanecer en sus madrigueras sabiendo que la muerte acechaba en las inmediaciones, así que tenía el terreno para sí mismo y para aquellos miembros de la manada de *Cheyenne Ridge* que disfrutaban de un paseo nocturno.

Escuchó una llamada procedente del oeste y unos kilómetros después, flanqueado por un lobo de pelaje dorado que no tenía problemas para seguirle el ritmo. Echaba de menos a Merab corriendo al otro flanco, pero su querida amiga tenía una misión mucho más importante esa noche: cuidar de la mujer que dormía plácidamente en la cama contigua a su dormitorio.

—Júpiter va a coger un cabreo del tamaño de Alaska cuando sepa lo que tienes en mente.

Esa noche se había encontrado con Nikai incluso antes de dejar el territorio de su cabaña. El lobo parecía tener un sexto sentido en lo que a él se refería, se había tomado el trabajo de ejercer de voz de la conciencia y a veces era muy irritante tenerlo hablándole al oído

—Me conoce lo suficiente para saber que no me quedaría de brazos cruzados después de ver ese vídeo. —Se había encogido de hombros—. Y no

estoy trasgrediendo sus preciosas normas. Esta noche pienso limitarme a peinar la región, quiero asegurarme de que ese hijo de puta no está escondido, acechando o vete tú a saber qué.

—Si sigue por aquí después de lo que le hiciste, tiene serios problemas mentales, vamos, que es un auténtico suicida hijo de puta.

—Que lo sea, me ahorrará el tener que dar explicaciones.

—Júpiter te va a echar de la manada un día de estos de una patada en el culo.

—No si me marcho yo antes.

El silencio se hizo entre ellos durante unos instantes, entonces su amigo resopló y soltó un profundo gruñido.

—No vas a desafiarle por el liderazgo de la manada.

Sacudió la cabeza.

—Júpiter se ha ganado mi respeto, aunque a veces sea como un jodido grano en el culo.

—Así que ya lo has decidido —comprendió el lobo—. ¿Y a dónde piensas mudarte? Digo, para ir haciendo las maletas y eso...

Lo miró de soslayo.

—No vas a venir conmigo.

—Y una mierda que no —resopló—. Tu prima pediría mis huevos en una bandeja si te dejase irte solito por el mundo. Y les tengo mucho cariño, que lo sepas.

Enarcó una ceja ante su respuesta.

—Que a dónde nos mudamos, *Wolfie*.

El apelativo lo hizo gruñir, un sonido que hizo que el lobo frente a él bajase la mirada incluso en su forma humana. Ahí estaba, pura jerarquía, lo que le decía que, hiciese lo que hiciese, no podía quedarse en *Cheyenne Ridge*, no sin terminar creando un jodido conflicto con su alfa.

—Vuelve a llamarme así y te dejo eunuco yo mismo.

Nikai se limitó a poner los ojos en blanco, entonces chasqueó la lengua y adoptó un tono de voz más serio al hablar.

—Ya era hora de que pensaras en algo definitivo, este último año has sido una pesadilla sobre cuatro patas —aseguró—. La mayoría del clan esperaba que antes o después desafiases a Júpiter, no les hubiese sorprendido lo más mínimo.

—Este ya no es mi hogar, Nikai, quiero... necesito mi propio territorio, mi propia manada...

—Y supongo que ella está incluida también en esos planes.

No tenía todavía una respuesta para eso.

—Esa humana ignora por completo nuestra existencia, nuestro mundo, ¿entiendes lo que eso puede traer consigo?

Problemas, enormes problemas o una promesa de futuro, se dijo a sí mismo, una que quizá incluyese a esa mujer como parte de su vida. Pero para llegar a ello, primero tenía que encargarse de la amenaza que se cernía sobre *Cheyenne Ridge*, solo cuando estuviese seguro de que ya no había peligro para la manada, podría empezar a mirar por su propio futuro.

—Centrémonos en lo que tenemos entre manos y dejemos las elucubraciones para otra ocasión.

Lo había dejado allí de pie, no se molestó en dar más explicaciones, se quitó los zapatos, la chaqueta, la camisa y echó a correr sobre dos piernas para terminar poco después sobre cuatro patas atravesando el bosque a la velocidad de la luz.

Echó un fugaz vistazo a su derecha y contempló el pelaje naranja de su compañero zigzagueando entre la espesura, echó la cabeza atrás y lanzó un sonoro aullido, un aviso, una orden que hizo que ambos rompiesen la formación y se dividiesen en plena carrera para cubrir así más terreno.

Era hora de que la caza diese comienzo.

CAPÍTULO 19

La cabaña estaba tan silenciosa que cada paso sobre el suelo de madera resonaba como un fuerte crujido, la sensación de aislamiento y soledad empezó a hacerse cada vez más acuciante a medida que deambulaba por la casa sin rastro de su propietario. Pandora se detuvo en seco al acercarse a la cocina. La perra loba que había conocido el día anterior estaba sentada frente a uno de los ventanales de la abierta habitación, contemplando el paisaje diurno, una hermosa pintura del bosque más inmediato con las montañas recortándose en el horizonte. La enorme y peluda cabeza eligió ese preciso momento para girarse hacia ella, sus ojos se encontraron durante un largo instante antes de que el can empezase a barrer el suelo con la cola en un gesto de bienvenida.

—Hola a ti también, Merab —se animó a decirle y caminó hacia la isla de granito de color claro que presidía la cocina, siempre con un ojo puesto sobre el animal—. ¿Dónde está tu dueño? ¿Lo sabes?

La perra se limitó a agitar de nuevo la cola, como si reconociese su voz y quisiese decirle con ello que aprobaba su presencia allí a pesar de que no estuviese presente el propietario de la casa.

—¿Wolf? —Probó a llamarle una vez más, esperando una respuesta que no llegó—. De acuerdo, estoy sola en una casa desconocida, en medio de ningún sitio y con un perro lobo que parece haber decidido no comerme. Genial, sencillamente genial.

Apartó uno de los taburetes de madera que flanqueaban la isla de cocina

y tomó asiento. La habitación resultaba tan acogedora como el resto de la casa aunque bastante austera, echaba de menos alguna planta aquí y allá, unas cortinas en los ventanales, algo que la hiciese hogareña y no solo, rústica y elegante. Los electrodomésticos y cada uno de los acabados de los muebles hablaba de alta gama, incluso las rústicas lámparas parecían de diseño, por no hablar del suelo de madera que se extendía por todo el habitáculo y que parecía demasiado nuevo, sobre todo para tener un animal como aquel pululando por el lugar. Tenía que reconocer que, fuese quién fuese que hubiese decorado la vivienda tenía un gusto exquisito.

Se giró en la silla y continuó con el recorrido visual, una vieja cafetera de andar por casa y una tostadora cuya marca era de las más económicas, reposaba sobre la encimera, la placa de la vitrocerámica estaba impecable y no había ni un solo plato o vaso en el fregadero para lavar.

—Supongo que no le importará si me hago un café —comentó para sí antes de volverse hacia dónde estaba el animal y reparar en la mesa de comedor para cuatro comensales. Sobre esta había un par de bolsas de papel y, en una de ellas, habían pegado una nota escrita a mano—. Estoy cegata.

No se había dado cuenta de la presencia de los objetos hasta ese momento, al ver a la perra todo lo demás había quedado en segundo plano. Le echó un nuevo vistazo a la susodicha, que había vuelto a posar toda su atención en la ventana y se acercó a la mesa. Las bolsas estaban llenas de víveres: pan, huevos, carne fresca, legumbres... y la nota que había sido pegada con un pedazo de celo ponía su nombre.

Pandora,

Tengo que ausentarme, asuntos municipales.

He hecho la compra, espero que sea de tu agrado.

Volveré hacia el mediodía.

Estás en tu casa,
Wolf

Releyó la nota un par de veces más sin saber qué decir al respecto, volvió a echar un vistazo al contenido de las bolsas y luego miró a la perra.

—¿Hace esto muy a menudo?

La respuesta del can fue tan absurda como divertida pues se limitó a dejar escapar algo parecido a un suspiro antes de acostarse en el suelo dispuesta a echarse una siesta.

—De acuerdo, tomaré eso como un sí.

Así que, allí estaba, sola en una casa desconocida, en una propiedad de varias hectáreas en plena naturaleza, a unos cuantos kilómetros del núcleo de población más cercano, demasiados para ir andando y con las secuelas del porrazo todavía presentes en su cuerpo.

Giró sobre los talones dejando atrás la cocina y el salón y volvió a la puerta principal. El pomo cedió sin problema bajo su mano y, el estúpido temor de que un completo desconocido pudiese haberla dejado encerrada se esfumó. Se estremeció cuando el aire frío de la mañana la saludó, se aventuró unos pasos por el porche y comprobó que el jeep en el que habían llegado la tarde anterior ya no estaba, más en su lugar estaba ahora el *quad*.

—Buch ha debido de traer esa cosa y luego irse ambos en el jeep —dio voz a sus pensamientos.

Se tomó unos segundos para respirar el aire matutino antes de volver al interior, el felpudo que se había echado unos segundos antes en la cocina la esperaba ahora en el umbral de la puerta principal, como si quisiera asegurarse de que no iba a salir corriendo o algo. La tarde anterior había cedido al impulso de acariciarla, ella incluso le había pedido más mimos, pero había sido en presencia de su amo.

—¿Si te acaricié me arrancarás la mano?

El animal echó las orejas hacia atrás, se lamió la nariz y avanzó hacia ella, rozándola al pasar con todo el lomo; sin duda una respuesta más que elocuente.

—Si no supiese que es imposible, juraría que entiendes cada cosa que digo.

Ignorándola por completo, Merab continuó con su camino de vuelta al salón, escuchó el crujido del sofá, señal inequívoca de que había decidido recuperar su sitio favorito para pasar la mañana.

—Eso es, ignórame completamente.

Su estómago eligió ese momento para emitir una protesta, se lo cubrió con una mano e hizo una mueca.

—Claro, tú hazte notar —resopló y volvió al área de la cocina—. Supongo que podré preparar algo para desayunar... si encuentro dónde están las cosas.

Con aquella nueva tarea en mente, una que la mantendría ocupada y libre de todo tipo de pensamientos sombríos, empezó a deambular por la cocina, sintiéndose al principio un poco intrusa al tener que abrir y cerrar los armarios en el hogar de otra persona.

Wolf había sido muy amable al darle alojamiento, no solo eso, había respetado también sus momentos de silencio. Todavía le sorprendía la conversación mantenida la noche anterior durante la cena, el cómo una inocente pregunta le había brindado un pedacito de la vida de ese hombre. No sabía si había sido la necesidad de corresponder a su sinceridad o el vino que había bebido el que le soltó la lengua, pero había puesto en palabras cosas que nunca antes había dicho en voz alta. Era muy celosa de su intimidad, de su familia y, sin embargo, no dudó en compartir un pedacito de esta con él.

El hombre que había encontrado al llegar a ese lugar estaba mucho del

que había conocido en Cheyenne, era como si de algún modo guardase las distancias, como si mostrase al mundo la imagen que querían ver de él, mientras que aquí, era él mismo. Y ese era el hombre que le llamaba la atención, que la atraía de un modo inesperado.

Sin duda el accidente le había volatilizado la cabeza, no había otro modo de explicarlo. Acababa de ser, no solo plantada en el altar, literalmente, sino que el hombre del que se creía enamorada, con quién iba a casarse, había sido una completa falsedad y más que llorar por la pérdida, estaba cabreada, ofendida por la mentira, pero no por la pérdida del amor.

—Porque nunca estuviste realmente enamorada de él.

Decirlo en voz alta añadió un peso mayor a sus palabras, se daba cuenta de lo reales que eran, de la verdad que encerraban. Ella no había estado enamorada de Jim, se había sentido halagada por sus atenciones, lo había visto como una manera de romper con la rutina, de liberarse de la soledad que la envolvía, pero en esa relación no había existido amor. Pensó que sí había respeto, si había cariño, todo lo demás podría venir en algún momento, sobre todo creyó que era lo que necesitaba para dejar atrás su pasado. Obviamente, se equivocó y de qué manera.

Y ahora estaba pensando en otro hombre, uno al que conocía desde hacía poco más de cuarenta y ocho horas y cuya presencia evocaba cualquier cosa menos *tranquilidad*.

No, Wolf Carson era difícil de catalogar, su aspecto sugería una cosa y sus modales otra, poseía una mirada profunda, capaz de penetrar en el alma y desear al mismo tiempo estar todo lo lejos posible de él. Tenía un aura de peligro a su alrededor, algo salvaje y que lucía de manera natural, en cierto modo era como uno de esos lobos que la habían sorprendido en el bosque, alguien con ese magnetismo y peligrosidad. Una fiera salvaje que no podía ser domesticada.

Ese era el Wolf que había visto en el pueblo, el que la había rescatado del accidente y que contrastaba con el tipo que la había traído hasta aquí y la había dejado dormir en el sofá de su salón, arropándola con una manta, mientras se mantenía cerca, montando guardia.

Dos caras de un mismo hombre, alguien que podría comérsela y consumirla en un abrir y cerrar de ojos hasta reducirla a la nada.

Sacudió la cabeza.

—Tú no eres de las que piensan que un clavo saca a otro clavo, Pandora—se dijo a sí misma—. Estás en un momento bajo, tu vida ha sufrido una pedrada y necesitas levantarte de nuevo y ponerte a caminar antes de que aparezca una piedra más grande que te derribe por completo.

No podía permitirse pensar en Wolf, no podía verlo como un hombre deseable, alguien con quién quizá estuviese segura, no podía permitirse que alguien volviese a herirla de nuevo y lo haría si le abría esa puerta.

CAPÍTULO 20

No eran frecuentes las ocasiones en las que se podía asistir a un encuentro como aquel entre dos razas, pensó Wolf mirando a cada uno de los presentes, de hecho era muy raro que se mantuviesen en un mismo lugar si no era para intentar arrancarse la cabeza los unos a los otros. Sin embargo, los clanes de *Cheyenne Ridge* y *Pine River Mountain* habían llegado a un pacto hacía tiempo, uno que garantizaba la pacífica coexistencia a ambos lados del río *Pine* que dividía ambos territorios y el contar con el clan vecino como aliado si algo afectaba a toda la región.

Echó un fugaz vistazo en dirección a Júpiter, no era necesario que dijese una sola palabra para saber que estaba tan cabreado como una mona por la «partida de caza» de la noche anterior. Con toda probabilidad, lo que más le molestaba era que dicha incursión no hubiese tenido resultados.

Habían patrullado toda la noche, rastreando cada palmo del terreno, llegando incluso a los límites de la frontera del territorio lupino sin éxito. Sí, habían retirado alguna trampa más, pero estas eran demasiado rudimentarias, nada que ver con las que solían utilizar los furtivos. El rastro que estaba acostumbrado a seguir se había ido con el paso de los días, como también lo había hecho el de los dos individuos que aparecían en el vídeo. No había uno reciente que seguir, nada que evidenciase que ese cabrón estaba en su territorio.

—Parece que las ratas han salido de sus cuevas y se pasean ahora por el parque.

—¿Me lo dices o me lo cuentas?

—¿Cuándo fue grabado ese vídeo? —Aquella era sin duda una información que quería conocer.

—El mismo día que tu novia tuvo el accidente —le informó Cassidy, con las manos metidas en el bolsillo del chaleco—. Fueron los chicos los que dieron aviso de la colisión, vieron como perdía el control y se estrellaba contra el árbol.

—¿Y no se les ocurrió parar y socorrerla? —gruñó Buch.

—Claro, dejemos que tres gatos adolescentes entren en territorio lupino —replicó Chase, el lugarteniente de los gatos, con ese peculiar acento *cajún* —, y luego vayamos a buscarlos... Te iba a encantar la fiesta.

La respuesta de Buch fue un animal gruñido, estaba claro que los ánimos estaban exaltados por su parte, sobre todo después de la infructuosa búsqueda de anoche.

—Suficiente —ladró Júpiter, poniendo fin al intercambio por su lado—. Necesitamos trabajar juntos si queremos exterminar esa lacra de nuestro territorio.

—Créeme, ese es el motivo principal por el que estoy aquí —aseguró Cassidy con gesto serio, sus ojos claros reflejaban al felino que habitaba en su interior—. Cometí el error de no rematarlo la primera vez, uno que no estoy dispuesto a repetir.

—Vaya, al fin alguien que habla mi idioma. —No pudo evitarlo, estaba más cerca de la forma de pensar del líder del clan de *Pine River Mountain* que de la de su propio alfa.

—Wolf, empieza a cansarme y mucho tu actitud.

—¿Y eso es una novedad? —La respuesta llegó de Nikai, cuyo pellejo también estaba en discusión por lo ocurrido.

—Últimamente parece estar jodiendo más de la cuenta —comentó

Cassidy intercambiando una mirada con Júpiter y mirándole luego a él—. Te gusta caminar sobre brasas ardientes.

Se encogió de hombros, no iba a darle explicaciones al gato.

—¿Qué tal si volvemos a centrarnos en lo que nos atañe a todos, *mon ami*? —sugirió Chase mirando a su líder y luego al resto de los presentes—. Podemos seguir insultándonos después.

—Si el vídeo se grabó hace tres noches, tendría que haber quedado rastro de su presencia, sobre todo porque no ha llovido como para borrar las huellas. —Wolf optó por reconducir la conversación hacia dónde le interesaba; dar con ese cabrón—. Y sin embargo, no hay absolutamente nada.

Buch miró a Júpiter un segundo antes de que este asintiese de manera imperceptible.

—Anoche se hizo una batida por el territorio, llegando hasta la frontera del río e incluso a las carreteras y no se encontró nada. Ni un solo rastro. Es como si se hubiesen esfumado de la faz de la tierra.

—Pero no pueden esfumarse así como así en el aire, tienen que estar en algún lugar —añadió Chase.

—Lo más probable es que se hayan escondido como las comadreja que son —sugirió Cassidy—. Querrán pasar desapercibidos.

—Pues no lo han hecho demasiado bien a juzgar por lo que hemos visto en la grabación —apuntó Nikai.

—¿Y si eso es lo que quieren que pensemos? —comentó Chase, poniendo otra posibilidad sobre la mesa—. No sé por vuestro lado, pero por el nuestro, por mucho que odie decirlo, ese *fiels de pute* siempre demostró una maquiavélica inteligencia.

El silencioso gruñido de Cassidy corroboró las palabras del gato.

—¿Y cuál podría ser el motivo? —insistió su compañero lupino.

—Todavía no lo sé.

—Quizá habría que plantearlo de otra manera —sugirió Wolf reconduciendo la conversación, su mirada fue hacia Júpiter quién lo invitó a seguir con cualquier posible teoría.

—Soy todo oídos.

—En esa grabación había dos personas más —le recordó, poniendo encima de la mesa lo más obvio, algo en lo que no había reparado hasta que había vuelto a ver el vídeo—, dos cazadores furtivos que, con toda probabilidad, son los que han estado poniendo las trampas estos últimos meses.

—Dos humanos —comprendió Nikai al momento, cogiendo al vuelo su línea de pensamiento.

—Hemos estado rastreando lobos —comprendió Júpiter.

—Y pumas... —Asintió Cassidy subiéndose en la misma línea de pensamiento.

—Pero no humanos —remató Nikai.

Aquella era una nueva vía de acción que ninguno había considerado.

—No están actuando como animales, sino a través de los furtivos.

—Pero, son... —Buch sacudió la cabeza y señaló lo obvio—. Bien, un lobo y un gato no trabajarían juntos sin un buen motivo.

—Si quisieras joder a alguien, ¿no te aliarías hasta con tu peor enemigo si con ello obtienes lo que deseas? —sugirió Cassidy con tono jocoso—. No serían los primeros ni los últimos enemigos que se convierten en aliados si obtienen algún provecho de ello.

—Cualquier posible alianza entre ellos no sería provechosa, sino peligrosa —intervino Júpiter—. Y eso es lo que me preocupa. Ambos individuos no son bienvenidos en el valle y son conscientes de ello, así que su presencia solo puede obedecer a algún oscuro propósito.

—*Vengeance* —declaró Chase en su francés natal, el tono en su voz era

mortal—. La venganza es una motivación jodidamente buena para regresar a dónde alguien no te quiere.

—Lucius no tendría los huevos para ello —gruñó Buch. Eso era algo en lo que Wolf no estaba de acuerdo—. Y en caso de tenerlos, ¿por qué esperar tanto tiempo?

—No puedo decir lo mismo del psicópata de Merlot —murmuró Cassidy con un tono de voz que evidenciaba que sus recuerdos eran tan oscuros como los propios—. Secuestro a una de nuestras hembras, la mantuvo cautiva durante tres días, la torturó... —Se detuvo, apretaba la mandíbula con tanta fuerza que era un milagro que no se la rompiese—. Tenía que haberme asegurado que estaba muerto cuando cayó al río, debí haber rastreado y desmembrarlo para evitar que volviese a levantarse.

—Lo encontraremos, *mon ami*. —Chase posó una mano sobre el hombro de su compañero, su lenguaje corporal hablaba de los mismos sentimientos que envolvían al líder de los gatos—. Y esta vez desaparecerá para siempre.

El hombre se tomó unos segundos para serenarse, pero su voz era peligrosa cuando añadió.

—Sin piedad.

—Y esa es también mi frase —añadió él mirando a Júpiter, era hora de poner todas las cartas sobre la mesa—. Será lo último que haga en este territorio y para este clan, después me marcharé.

La declaración calló sobre todos ellos como un manto de silencio.

—Vale, eres más idiota de lo que esperaba —murmuró Cassidy, mirándole—. Aunque no puedo decir que me sorprenda esa decisión.

—Esto no te incumbe, Felon —gruñó Júpiter.

Él levantó ambas manos y dio un paso atrás.

—No puede dejar caer una bomba así y esperar que me quede callado —chasqueó—. No es sano para mi natural curiosidad.

—¿No conoces el dicho de «*la curiosidad mató al gato*»?

—A este gato solo lo mata el aburrimiento —Se encogió de hombros y señaló con una amplia sonrisa—. Si queréis pelearos ahora y arreglar el problemilla de testosterona, yo puedo hacer de jurado.

Wolf lo fulminó con la mirada, una silenciosa advertencia que el imbécil optó por pasarse por el forro.

—No dejes de enviarme tu nueva dirección, Wolf, hay pocos lobos a los que soporte y esté dispuesto a dejarles entrar en mi territorio —le soltó con toda tranquilidad, una declaración bastante peligrosa dadas las circunstancias y dirigida únicamente a molestar a Júpiter. Ambos sabían que los dos jefes de ambos lados del valle se llevaban mucho mejor de lo que querían dejar ver a su propia gente—. Te haré una visita.

—Solo si quieres que utilice tu pellejo como alfombra de bienvenida —replicó Nikai, dejando al mismo tiempo clara su propia postura.

—Nikai...

—Me gusta tu escoba, además de pulgas tiene inteligencia.

—¿Quieres unas pocas? —replicó el aludido, entrecerrando los ojos sobre Cassidy—. Estoy dispuesto a compartir si con ello dejas de oírte hablar.

El gato se limitó a guiñarle un ojo.

—Habrá que cambiar de enfoque y buscar a esas comadreja —dijo Wolf, volviendo al tema que ocupaba a ambas razas, una forma de acabar con aquella contienda interna y centrarse en lo más importante—. Ya no se trata de retirar trampas, sino de erradicar el problema de raíz.

—Ahora que tenemos sus rostros podremos identificarlos y veremos qué se puede sacar en claro sobre esa extraña asociación.

El líder de los lobos de *Cheyenne Ridge* clavó la mirada en él al decir aquello, estaba claro que a Júpiter se le había terminado la paciencia con él. Los recientes sucesos habían abierto la brecha y el desafío a su autoridad, aún

si no se hizo público, pesaba demasiado.

Con sus recientes declaraciones Wolf había iniciado la cuenta atrás para su partida.

CAPÍTULO 21

Cuando atravesó a la carrera los lindes de su propiedad horas más tarde, Wolf todavía llevaba en la cabeza la reciente conversación que había mantenido con Júpiter. Había sido un momento crucial, un encuentro que sabían se produciría antes o después- El alfa había sido claro, cuando aquello se solucionase, tendría que marcharse del territorio o proclamar su interés en liderar la manada y desafiarle en combate.

Sacudió la cabeza y continuó con el resto del cuerpo, movió las orejas y agudizó sus sentidos como lo hacía siempre en busca de posibles amenazas que rondasen por su hogar. Esta vez, sin embargo, le sorprendió percibir las risas y la voz de Pandora protagonizándolas, su presencia evocó un inexplicable calor en su interior y se encontró avanzando hacia el lugar de procedencia del sonido.

La encontró en el exterior de la casa, en vez de la ropa prestada del día anterior, vestía unos leggins, jersey y botas que le sentaban mucho mejor. Se había recogido el pelo en una larga cola de caballo y sonreía mientras le lanzaba una pelota a Merab, quién jugaba como un cachorro con ella.

Se mantuvo entre los matorrales, oculto, viéndola a través de los ojos de un lobo, disfrutando de sus risas y de la presencia de una hembra que había caído sobre él de manera inesperada. Se agazapó, pegando el vientre al suelo, dispuesto a quedarse allí toda la mañana si era necesario.

—Vamos, chica, cógelo. —Lanzó la pelota y la hembra salió disparada a por ella—. Eso es, preciosa. Pero que lista eres.

Le llevó la pelota, un juego que él mismo había practicado con la perra en algunas ocasiones, dejándola en el suelo a sus pies.

—De acuerdo, a ver si puedo lanzarla un poco más lejos.

Impulsó la pelota, lanzándola ahora en otra dirección y Merab salió disparada tras ella. Su trayectoria entraba en contacto con sus alrededores y la perra lo sintió. Frenó en seco, agitó las orejas y empezó a caminar con mayor cuidado hasta que reconoció su aroma. En un abrir y cerrar de ojos la tenía encima, lamiéndole el morro, en gesto sumiso, moviendo la cola en cálido reconocimiento.

—¿Merab?

Pandora había salido tras ella y caminaba hacia ellos con paso cuidadoso. Correspondió a la bienvenida de su amiga, la empujó un poco, pero no pudo decidir entre irse o salir de los matorrales.

—Merab, ¿qué has encontrado, chica?

La hembra empezó a dividir su atención entre la humana y él, obviamente su orden pesaba, pero lo hacía más la presencia de su alfa.

—Wolf te ha enseñado a cazar conejos, ¿eh?

Su voz sonaba cada vez más cerca, se aproximaba a ellos, no podía marcharse sin darle un susto de muerte, pero salir... ¿no sería aún peor?

Su amiga decidió por él, se restregó contra su costado, empujándolo y no le quedó más remedio que mostrarse.

—Oh, joder...

Sí, suponía que lo que estaba contemplando la preocuparía un poco, sobrepasaba a la pequeña perra en unos buenos diez centímetros y era mucho más corpulento, su pelo más largo y espeso, Pandora no tendría la menor duda de que estaba viendo...

—Un lobo.

Bingo. Pensó con palpable ironía. Notó como su compañera se pegaba a

él, buscando su aprobación, le dio un lametón en el hocico y utilizó la comunicación no verbal para indicarle que volviese junto a la humana.

Tras un momento de vacilación, obedeció.

—Es... ¿Es amigo tuyo, chica?

La perra se quedó frente a ella, meneó la cola y se volvió a mirarlo. Pandora seguía con los ojos fijos en él, temblaba, podía oler su miedo, pero aguantaba estoica, echando fugaces miradas a su espalda. La humana estaba calculando su vía de escape en caso de necesidad.

Soy yo, quiso decirle, *soy Wolf*. Pero ni él podía comunicarse con ella de esa manera, ni ella le entendería.

Escuchó el gimoteo de Merab y respondió a él de inmediato, era algo instintivo, una respuesta automática. La chica se estremeció, pero en vez de retroceder, hundió las manos en el pelo de la perra, como si quisiera impedir que volviese a él. La hembra ladeó la cabeza, meneó la cola y le lamió las manos, una forma de decirle sin palabras que todo iba bien.

—No vas a hacernos daño, ¿verdad?

Permaneció inmóvil, mirándola, deseando que esas manos estuviesen sobre su pelo.

—Tus ojos... —Ella ladeó la cabeza, entrecerrando los propios—. Son... azules...

Si pudiese le habría sonreído, en lugar de eso, echó la cabeza hacia atrás y lanzó un sonoro aullido, un saludo y una despedida, una declaración que nunca comprendería, pero que necesitaba hacer. Solo entonces giró sobre sus patas y desapareció en la espesura del bosque.

CAPÍTULO 22

Pandora seguía pensando en la reciente experiencia que acababa de vivir. Sentada en la isla de la cocina esperaba que se enfriase la infusión que se había servido mientras su corazón recuperaba el ritmo y el temblor de su cuerpo se desvanecía. La perra seguía en la misma posición junto a la ventana, las orejas levantadas como si escuchase algo.

¿Lo sentiría? ¿Seguiría ahí fuera? Wolf le había dicho que Merab era un perro lobo, ¿sería ese enorme ejemplar que había aparecido entre los matorrales su familia? ¿Su compañero, quizá? Pero esos ojos, era la primera vez que veía a un lobo de ojos azules.

—Tiene que tratarse de una mutación genética.

Demasiadas incógnitas, todo lo que sabía era que un animal salvaje se había paseado por la propiedad, que quizá aún estuviese allí.

Merab soltó un ladrido, sobresaltándola, giró sobre sus patas y salió entre ladridos hacia la puerta. No tardó mucho en escuchar la voz del propietario de la casa hablándole, así como su propia silla cayendo al suelo en su prisa por llegar a la puerta en dónde se detuvo en seco.

—Hola Pandora, ¿qué tal te encuentras?

—Un lobo. —Las palabras salieron de su boca antes de poder detenerlas—. He visto un lobo.

Él enarcó una ceja.

—Sí, lo sé, estaba allí cuando...

—No, lo he visto ahí fuera —señaló acortando la distancia entre ellos

—, entre los matorrales. Merab lo sintió, porque fue hacia él y se comportó como un cachorro; toda mimos y carantoñas.

—¿Ah, sí?

—Y tenía los ojos azules, ¿dónde has visto un lobo con ojos azules?

—Te sorprendería la respuesta a esa pregunta.

—No me lo estoy inventado —replicó, dando al momento un paso atrás.

Su rostro se suavizó.

—Lo sé —aceptó tranquilo y la invitó a volver al salón—, sé que no mientes. Esta es una zona bastante abrupta, no es raro ver a alguno.

—¿Dentro de tu propiedad?

—Es un familiar de Merab.

Parpadeó, lo miró y negó con la cabeza. Lo que decía no tenía sentido, ¿pero acaso lo tenía algo de lo que había ocurrido últimamente?

—¿Te ha hecho algo?

Negó con la cabeza.

—Entonces, ¿por qué le tienes miedo?

—¿Hola? Era un lobo, un animal salvaje...

—Pero ese animal salvaje no te hizo nada, ¿no es así?

Abrió la boca y volvió a cerrarla.

—No, solo... solo me miró —murmuró—. Quizá esperaba encontrarte a ti, después de todo vives aquí.

La sonrisa ladeaba en sus labios la sorprendió.

—Posiblemente. —Buscó su mirada—. Te asustó, eso fue todo. No contabas con su presencia.

No, eso no había sido todo, ¿pero cómo explicar algo que ni ella misma entendía?

—Necesito volver a mi casa antes de que empiecen a llamar a tu puerta unicornios con crines de colores.

—Eso es bastante improbable que suceda —le aseguró, entonces añadió—. Lo de los unicornios, quiero decir.

Le sostuvo la mirada y reparó en algo que, si bien no era nuevo, ahora adquiriría una relevancia momentánea.

—Tienes los ojos azules.

—Um, sí —asintió, entonces los entrecerró—. ¿Te encuentras bien?

Sí, debía de parecer una loca en ese preciso momento. Se pasó la mano por la frente, volvía a dolerle la cabeza.

—Me duele de nuevo la cabeza.

Una mano fría le acarició el rostro y se posó sobre su frente, tomándole la temperatura.

—No tienes fiebre —murmuró—. Vamos a la cocina, te prepararé algo para beber.

Eso le recordó la infusión.

—Ya me he preparado yo una infusión, espero que no te importe que haya utilizado tus cosas.

—Esperaba que lo hicieras —la acompañó—. Siento no haber podido pasar la mañana aquí...

—No te preocupes, has hecho suficiente dándome alojamiento —aceptó—, y no quiero sonar desagradecida, pero necesitaría que alguien me llevase hasta *McLeod Lake*. Desde ahí creo que hay un autobús que me dejaría cerca de casa.

—Si no te importa esperar hasta el sábado, yo mismo puedo llevarte a *Fort Saint James* —le dijo sin vacilar—. Tengo asuntos que tratar en la zona.

El sábado. Eso le dejaría cuatro días en compañía de ese hombre, cuatro días para liberarse de ese dolor de cabeza y malestar general. Pero en cuatro días podían pasar muchas cosas, demasiadas.

—Sabes que los invitados empiezan a oler al tercer día, ¿no? —

murmuró, se sentó en el taburete que había ocupado y lo miró.

Él se apoyó en la isla, mirándola con sorpresa antes de echarse a reír.

—Si a ti no te molesta el estar sola en la cabaña mientras estoy fuera, por mí no hay inconveniente.

Eso le recordó su nota.

—Gracias por la nota y... el desayuno.

—No soy un gran anfitrión, ¿eh? —sonrió de medio lado—. Te he traído aquí y acto seguido te he dejado sola.

Negó con la cabeza.

—No espero que me vigiles como si fuese una niña pequeña.

—No eres una niña pequeña, sabes arreglártelas por ti misma, eso te convierte en una mujer valiente.

Lo miró.

—¿Así es cómo me ves? —Como siempre le pasaba últimamente, su boca actuó antes que su cerebro.

—Así es cómo debería verte cualquier hombre con dos dedos de frente —respondió en un murmullo—. Así es como te veo yo.

Sin palabras, Wolf era capaz de dejarla sin palabras.

CAPÍTULO 23

Pandora era por momentos un enigma y por momentos un libro abierto. Podía mostrarse valiente y protectora, como en el instante en que lo vio en su forma lupina e insegura, como cuando le preguntó la manera en que él la veía. Era inteligente y mantener una conversación con ella no resultaba aburrido, al contrario, prueba de ello era la discusión amistosa que habían comenzado tras la comida y que los había mantenido entretenidos buena parte de la tarde hasta que Sarah se presentó de manera inesperada trayendo consigo un pastel recién horneado. La velada con su prima había sido muy interesante, Sarah sabía cómo enredar hasta a una ardilla para que hablase y hablase hasta desentrañar sus más ocultos secretos, aunque eso incluyese ponerlo a él en evidencia.

—... y es que no has visto a un tío de metro noventa hacer el payaso de verdad hasta que te lo encuentras intentando caminar sobre unos taconazos de vértigo, enfundado en unas medias a través de las que se le ve el vello y un vestido de licra amarillo limón a mitad del muslo —relataba Sarah intentando contener su hilaridad—. La peluca rojiza y rizada, y ese fuerte maquillaje que llevaba... ¡Oh-Dios-Mío! Ni una *Drag Queen* tuvo más éxito que Wolf ese día.

Ella le miró y rompió a reír a carcajadas.

—Y no fui el único con esa guisa.

Sarah se partía sola, limpiándose las lágrimas.

—Oh, oh, oh... No, no, es que Wolf no fue el único, Buch y Nikai iban vestidos de la misma manera —recordó—. Fue inolvidable.

—¿Y eso lo hiciste porque...?

—Fue para una asociación benéfica.

—Se suponía que si llevabas el disfraz más original, la puja sería más alta, así que los tres se presentaron allí de esa guisa...

—La idea fue de Nikai.

—... y se consiguió recaudar lo suficiente para arreglar la calefacción y los problemas estructurales del albergue.

—Hoy en día sigo sin entender como demonios sois capaces de caminar sobre semejantes agujas o meteros dentro de unas medias —se estremeció—. Eso sí que da miedo.

Pandora, que lo había contemplado atónita, dejó escapar una risita, se cubrió la boca y disimuló.

—Lo siento, no quiero reírme, pero...

—Adelante, mi prima ya se está doblando de la risa —aseguró inocente—. Fue un momento muy cómico, casi tanto como el suyo cuando le tocó interpretar un baile de la tribu.

—Oye, mi interpretación fue fabulosa.

—Sí, ya lo creo que lo fue —chasqueó—, convenciste a todos los ancianos de que un demonio había venido a pasearse por el valle, hiciste que se mearan encima... —miró a Pandora—, eso mientras yo y nuestro padre la mirábamos atónitos y nuestra madre corría detrás de ella para detenerla.

—Tenía doce años —se justificó ella.

—Los ancianos todavía utilizan ese episodio para asustar a los niños y lanzan sal cada vez que la ven.

—Algunos se han estancado en sus orígenes —se encogió de hombros y se inclinó sobre Pandora.

—Reconozco que Wolf ha sido un hermano mayor modélico, yo fui la oveja negra...

—Yo también fui considerada la oveja negra de la familia, posiblemente todavía lo sea para alguno —comentó Pandora voluntariamente—. De hecho, decidí hacer honor a ese apodo que siempre me ponía Josh, mi medio hermano.

Hizo un alto, como si dudase en hablar o callar.

—Él era un chico que se cuidaba mucho, ya sabes, sus cremas, sus mascarillas...

Alzó las manos.

—A mí no me mires, ya tengo bastante con recordar afeitarme.

Ella sonrió, bajó la mirada y continuó con más ánimo.

—El caso es que siempre se metía conmigo porque yo no me arreglaba mucho, podríamos decir que fui la típica adolescente feúcha, con *braquets*...

—Oh, como te entiendo, hermana...

—Josh es ocho años mayor que yo y, bueno solo diré que causó furor en su facultad cuando apareció con un rostro cuyo bronceado podía competir con el de una remolacha.

—¿Cómo sobreviviste?

Su sonrisa fue la de una niña traviesa, de alguien que recordaba un recuerdo satisfactorio.

—Él vivía en el campus, yo todavía estaba en el instituto y vivía en la casa familiar. —Se encogió de hombros—. Así que, ¿qué podía hacerme? ¿Gritarme por teléfono? ¿Decirme las mismas lindezas que ya me venía diciendo desde que lo conocí? Además, no tenía pruebas...

—Vaya un gilipollas.—A Sarah le salió del alma y él no pudo sino asentir mentalmente ante esa apreciación, sobre todo después de haber hablado con el susodicho gilipollas.

—Fue divertido y una pequeña victoria —aceptó reflexiva—. Desde ese momento sobreviví con pequeñas victorias.

Sarah le miró, sabía lo que estaba pensando. Ellos siempre se habían cuidado el uno al otro, su familia había estado unida, incluso cuando se trataba del clan, eran como una piña.

—Bueno, varias victorias, por pequeñas que sean, son una gran batalla ganada.

—Muy cierto —aceptó Pandora con calidez—. La tarta está riquísima, tienes que darme la receta. No creo que me salga ni la mitad de bien, pero por intentarlo que no quede.

—A Sarah se le da muy bien la cocina, le he dicho en más de una ocasión que debería hacer algún curso gastronómico.

—¿Y tú harías de catador?

—Me arriesgaré a ello.

Ella puso los ojos en blanco y miró a su invitada.

—¿Y tú a que te dedicas, Pandora?

—Soy restauradora de arte —respondió con sencillez—. Mi especialidad son los muebles de época, los objetos ornamentales, ese tipo de cosas. Tengo una pequeña tienda de antigüedades en el centro comercial de Fort Saint James. No es gran cosa, pero me da para vivir.

—¿Restauradora? —A Sarah se le iluminó la mirada—. Oh, ya sabía yo que me habías caído bien.

Pandora miró a la chica y luego a él en busca de ayuda.

—Sarah adora los muebles antiguos, suele ir por los mercadillos buscando «cacharros» a los que luego da, ¿cómo lo llamas? ¿Una vuelta creativa?

—Lo vintage está de moda —se justificó y añadió—. Soy interiorista o lo era hasta que hubo un recorte de plantilla en mi empresa y me quedé en la calle. Cómo puedes suponer, en *Cheyenne Ridge* no es un lugar en el que mi trabajo pueda darme de comer, así que, me hice cargo hace algunos años de un

hostal que se cae a pedazos. Tengo que pensar en algo para evitar que termine hundiéndose como el *Titanic*.

—¿Hablaste con Júpiter sobre destinar una partida del ayuntamiento a la reforma del local? —le preguntó.

Ella puso los ojos en blanco.

—Estoy en ello, Wolf, estoy en ello.

Siguieron disfrutando de la tarde en mutua compañía, el ingenio de Sarah trajo consigo más intercambios de información que derivaron en un ambiente cómodo y amistoso. Pandora se relajó más que nunca, sonreía, reía y charlaba sin esa precaución que solía imponerse antes de hablar, dejándole ver una nueva faceta de esa diamantina mujer.

—Ha sido una de las mejores tardes que he tenido en años. —Se despidió su prima—. Tenemos que repetirlo.

—Me encantaría, aunque espero regresar a casa el fin de semana —comentó Pandora mirándole en busca de confirmación—. No puedo dejar mi tienda cerrada por más tiempo, ni mi vida en *standby*. Wolf se ofreció a llevarme, tiene asuntos en la zona.

—Sí, mi primo ha decidido dejarnos a todos con un palmo de narices y mudarse —replicó Sarah con un tonito dedicado a él—. Como si hubiese un lugar más bonito que este.

Apretó los dientes, a duras penas contuvo un gruñido, aquello no era algo que Pandora tenía por qué saber.

—Sarah...

—Pero no hay mal que por bien no venga —continuó ella—. Cuando vaya a visitarle, me pasaré a verte y nos tomamos un café.

—Claro —aceptó de buen grado—, me encantaría.

Ambas se abrazaron, dedicándose a intercambiar sus números y direcciones, las dejó en privacidad y salió al porche.

El sol ya se estaba poniendo, el horizonte teñido de rosas, naranjas y añiles creaba una estampa que le costaría olvidar, pero el lugar que había elegido para establecerse tenía unos atardeceres igual de impactantes, había sido precisamente eso lo que le había hecho enamorarse del terreno.

Bajó hacia las escaleras y esperó a su prima junto a su coche, sabía que tenía toda una conversación pendiente.

—Pandora es una mujer encantadora, perfecta para ti —comentó Sarah caminando hacia él.

—Ella no es la razón...

—Lo sé —lo interrumpió—. Sé que antes o después esto podía ocurrir, está en ti, lobito, siempre lo ha estado. No puedes dar la espalda a quién eres y lo acepto, lo que ya no llevo tan bien es que me toméis por tonta.

Sus ojos brillaron. A pesar de que Sarah era humana, había pasado tanto tiempo entre lobos que actuaba como una.

—¿Qué decidió Júpiter? ¿Qué vais a hacer con esa grabación? —lo increpó—. No quiero que lo caces, no merece la pena.

—Por su culpa Megara parece un conejito asustado y tú... tú habrías podido perder la pierna —replicó en un siseo—. No lo cazaré, lo mataré, Sarah, pero no antes de averiguar qué se trae entre manos.

—Wolf, por favor...

—Los gatos también tienen intereses en esta búsqueda.

—¿Los gatos?

—El otro individuo es el que atacó a una de las hembras del clan felino, Cassidy tiene toda la intención de evitar que eso vuelva a pasar de la única forma posible.

Apretó los labios, sacudió la cabeza, su largo y liso pelo negro se agitó como una cortina.

—Vete ahora, Wolf, no esperes más, no te manches las manos —suplicó

cogiéndolo de la manga de la chaqueta—. Llévate a Pandora, vuélcate en ella, inicia tu propia manada, pero no permitas que tus manos se manchen de sangre por algo como esto.

—Eres demasiado compasiva, Sarah y la muerte no lo es.

—Ni Meg ni yo queremos que nadie nos vengue, Wolf. Y sobre todo, yo no quiero que tú lo hagas. —Lo apuntó con un dedo—. Óyeme bien, como hagas alguna estupidez, te perseguiré para pegarte una patada en el culo.

Sonrió de soslayo.

—No serías tú si no lo hicieras, *hermanita*.

No, no sería ella si no se preocupase tanto por él, como él se preocupaba por ella y su familia.

—¿Mamá y papá saben que tienes pensado irte?

Sí, lo sabían y no porque él se lo hubiese comunicado, su familia sabía que antes o después ese momento llegaría y estaban preparados para aceptarlo y apoyarlo.

—No es algo que les pueda coger por sorpresa.

Resopló, sacudió la cabeza y añadió.

—Sabes que allá donde vayas, yo seré tu *hermana* y parte de tu manada, ¿verdad?

—Sí, Sarah, lo sé.

Ella le besó en la mejilla y señaló la casa.

—Lo decía de verdad, me gusta Pandora, sería una hermana estupenda, así que procura que no le dé un ataque cardíaco cuando sepa que eres un lobo.

—Haré todo que esté en mi mano para impedirlo.

—Estupendo.

Le palmeó el brazo, abrió la puerta y se metió dentro, arrancó el motor y se marchó dedicándole una despedida con la mano.

CAPÍTULO 24

Pandora abrió la puerta de la entrada dejando salir a Merab. Sarah se habían marchado hacía ya algo más de una hora, tenía que reconocer que le caía bien, era fácil hablar con ella y sería fantástico poder verla alguna que otra vez.

Echó un vistazo al porche, Wolf no había vuelto al interior, se había quedado fuera, lo había visto pasear por las inmediaciones y parecía que al final había optado por quedarse allí sentado en el banco, contemplando el horizonte.

La noche había caído ya sobre el valle, el cielo oscuro estaba cuajado de estrellas mientras que la luna todavía se hacía de rogar. El momento era único, le regalaba un paisaje que no había visto nunca con esa intensidad.

Dio un par de pasos hacia delante y se apoyó en la barandilla de madera. La brisa llegaba fría, acompañada por el sonido de los grillos y los pequeños animalillos que aprovechaba la noche para sus paseos.

—Las visitas de Sarah a menudo resultan agotadoras.

El comienzo llegó en un hilo de voz, ladeó la cabeza y se encontró con sus ojos azules fijos en ella.

—Me ha gustado verla, es una persona muy agradable, no tiene miedo a decir lo que piensa.

—¿Y tú sí?

Dejó el lugar volviéndose y admitió.

—A veces —aceptó—. Aunque más que miedo a decirlo, es a la respuesta que puedas obtener.

Volvió a fijar la mirada en el cielo.

—Hacía años que no veía un cielo como este —comentó mirando hacia el firmamento—. Era algo que solíamos hacer en primavera y verano con mi familia, a mi madre le gustaba ir de acampada, más incluso que a mi padre.

Hizo una pausa buceando en sus recuerdos.

—Fue ella la que me animó a hacer lo que me apetecía, a elegir una profesión por encima de una larga y tediosa carrera universitaria. —Se lamió los labios—. Aunque al final me decidí por hacer un grado de *Restauración y Conservación de Bienes Culturales*. Mi padre prefería que hiciese algo más provechoso, como estudiar Derecho o Economía...

—No te veo como abogada.

Sonrió y lo miró de soslayo.

—No, yo tampoco —confirmó con una mueca, entonces su rostro se volvió triste—. Acababa de terminar mi master cuando mi medio hermano me llamó para decirme que debía ir al hospital. Posiblemente ese es el único recuerdo que tengo de él sin ser un auténtico capullo. Me esperó y me acompañó cuando insistí en verla. Mi madre había sido una de las víctimas de un accidente de tráfico múltiple, su coche fue uno de los más afectados, ella murió en el acto.

Respiró hondo y continuó.

—No recuerdo los días que siguieron desde el momento en la morgue hasta el funeral —murmuró—, pero recuerdo el rostro de mi padre, carente de expresión y el de Josh, que curiosamente podía competir en tristeza con el mío.

Le dio la espalda a la barandilla.

—Ese fue el último momento en el que tuve algo parecido a una familia. —Se encogió de hombros—. Aunque ya mucho antes de eso no podía llamársele así. Un divorcio, rencores del pasado... pero ella me quiso,

decidió quedarse a mi lado a pesar de todo.

—Has estado sola desde entonces.

Asintió, ladeó la cabeza y lo miró.

—Sí, hasta que le conocí a Jim y me tragué todas sus mentiras hasta el día en que me quedé plantada frente al altar. —Hizo una mueca—. Fue una elección estúpida.

—No siempre tomamos las decisiones más inteligentes.

—¿El marcharte de aquí lo es?

—No puedo quedarme, ha llegado el momento de un cambio.

—¿Cómo lo haces? ¿Cómo eres capaz de enfrentarte a todo sin dudar?

—¿Sin dudar? —Sonrió con afectación—. No hago otra cosa que dudar todo el tiempo, Pandora, es como si cuando estoy seguro de algo, apareciese algo nuevo que hace tambalear lo que creía seguro.

Palmeó el asiento a su lado.

—Ven, la noche en el valle es hermosa, pero fría.

Miró el asiento vacío a su lado, no se lo pensó, fue hacia él y se sentó a su lado. Merab ya había ocupado un lugar a sus pies.

—¿Vas a poder renunciar a algo como esto? —preguntó mirando el cielo estrellado—. ¿A no verlo todos los días?

—Espero no tener que hacerlo —Su voz sonó ronca, se volvió a mirarlo y se quedó anclada en sus ojos—. Me gustaría... no tener que renunciar nunca a algo así...

—¿Por qué creo que no hablas de tu hogar?

Estiró la mano y le acarició el rostro con el pulgar.

—Porque no lo hago. —Ahora le rozó el labio inferior—. Porque ahora, todo en lo que puedo pensar es en la mujer que me mira con tristeza, anhelo e indecisión.

—Yo no...

—No, no eres tú —la interrumpió—, porque tú eres valiente, inteligente y deseas lo mismo que yo.

—¿El qué?

—Que cierre el pico y te bese.

Su boca era firme y suave bajo la suya, su aliento sabía a menta mezclado con el chocolate del postre que habían disfrutado, una combinación casi tan embriagadora como ese momento. No era un beso tímido, ni siquiera de tanteo, la besaba como si de veras se hubiese estado muriendo de ganas de hacerlo y, si bien no lo admitiría en voz alta, ella misma había deseado ese contacto en múltiples ocasiones desde que lo vio por primera vez.

El contacto se rompió paulatinamente, entre la necesidad por recuperar el aliento y dejar que el peso de la realidad perfilase el instante. Él se lamió los labios, sus ojos se habían oscurecido, no los apartó, de hecho parecían buscar la respuesta a la acción propiciada por sus propias palabras.

—Si quieres que me aparte, solo tienes que decírmelo —murmuró con voz ronca, tragó para aclarársela y añadió—, de lo contrario, voy a volver a besarte.

—Sí, por favor. —*Vuelve a besarme*, pensó. *Porque lo deseo, porque lo necesito, porque lo quiero...* Y porque él le permitía elegir.

Sus labios se encontraron de nuevo, su lengua incursionó en su boca, enredándose con la suya, aspirándola como si de esa manera pudiese tragársela. Se apoyó en él, acercándose a su calor que contrastaba con el aire frío de la noche en las montañas, permitiéndose notar la dureza de su cuerpo bajo sus manos y relajándose contra ella.

No quería pensar en el pasado, mucho menos en los últimos días, pero su mente activa no descansaba ni siquiera después de un accidente y quiso hacerla partícipe de sus propias pesquisas.

¿Por qué se dejaba ir de esa manera con un completo desconocido y con

su ex prometido se había sentido sino incómoda, sí un poco indiferente bajo sus atenciones? ¿Por qué Wolf hacía que se le acelerase el corazón, que este le latiese en los oídos y con esa cucaracha había tenido que convencerse a sí misma de que sentiría ese cosquilleo en el estómago a medida que lo fuese conociendo? ¿Por qué tenía la seguridad de que este hombre que ahora la abrazaba no la dejaría caer en un abismo? A Jim no le había importado engañarla y dejarla sola y abandonada en medio de la nada.

El beso volvió a romperse con un jadeo de su parte, sus ojos se abrieron encontrándose de nuevo con los de él. Serenidad, esa era la palabra con la que los describiría en ese preciso momento.

—¿En qué piensas, Pandora? —Su voz se coló en su cabeza, haciendo a un lado su dicotomía interior—. Dímelo. Dime que puedo hacer para borrar esa tristeza que te nubla la mirada.

Se lamió los labios y bajó los ojos a sus propias manos, cuyas palmas abiertas reposaban en su pecho y brazo, cerró los dedos con un gesto involuntario, con miedo de perder el asidero que ahora tenía.

—Pienso... pienso que me he estado engañando a mí misma, pienso que quizá no tenga derecho a encontrar lo que deseo, que este momento es como un espejismo frente a la realidad —levantó la cara para encontrar de nuevo su mirada—, y me da pavor romperlo.

—Has perdido la confianza en las personas.

—¿Cómo no hacerlo cuando todas te traicionan? —aceptó con una renuente y triste sonrisa—. ¿Cómo no hacerlo si cada vez que confías en alguien recibes una mentira, un abandono o una puñalada? ¿Cómo puedes volver a confiar en alguien, Wolf? ¿Cómo puedes abrirte de nuevo a alguien si luego te traicionan? El dolor no merece la pena, no lo merece.

—Vivir significa asumir riesgos, amar significa exponerse tanto a que te amen como a que te rechacen. —Le acunó el rostro entre las manos—. Y sí,

duele, ¿pero crees que no merece la pena arriesgarse?

—Siempre que arriesgo, pierdo —resumió con absoluta ironía—. Y estoy cansada de ser la perdedora del juego.

—En ese caso juega conmigo. —Resbaló las manos por sus mejillas, levantándole la barbilla con los dedos mientras le apretaba el hombro—. Y pon tú las reglas del juego.

—No quiero jugar, Wolf, ese es el problema, que ya no quiero jugar —confesó y añadió—. No quiero ser un peón en un tablero de ajedrez, ni siquiera quiero ser la reina, no quiero ser lo que otros quieren que sea... —Se detuvo, se lamió los labios y añadió con encontrada convicción—. Solo quiero ser Pandora.

—No quiero que seas distinta a quién eres —corroboró él y le acarició el mentón con el pulgar—. Eres tú, la que está aquí y ahora, quién ha llamado mi atención y despertado mi hambre, nadie más que tú.

—No deberías decir esas cosas, Wolf, no está bien.

Enarcó una ceja ante su protesta.

—¿Por qué no habría de estarlo si es la verdad?

—Porque me das esperanza —aseguró con un puchero que ni siquiera sabía que tenía en su repertorio—, y eso es todo lo que me queda.

—En ese caso haré todo lo posible para que la conserves —declaró antes de volver a bajar sobre su boca y besarla profundamente, arrancando de ella una respuesta antes de romper el contacto y entrelazar sus dedos en los de ella—. Entremos, esto es solo para nosotros.

Miró a la perra, quién se limitó a dirigirles una mirada insultante y luego el estrellado cielo antes de dejarse conducir por él a lo largo del porche de nuevo al interior de la cabaña. No luchó, ni siquiera lo hizo interiormente, quería aquello, lo quería a él, quería confiar aunque solo fuese durante unas horas en que la sostendría y mantendría su promesa.

CAPÍTULO 25

Había momentos en la vida de un lobo que quedaban grabados para siempre y Wolf sabía que este iba a ser uno de los suyos. La imagen de Pandora tendida en la alfombra, con el pelo suelto esparcido bajo ella, la luz del fuego de la chimenea creando sombras sobre su piel y esos tiernos y vulnerables ojos fijos en él, la llevaría para siempre en el corazón.

La ropa había ido quedando atrás, una mezcla de zapatos, chaquetas, pantalones y ropa interior marcaba el sendero que habían atravesado entre besos, abrazos e ilegibles declaraciones de intenciones por alcanzar aquel peculiar Nirvana que era el estar piel contra piel.

—Si te dijese que eres hermosa, creerías que estoy mintiendo o buscando una manera de halagarte. —No era una pregunta, sino una afirmación. Empezaba a saber cómo funcionaba esa cabecita—. Pero si estuvieses ahora dentro de mi cabeza, viendo lo que yo estoy viendo, sabrías lo que se esconde tras mi mirada y más que halagada terminarías escandalizada.

Una suave risa burbujeó en su garganta, su cuerpo desnudo acusó la vibración y pareció relajarse un grado más.

—Creo que es lo más sincero que he escuchado nunca viniendo de un hombre, gracias lobo.

El apelativo lo cogió por sorpresa, la miró y no pudo evitar gruñir en respuesta.

—¿Cómo haces eso? —Ladeó la cabeza mientras una mano de delgados

y largos dedos le acariciaba el cuello—. Pareces... Merab cuando rezonga.

Fue su turno de reír, bajó sobre sus labios, manteniendo todavía una distancia prudencial entre su cuerpo y aquella magnífica montaña llena de curvas y se los lamió sin más.

—Sin embargo este lobo tiene otra cosa en mente que no tiene nada que ver con rezongar, Pandora. —La besó en los labios, una caricia superficial—. Pienso lamer cada centímetro de piel que veo ante mí, te haré gemir solo para saber que te tengo conmigo, quizá insista en que pronuncies mi nombre para asegurarme que es tu voz la que me acompaña y te haré mía, porque no hay nada que desee más en este preciso instante que el que sepas que yo soy para ti.

—Lo tienes todo planeado.

—No, Pandora, no tengo nada planeado, es lo que deseo al verte aquí tendida, lo que siento cada vez que te beso, lo que anhelo después de haber probado estos labios. —Se los tocó con un dedo—. Y por encima de todo, es lo que quiero que tú sientas, solo así sabrás que digo la verdad.

La besó con hambre, dejó a un lado las palabras dulces y reclamó esa boca. Bebió de su sabor, jugó con su lengua y se permitió conocer cada pedazo de su cuerpo con las manos, invitándola a hacer lo mismo.

Abandonó sus labios para mordisquearle el mentón y deslizar la lengua por la suave y aterciopelada columna de su cuello, su piel era cálida, con un tono claro que evidenciaba sin dificultad el sonrojo de la excitación y sensible, lo bastante como para notar como se estremecía bajo él cuando la mordisqueaba o tocaba algún punto delicado.

Sonrió contra su clavícula, la delineó con la lengua mientras sus manos encontraban los redondos pechos y el pulgar rozaba el pezón. Su respuesta fue inmediata y desinhibida, se arqueó bajo su contacto y dejó escapar un pequeño suspiro que le supo a gloria.

—Me encanta ese sonido —confesó y buscó obtener un bis bajando la boca sobre uno de sus pechos. Succionó el pezón, incitándolo con la punta de la lengua al tiempo que le prodigaba atenciones propias con sus dedos al desatendido seno. La respuesta femenina fue automática y tan desinhibida que le costó lo que no estaba escrito no ir directo a lo que quería y montarla a placer—. Sí, justo ese sonido.

—No seas malo... —Creyó escucharla musitar.

Sonrió contra su seno y deslizó la lengua entre ambos, dejando un sendero de humedad que conectaba ambas cúspides para dedicarle la misma atención a un pezón que al otro.

—No soy malo —canturreó, soplando sobre la tierna y rosada carne—, es que tengo hambre y tú eres como un chuletón para un lobo hambriento.

Los estremecimientos bajo su boca vinieron acompañados de una divertida y sincera risa.

—Vale, quizá no ha sido la comparación más adecuada...

Ella se rió aún más alto, echando la cabeza atrás divertida.

—No intentes arreglarlo ahora, Wolf, no intentes arreglarlo ahora —le dijo entre risas—. Es lo más... extraño y divertido que me han dicho nunca en la cama.

No pudo evitarlo, se unió a su risa, acallándola con su boca, seduciéndola y obteniendo la calidez y la dulzura de ella al mismo tiempo.

—Tienes un lado travieso, admítelo, Pandora —le mordisqueó de nuevo el mentón, sus miradas se encontraban una y otra vez, y ella incluso llegó a sonreírle.

—Creo que es algo que estoy descubriendo contigo —comentó en tono bajo, como si admitirlo en voz alta la avergonzase.

Volvió a besarla, le gustaban sus labios, la dulzura que había en ellos, la suavidad y por encima de todo, su sabor.

—Eso es todo un halago, pero, creo que nos estamos desviando del tema —sentenció todavía cerca de sus labios—. ¿Dónde nos habíamos quedado? Ah, sí... creo que era... por aquí.

No apartó la mirada de la suya mientras bajaba por su cuerpo, ni siquiera cuando dejaba una huella húmeda con su lengua sobre sus pechos y, diablos, era realmente caliente el sostener así su mirada.

Volvió a entretenerse de nuevo con esos dos montes coronados por dos bonitos botones del color de las frambuesas, para continuar con su exploración hacia terrenos más húmedos y profundos.

—Ay Dios, para Wolf, tengo cosquillas.

Sí, era realmente sensible cuando le soplaban en el ombligo lo que hacía el juego todavía más divertido. Le mordisqueó la piel del vientre, jugó un poco más con ese agujero arrancándole nuevos temblores y risitas y se relamió como un lobo hambriento en espera de degustar el plato principal.

—Y por fin llegamos a mi región favorita.

—¿Por qué no me sorprende?

Sonrió para sí, deslizó las manos sobre sus caderas, moldeando sus glúteos, dejando en el proceso besos aquí y allá, antes de resbalarlas por debajo de los llenos muslos y dejarla expuesta para él.

Se relamió, deslizó la lengua por sus labios como si pudiese anticiparse a su sabor, bajó la cabeza sobre su sexo solo para detenerse un instante y contemplar, desde aquella posición, la adorable y cálida mujer que tenía ante él. Su postura lánguida, la cabeza vuelta hacia un lado dejando a la vista el pequeño apósito que cubría los puntos, sus labios hinchados y entreabiertos, sus pechos elevándose al compás de la respiración... No había nada en ella que no fuese hermoso, que no hiciese que se maravillase con esa hembra.

—Hermosa y tan frágil —musitó más para sí que para ella, entonces cambió de tono y alzó la voz—. Si te vieses ahora mismo a través de mis ojos,

querida Pandora, sabrías lo preciosa que eres.

No esperó una respuesta, no quería que tuviese tiempo a replicar con una de sus mordaces respuestas, aquellas que utilizaba a modo de defensa, así que hizo lo que más le apetecía; devorarla.

Pandora pensó que iba a morir de un momento a otro.

Aquello no tenía nada que ver con el martilleo incesante que había sufrido días atrás por el accidente, no, esto iba mucho más allá, hacía que todo su cuerpo pareciese pulsar al mismo tiempo y no de una mala manera. No era dolor, sino placer lo que recorría cada una de sus terminaciones nerviosas, la boca de ese hombre estaba haciendo verdaderos estragos sobre su sexo, regalándole un momento único. Arqueó la espalda, ladeó la cabeza y se llevó los nudillos a la boca para ahogar sus propios gemidos. Estaba tan excitada que cada pasada de su lengua era como una caliente tortura, notaba como su sexo se humedecía más y más bajo sus atenciones y cómo él se bebía esa humedad a lengüetazos.

Sintió la urgencia de levantar las caderas, de acercarse más a esa boca, de pedir más y, al mismo tiempo, se encontró cohibida por ello, por sus propias necesidades. Puede que no hubiese tenido muchos amantes, que su experiencia fuese más bien pobre en esas lides, pero si de algo estaba segura es que nunca antes se había sentido tan desinhibida y necesitada como la hacía sentirse Wolf.

Jadeó ante el cambio de ritmo, ante la forma en que se movía entre sus piernas y quedó totalmente desarmada cuando introdujo un largo dedo en el húmedo túnel. Su lengua pronto contribuyó a volverla loca al acariciar el escondido clítoris, acompasando cada una de las suaves y medidas inmersiones de su dedo.

Gimió, era incapaz de hacer otra cosa o decir algo coherente. Su cerebro se había volatilizado, las palabras se formaban en su mente sin ser capaces de replicarse en su garganta y darles voz, todo lo que podía hacer era pedirle mentalmente que siguiese, que no se detuviese, rogándole más.

Cómo si sus pensamientos hubiesen sido escuchados, el ritmo de sus caricias volvió a cambiar, retiró el dedo para volver a penetrarla con dos falanges. La que había sido un suave aunque enloquecedora cadencia, se convirtió en una fuerte acometida, su sexo se tensó alrededor de esos dedos invasores, ella alzó las caderas en una desbordada necesidad de tener más de lo que le daba y la boca masculina la chupó al mismo tiempo de tal manera que acabó echando la cabeza hacia atrás y gimiendo como una loca cuando el orgasmo rompió a través de su cuerpo haciéndola perder la conciencia de todo lo que la rodeaba.

Intentó recuperar el aire mientras mantenía los ojos fuertemente cerrados, en sus oídos solo escuchaba el acelerado latido de su corazón y su propia respiración. Le llevó unos minutos encontrar la fuerza necesaria para abrir los ojos, cuando lo hizo su primera visión fue él, lamiéndose los labios, sus ojos más oscuros que nunca y con un hambre apabullante reflejada. Debería haber tenido miedo, quizá haberse preocupado, pero todo lo que podía hacer era quedarse allí, tumbada, sin fuerzas, mirándole y deseando... Le deseaba a él.

—Wolf...

Sus labios se curvaron con suavidad, le dedicó un guiño y bajó sobre su boca en busca de un beso que no dudó en brindarle. Ninguno dijo nada, no eran necesarias las palabras, se abrazaron, sintiéndose el uno al otro, sus propias manos resbalaron por sus hombros, por su espalda, alcanzando sus glúteos, apretándoselos en una silenciosa petición o cómo dándole permiso para ir más allá. No la decepcionó, su miembro se abrió paso en la húmeda

carne y la llenó por completo arrancándole un jadeo en el proceso.

—Ahora soy tuyo. —Creyó oír que le decía al oído un segundo antes de sentir como se retiraba y volvía a empujar en su interior—. Y tú eres mía.

Se separaron lo justo para poder mirarse, para ver en sus respectivos rostros mientras se entregaban al placer de la cópula. Pandora se mordió el labio y levantó las caderas saliendo a su encuentro, lo rodeó con las piernas y gimió al sentirle dentro, se dejó llevar, entregándose por completo a él, quién no dudó en mordisquearle el cuello, besarle los labios o los pechos sin dejar de poseerla.

—Wolf —jadeó su nombre mientras le rodeaba el cuello con los brazos y lo besaba a su vez. Rodaron sobre el suelo, cambiando las posiciones de modo que ella estuviese arriba, controlando ahora el juego que habían iniciado.

—Eres deliciosa, Pandora, hermosa más allá de lo que se puede decir en palabras.

Se inclinó, dejó que su pelo los envolviese en una cortina mientras se besaban. Sintió sus manos cerrándose alrededor de sus caderas, acercándola, buscándola y no necesitó más estímulo para volver a moverse sobre él.

—No necesitas decir...

Le cogió el pelo, echándolo hacia atrás, manteniéndolo sujeto en un puño para poder mirarle a la cara mientras le rodeaba la cintura con el brazo libre.

—Eres preciosa —gruñó mirándola a los ojos—, deliciosa y traviesa. Acéptalo, Pandora, te guste o no, es así.

La besó con hambre, manteniéndola inmóvil en su agarre sobre el pelo, arrasando su boca y su cordura al mismo tiempo que la poseía, que la empujaba a hacer lo mismo hasta que ambos se entregaron al frenesí del momento.

Se aferró a él con fuerza, se entregó a su dominio y no pudo evitar gritar su nombre cuando un nuevo orgasmo la alcanzó, precipitando a su amante a buscar el suyo propio, el cual no tardó en llegar bajo el sonido de lo que habría jurado parecía un gemido lupino.

CAPÍTULO 26

El aroma del beicon recién hecho lo llevó hasta la cocina, podía escuchar el crepitar de la carne mientras la cocinera removía el contenido de una sartén, al mismo tiempo que mantenía un ojo en otra.

Pandora se había levantado con inusual energía, se movía con fluidez, pero a sus instintos no se le escapaba el obvio nerviosismo que había detrás de cada uno de sus movimientos.

Escuchó el salto del muelle de la tostadora y lo aprovechó para hacer su entrada.

—Ya me encargo yo —dijo en voz alta, mirándola cuando se giró dispuesta a ocuparse de ello—. Eso huele realmente bien.

—Huevos revueltos, beicon, salchichas, tostadas y café —enumeró un tanto nerviosa—. Típico desayuno ranchero.

—Para mí está bien, gracias por ocuparte del desayuno.

Asintió y le dio la espalda para volver al trajín.

—¿El beicon lo quieres muy hecho?

Fue un murmullo, un tanteo, pensó al ver su cautela.

—Me vale de cualquier manera, incluso crudo —respondió, dejó las tostadas sobre un plato y metió dos rebanadas de pan más—. No tengo una preferencia.

Salvo la de ver el rostro de su amante antes de que abandonase su cama, pensó para sí, guardándose las palabras.

No estaba preparado para lo que Pandora le había hecho sentir, estar

con ella de manera íntima le había dejado ver una mujer muy distinta, una tierna y cariñosa, traviesa, alguien que disfrutaba con el sexo, sí, pero cuyas emociones se implicaban completamente. Cuando se entregaba lo hacía sin guardarse nada, por un breve momento le había dejado verla tal cual era y lo que había encontrado lo tenía encandilado.

Le gustaba esa mujer, le gustaba tanto que quería saber más de ella, deseaba ver más y al mismo tiempo, no podía evitar pensar en cómo mostrarle a cambio quién era, quién era de verdad.

—¿Has dormido bien?

Una pregunta retórica, no habían dejado de retozar durante buena parte de la noche, habían pasado del suelo del salón a su propio dormitorio.

Echó un fugaz vistazo al lugar en el que se habían acostado, empezaba a pensar que ya no volvería a mirar ese lugar de la misma forma.

—Imagino que tanto y tan bien como tú.

Su respuesta lo llevó a mirarla y se encontró con unas mejillas coloradas.

—Habría dormido mejor si te hubiese tenido todavía al lado — comentó caminando hacia ella—. ¿Estamos bien? ¿Te estás arrepintiendo?

—No, ¿tú?

Le acarició el rostro, ahí estaba de nuevo esa vulnerabilidad que la asaltaba de cuando en cuando.

—Si te hubieses quedado conmigo en la cama no tendrías que hacerme esa pregunta.

Le cogió la barbilla y la besó. Ella le correspondió al momento, suspirando incluso. Posiblemente habría seguido delante de no ser porque empezó a llegarle un olorcillo a quemado.

—¿Huele a quemado?

—¡El beicon!

Se zafó de su abrazo al tiempo que maldecía, retiraba la sartén y lo amenazaba con una paleta de madera.

—No te acerques a mí hasta que haya terminado.

Se echó a reír, pero obedeció reculando hasta la isla y se dedicó a mirarla.

La tensión se había evaporado, sus nervios habían decrecido y no podía sino sentirse orgulloso de haberlo provocado él.

Se zampó la comida en un abrir y cerrar de ojos y disfrutó de la conversación matutina, bromeó descaradamente con ella, arrancándole tantos sonrojos que terminó llevándosela de nuevo a su terreno e inauguraron la puñetera isla de la cocina.

Necesitaba aquello, la necesitaba a ella, el solo hecho de poder tocarla, acariciarla lo llenaba de paz y hacía que descuidase cosas tan básicas como abrirle la puerta a su perra.

—Um... juraría que esa es Merab pidiendo entrar. No puedo creer que la hayas dejado fuera toda la noche.

Su compañera canina iba a estar de muy mal humor.

—Pero qué difícil es contentar a una hembra.

Pandora se rió.

—Lo tienes crudo —se burló ella—. ¿Le gusta el beicon? ¿Podemos darle las sobras?

—Sí, creo que con eso nos perdonará.

Se dirigió a la puerta principal, salió al porche y se estiró aspirando profundamente. Merab le dedicó una mirada altanera al pasar por su lado y trotó hacia la cocina, dónde escuchó a Pandora disculpándose y haciéndole carantoñas a la perra.

Cerró tras de sí, dejando a sus dos mujeres lejos de oídos indiscretos para dirigirse al linde de los setos que cercaban el bosque.

—Madrugas un poquito, ¿no te parece?

Escuchó el sonido de pisadas sobre la hojarasca del suelo y acto seguido vio emerger a su compañero.

—No te quejes, te he dado tiempo para echar un polvo matutino.

—Nikai. —Su voz contenía una sutil y peligrosa amenaza—. Respeto. Esa es la palabra que debes grabarte de una vez.

Levantó ambas manos y dio un paso atrás.

—Perdón, perdón, perdón —se disculpó al momento—. Supongo que con eso quieres decir que la quieres como una compañera.

No respondió.

—¿Qué has averiguado?

Nikai fue directo al grano.

—Los dos tipos del vídeo tienen nombre, Jeremías Timberton y Chad Elliot. El primero es un ex soldado, lo echaron porque le gustaban demasiado las armas y disparaba a todo lo que se movía. Es un gran aficionado a la caza y a enriquecerse con las pieles de lo que caza. El otro es un pirado, literalmente, se va al bosque y se camufla como un camaleón para abatir a todo lo que se le pone por delante. Tiene ya varias multas en su haber e incluso una sentencia por «confundir a otro cazador con una presa» y estar a punto de volarle la cabeza. Lo dicho, un pirado hijo de puta.

Se pasó la mano por el pelo y se frotó la parte posterior del cuello antes de continuar.

—El caso es que *Cheyenne Ridge Valley* no es la única zona afectada, ha habido problemas de trampas ilegales en los parques provinciales de *Pine Le Moray*, *Gwilim Lake* y *Monkman*, por no hablar de que incluso se han metido con el área protegida de *Carp Lake*. Las autoridades están convencidas de que se trata de los mismos individuos y que podría haber más de dos personas implicadas en ello.

—¿Cómo es posible que dos malditos humanos puedan ocultarse de tal manera que ni siquiera nosotros los encontremos?

—Porque saben moverse con suma inteligencia y sobre todo esconderse —chasquéó—. Son cazadores y, cualquier cosa que haya en la región, son potenciales presas para ellos. Harán lo que sea para cubrir sus huellas, para no dejar que sus presas sean alertadas de su presencia — chasquéó—. Nos han estado burlando utilizando las herramientas que sus propios congéneres dejaron presentes desde hace siglos.

Enarcó una ceja sin entender.

—Se han estado ocultando en las viejas minas, en los túneles que se escavaron hace siglos.

Por supuesto, siseó. ¿Cómo no había pensado antes en ello? ¿Por qué no lo había visto?

El valle había sido en la antigüedad un lugar propicio para los buscadores de oro, todavía quedaban vestigios de aquellos días en forma de minas y cuevas abandonadas, aunque la gran mayoría de ellas eran impracticables y peligrosas o estaban cerradas.

Y con todo, tenía sentido. La gente no se esfumaba de repente, los rastros no se interrumpían sin más en un punto dado. Habían sido lo bastante astutos para moverse bajo tierra, utilizar unos recursos tan obsoletos que no habían pensado en ellos.

—No han podido descubrirlas por sí mismos, las minas llevan siglos abandonadas, la mayoría cegadas y ocultas de la vista.

—Eso nos llevaría a la presencia en este territorio de Lucius y ese otro lunático —continuó Nikai—. He hecho un barrido y me he encontrado con Chase, el minino de Cassidy, husmeando el mismo terreno.

Lo recorrió con la mirada, parecía estar bastante entero como para no haberse enzarzado en una pelea con el puma porque sí.

—¿Él sigue de una pieza?

—Ey, estamos siendo personas civilizadas, dejando nuestras diferencias genéticas a un lado cómo se estableció en esa bucólica reunión junto al río —replicó con fingida ofensa—. Eso sí, en cuanto esta tregua llegue a su fin, pienso pegarle una patada en el culo a ese gilipollas cajún. Su arrogancia me eriza el pelo del lomo. Tengo ganas de darle un mordisco, uno pequeñito, solo para ir abriendo boca.

Puso los ojos en blanco.

—Lucius, ¿algún rastro claro de él?

—Estoy llegando, estoy llegando —pidió calma—. Como decía, me encontré al gato pegado a mi culo y, si bien no encontramos un rastro claro de la presencia de esa comadreja psicótica o el perturbado mental que persiguen los gatos, sí dimos con algo que nos puso el pelo de punta a ambos. Alguien ha estado jugando con algún tipo de acelerante en las inmediaciones de una de las entradas a las minas, en la zona del río. Y no solo eso, por los restos de mortero, cables y otras cosas... suena a que alguien está pensando en iniciar un incendio o algo igual de malo.

Las palabras del lobo le provocaron un escalofrío.

—Chase ha ido a poner a Cassidy sobre aviso, yo me he desviado un pelín para avisarte y ahora me iré a *Cheyenne Ridge* a avisar al peludo alfa de lo que está a punto de lloverle encima.

Lo miró y optó por no decir nada, el que hubiese venido a darle a él la información antes que a Júpiter hablaba por sí solo.

—Hay que encontrar a Lucius, no es posible que los humanos sean los únicos detrás de esto —aseguró. La posibilidad que querer iniciar un incendio en plena montaña no era algo propio de unos cazadores que se habían pasado el último medio año cazando, sería como destruir su propio coto de caza—. Dile a Júpiter que se concentre en localizar los posibles detonadores, hay que

peinar todo el terreno.

Un incendio en el valle podía ser devastador y peligroso, justo el tipo de cosas que haría alguien dispuesto a vengarse de aquellos que lo habían desterrado.

Un sonido a su espalda lo llevó a girar sobre sí mismo, posó la mirada sobre el porche a tiempo de ver cómo se abría la puerta y Merab salía por delante de Pandora.

—¿Wolf? —La chica lo buscó con la mirada, se apoyó en la barandilla y lo encontró con la mirada unos instantes después. Era como si de algún modo, ambos fuesen atraídos el uno al otro—. ¿Va todo bien?

—Compórtate, capullo —le advirtió al lobo y se movió para que ella pueda ver que estaba acompañado—. Todo bien, Nikai está haciendo su ronda.

—Buenos días, Pandora —la saludó el susodicho.

—Oh, hola, buenos días —correspondió a su saludo visiblemente sorprendida por su presencia. No le pasó por alto la forma en que pareció mirar a su alrededor, como si esperase ver el vehículo en el que posiblemente habría subido hasta allí—. No... no te oí llegar.

Sus palabras no hicieron otra cosa que reforzar su suposición.

—Si lo hubieses hecho habrías tenido un oído finísimo, chica linda —aseguró el aludido con una carcajada y señaló hacia su espalda—. Estoy haciendo travesía, así que, me muevo mayormente andando fuera de las pistas forestales por las que puedo llevar el quad.

Aquello pareció ser una explicación suficiente para ella.

—Entiendo.

Le dio la espalda unos segundos a la chica y miró a su compañero.

—Ocúpate de eso.

—Sí, señor —le dedicó un burlesco saludo militar y se volvió de nuevo a la chica—. He de continuar con mi ronda, los furtivos han estado

haciendo de nuevo de las suyas. Me ha alegrado verte.

Antes de que pudiese decir algo más, Nikai giró sobre sus talones y desapareció por dónde había venido.

—¿Habéis vuelto a tener problemas con los furtivos?

Volvió con ella, encontrándola en el porche con una visible expresión preocupada en el rostro.

—¿Qué ha pasado? —insistió al ver que no había respondido a su primera pregunta.

—Han identificado a dos de los furtivos que han estado poniendo trampas en la zona. —No quería mentirle, no deseaba mantenerla en la ignorancia, pero tampoco podía contarle toda la verdad sin desvelar qué y quiénes eran los moradores de Cheyenne Ridge—. Al parecer esta no es la única región por la que han estado haciendo de las suyas y, su presencia, se está haciendo cada vez más... preocupante.

—¿Y la policía no puede hacer nada al respecto?

—La policía no puede hacer nada hasta ponerles las manos encima —replicó y posando una mano sobre su espalda, la instó a entrar—. Y son como... escurridizas comadrejas que se mueven por el bosque a su antojo, creando un peligro mayor del que había esperado.

No dijo nada más, la información que acababa de verter Nikai era bastante preocupante, lo suficiente para que su mente no pudiese dejar de darle vueltas en busca de una posible solución.

Ese hijo de puta estaba ahí fuera, en algún sitio y era necesario que diese con él y, ahora sí, terminase con su amenaza de una vez y por todas.

CAPÍTULO 27

El fin de semana se iba acercando y aunque había hablado con Wolf sobre ello, parecía tener en la cabeza otras cosas. Desde la visita de Nikai dos días atrás, algo había cambiado, se mostraba más taciturno, distraído, en varias ocasiones había encontrado una expresión salvaje en su rostro, como si algo lo estuviese enfureciendo. Sus salidas seguían siendo igual de intempestivas, de repente estaba con ella, charlando y bromeando y, al instante siguiente salía por la puerta sin dar muchas explicaciones. Pasaba mucho tiempo fuera de la propiedad, haciendo sabía dios qué, pero no podía ser algo bueno o agradable, puesto que su humor era más sombrío incluso cuando volvía.

Algo ocurría delante de sus narices, Pandora lo sabía, no había manera de pasar aquello por alto, pero no se atrevía a preguntarle. Cada vez que se interesaba por su día, mencionaba las palabras «*problemas*» y «*furtivos*», como si todo se redujese a ello.

Su relación se había vuelto puramente sexual, se acostaban, disfrutaban el uno del otro, pero esa cercanía de la primera noche parecía haberse diluido, como si ambos, a su modo, quisiesen mantener las distancias ante la tensión general que los envolvía el resto del día.

Dejó escapar un suspiro, terminó de poner todos los platos de la cena en el lavavajillas y volvió a la isla de la cocina. Esa noche habían cenado en un cómodo silencio, Wolf parecía más frustrado que otros días, aunque intentaba disimular y restarle importancia delante de ella.

Llenó hasta la mitad dos copas con vino tinto y salió al porche, él se

había retirado ahí hacía unos minutos, por lo general solía sentarse en el banco y ella le acompañaba, hablaban un poco, se besaban y continuaban lo que habían empezado en el interior. Esta noche, sin embargo, él permanecía de pie, con los antebrazos apoyados en la barandilla, mirando el horizonte. No tuvo más que dar un paso para que girase la cabeza en su dirección, daba igual que anduviese de puntillas por la vivienda, él siempre sabía cuándo andaba cerca, la presentía incluso antes de que entrase en una habitación.

Levantó las dos copas a modo de indicación.

—Pensé que te apetecería un poco de vino.

Cogió la copa que le tendía y asintió.

—Gracias.

Sacudió la cabeza y se sentó en el banco, quedando frente a él. El silencio se instaló entre ellos, la noche parecía demasiado oscura ante la ausencia de estrellas o luna que la iluminase, la tarde se había nublado prometiendo lluvia, el ambiente se había enfriado, pero por ahora no había caído ni una sola gota.

Se llevó la copa a los labios y tomó un sorbo de vino, lo paladeó, buscando el momento para decir lo que tenía en mente.

—He estado pensando que, dado cómo se ha desarrollado tu semana, podría irme en tren —declaró sin ambages—. Si puedes dejarme en *McLeod Lake*, puedo arreglármelas desde allí.

—Dije que te llevaría yo mismo —replicó con un tono de voz más duro de lo que solía ser.

—Sé lo que dijiste, pero es obvio que algo ha cambiado desde la visita de Nikai hace un par de días.

—Pandora...

—No quiero excusas, ni siquiera explicaciones, prefiero que no digas nada antes que me mientas —lo cortó—. Sea lo que sea, algo pasó y las cosas

han cambiado. Bien. Lo entiendo, puedo vivir con ello. Solo nos hemos acostado, ha sido sexo, no es una gran tragedia...

—El cinismo no te pega, Pandora.

—No es cinismo, es la realidad, una realidad que llevo viviendo desde que te conocí —le espetó ella—. Apenas sé quién eres, Wolf, dices ser alguien, pero actúas como otra persona... Es como si no quisieras mostrarme quién eres...

—No entenderías quién soy.

—Eso no lo sabes.

Abandonó la barandilla y se acercó a ella, deteniéndose a su lado, mirándola desde arriba.

—No aceptarías quién soy.

—Deja que sea yo quien decida eso —insistió y apretó el tallo de la copa en los dedos—. No soy de porcelana, no voy a romperme de un momento a otro, no es algo que pueda permitirme hacer, no si quiero seguir adelante.

Aquella era una verdad que llevaba grabada a fuego en el alma, necesitaba ser fuerte, necesitaba mantenerse en pie y fortalecerse, pues cada caída empezaba a ser más dura que la anterior y, sin esa fuerza, no podría volver a levantarse.

—Sé que no eres de porcelana, conozco tu fuerza, la admiro, es la que te hace ser la mujer que tengo ante mí, pero también veo tu fragilidad, esa que guardas tan celosamente. Y, Pandora, nadie puede ser fuerte todo el tiempo —aseguró con una convicción que le picó—. Y sí, tienes razón, tengo secretos y son esos mismos secretos de los que debo mantenerte alejada.

—¿Por qué?

—Porque no quiero que resultes herida —estalló de repente—. No quiero que te pase lo mismo que a Sarah.

—¿Sarah? —Sus palabras la golpearon, parpadeó varias veces y

sacudió la cabeza—. ¿Qué tiene ella que ver con...?

—¿Ha llegado a mencionarte el motivo de su cojera?

—No tengo por costumbre ir por ahí preguntando por las discapacidades de los demás —le espetó, ni siquiera le había dado importancia al hecho de que la amable chica cojease un poco al caminar.

—Entonces eres mucho más bondadosa que el resto de la gente —replicó con palpable ironía.

—¿Qué tiene que ver su cojera con tus secretos o con lo que quiera que esté pasando... ahora? —Sus palabras se diluyeron cuando su mente, la cual no había dejado de buscar posibles respuestas o conexiones durante todo el tiempo dio con algo—. Fue... fue un accidente.

Asintió sin vacilar.

—Uno que casi le cuesta la pierna —aseguró con visible rabia—. Uno que casi le cuesta la vida a una mujer de Cheyenne Ridge...

—Los furtivos —tanteó, intentando unir piezas en un puzle del cual no sabía ni la temática—. Tu afán por limpiar el bosque de trampas... Ella... Sarah cayó en una de esas trampas.

El horror la recorrió al decir aquellas palabras y encontrar la confirmación en los ojos del hombre frente a ella.

—Sarah estaba de excursión por el bosque con algunos de los chicos del pueblo, solían salir una vez a la semana —explicó con voz fría, lineal, aislándose de sus propias palabras—. Ella fue la que escuchó los gritos de Megara, la maestra de la escuela, cuando llegó hasta ella se la encontró luchando... con lo que tenía a mano... con su atacante; uno de los miembros de nuestra propia comunidad.

—Oh Dios.

—Sarah no se lo pensó dos veces, se lanzó contra él, con lo que no contaban era que los malditos furtivos habían empezado a poner trampas en la

zona y ella pisó una. —Lo vio apretar los dientes, sus ojos volverse más oscuros—. Lo más probable es que ese mal nacido la hubiese matado allí mismo de no ser porque Meg cogió una rama y la descargó contra la cabeza de su atacante.

Sacudió la cabeza en una absoluta negativa, viendo en su cabeza las imágenes que formaban sus palabras, viviendo a través de ellas su relato.

—Meg logró soltarla con ayuda de los chicos, la sacaron de allí y en el proceso, el cabrón hijo de puta se dio a la fuga —concluyó intentando mantener la voz tranquila—. Se organizó una partida, nadie atacaba a uno de los nuestros y quedaba impune...

—Os... os tomasteis la justicia por vuestra mano. —No era una pregunta y, tan frío y horrible como sonaba, no podía encontrar piedad para alguien que intenta violar o asesinar a una mujer.

Pero Wolf negó con la cabeza.

—Ojalá hubiese sido así, ojalá... hubiese acabado con su miserable vida en ese momento por lo que hizo, pero... alguien me recordó que el asesinato no se vería muy bien en mi currículum, así que me conformé con pegarle una soberana paliza y... Júpiter lo entregó a la justicia.

Por la manera en que pronunció aquella última palabra, Pandora intuyó que esa justicia debía ser algo más que ponerlo bajo custodia policial. No pudo evitar estremecerse al pensar en el hombre que se había presentado como el alcalde del pueblo, no tenía el aspecto de un matón, por el contrario, parecía alguien afable, educado, pero...

—El responsable de aquello parece haber decidido volver a Cheyenne y aliarse con los furtivos de la zona.

—Oh, mierda.

Él esbozó una renuente sonrisa, casi peligrosa.

—Sí, sin duda estamos de eso hasta el cuello —replicó mordaz—, pero

no será por mucho tiempo. Antes o después saldrá de su madriguera y entonces, ajustaremos cuentas.

La manera en que lo dijo le provocó un escalofrío, el hombre que tenía frente a ella estaba admitiendo en voz alta que quería acabar lo que había empezado, quería... acabar con una persona.

—No, Wolf, no puedes estar pensando en tomarte la justicia por tu mano —negó al tiempo que se levantaba del asiento como un resorte—. Tienes que dar parte a la policía, ellos sabrán... Elías, habla con el sheriff, él se encargará...

—No lo entiendes, Pandora, en *Cheyenne Ridge* la única ley que prevalece es la nuestra.

Se quedó helada y sacudió la cabeza.

—¡No puedes matar a una persona! ¡No eres un asesino!

—No, no lo soy —replicó con absoluta serenidad—. Soy un lobo, uno atrapado en una manada que se le queda pequeña, bajo la autoridad de un hombre al que no quiero desafiar. Voy a dejar este lugar, pero antes de hacerlo, me ocuparé de que ningún otro hijo de puta le haga daño a las hembras de nuestra manada o a cualquier hembra.

Lo que decía no tenía sentido, más aún, tenía un tinte de absoluta locura.

—No... eso no es... Wolf, estás diciendo cosas que no tienen el menor sentido.

—No, para ti sé que no tienen el menor sentido, Pandora, ni lo tendrán hasta...

Un brutal estallido resonó en todo el valle, las aves levantaron el vuelo de sus nidos en plena noche en una cacofonía de sonidos, la tierra tembló bajo sus pies y, en algún punto en el horizonte, un brillante naranja empezó a destacar en la oscuridad.

—¡Oh dios mío! ¿Qué ha sido eso?

Su compañero saltó por encima de la barandilla con una agilidad pasmosa mientras ella se veía abocada a correr por el porche y bajar las escaleras mientras él se detenía en seco mirando hacia el horizonte.

—¡Bastardos!

Las palabras no habían hecho más que abandonar sus labios cuando se escuchó un potente aullido resonando a lo lejos, este fue respondido por otro y otro más, hasta que el último sonó demasiado cerca de ellos.

—Lobos...

Unos dedos fuertes se cerraron sobre su brazo, Wolf la arrastraba de vuelta al porche a paso firme.

—Ve a dentro, quédate siempre cerca de Merab, ella no dejará que nadie se te acerque a menos que sea de la manada de Júpiter. —La empujó, instándola a subir mientras él se deshacía de la chaqueta, tirándola a un lado y caminando de nuevo hacia el linde del bosque—. No salgas pase lo que pase, Pandora.

—Wolf, ¿a dónde vas? —volvió sobre sus pasos solo para quedarse inmóvil al llegar al segundo escalón y ver como el hombre, que había desechado también sus botas y camiseta, echaba a correr hacia el bosque.

Aquella imagen nunca se le borraría de la memoria mientras viviese, nada podría hacer que olvidase el momento en que vio a Wolf Carson convertirse en un enorme lobo cuyos ojos azules le dedicaron un silencioso adiós antes de emitir un poderoso aullido y correr hacia la espesura.

Pandora se dejó caer sin más sobre las escaleras, la respiración paralizada en sus pulmones y los ojos tan abiertos que era incapaz de parpadear.

—Un lobo...

CAPÍTULO 28

Wolf aceleró, su cuerpo era un borrón mientras atravesaba a toda velocidad el bosque, sus patas ganaban terreno a medida que avanzaba en una alocada carrera. La figura anaranjada de Nikai apareció a su derecha, flanqueándole. Echó de menos tener a Merab a su otro flanco, pero ella tenía que proteger a Pandora.

No podía quitarse de la cabeza su rostro mientras hablaba, la incredulidad, el miedo y la negación, no era así cómo deseaba iniciar aquella conversación, mostrarle su mundo, pero estaba en lo cierto cuando le dijo que no lo entendería.

Pandora era demasiado honesta para su mundo, no comprendía que su raza se movía con reglas propias. Podían vivir entre humanos, acatar sus normas, pero al final, lo que primaba para un lobo era la ley de la manada.

Si hubiese podido manejar las cosas de otra manera, pero el destino tenía otros planes, uno que lo alejaba de la mujer que había empezado a amar para adentrarlo en un mundo de oscuridad y venganza.

Las primeras cenizas empezaron a perlar el aire, los animales que habitaban el bosque huían despavoridos entre sonidos de disparos y llamas de la reciente explosión.

Habían conseguido retirar algunos dispositivos en los últimos días, localizaciones que había considerado bastante obvias, no había sido otra cosa que una distracción para llevar a cabo aquello.

Le dedicó una mirada a su compañero, él había sido el último en darle

aviso: *Estamos bajo un ataque*. Se desplegaron como solían hacer antes de precipitarse ante los cada vez más audibles disparos.

Aminoró la velocidad, agudizó el oído y su olfato, el humo era un problema, el olor a quemado ahogaba cualquier otro rastro, así que no le quedó más remedio que guiarse por el oído.

Un nuevo aullido reverberó a través de la noche, la manada estaba en movimiento, desplegándose para atajar cualquier posible amenaza.

Él es mío, gruñó para sí mismo, no dejaría que nadie llegase a él antes, era suyo y acabaría con lo que había empezado.

Un inesperado proyectil cayó cerca de su posición, desnudó los dientes y saltó buscando al responsable.

—¡Vamos engendro! ¡Sal!

Entrecerró los ojos y esperó, moviéndose muy lentamente.

—¡Sé que eres tú! ¡Él dijo que vendrías! —rompió a reír a carcajadas—. Que no podrías rechazar un desafío así.

Un nuevo disparo, el arma recargándose, los movimientos del cazador furtivo precisos. Sus palabras no tenían sentido, no le conocía, suponía que era uno de los responsables de las trampas, pero, ¿qué más quería de él sino su piel?

—¡Da la cara, Wolf Carson! —pronunció su nombre en voz alta—. ¿No quieres saber el regalito que tengo para ti?

Sintió la presencia de Nikai a su derecha, rodeando para posicionarse tras el furtivo, listo para atacar a su señal.

—Es un mensaje, un bonito mensaje de tu amigo Lucius.

El nombre lo detuvo en seco, echó las orejas hacia atrás y desnudó por completo los dientes. Avanzó entre gruñidos, con cuidado, pero el tipo era sin duda un cazador avezado, notó de inmediato su posición y lo encañonó con la luz de la linterna.

—Ahí estás —mantuvo la luz, el arma a punto, no se adivinaba quién era—. Sí, un perro dispuesto a seguir las órdenes de su amo.

Avanzó hacia él saliendo de entre los matorrales, sabía que se estaba arriesgando, pero el nombre de Lucius pesaba más.

—Vaya, menudo ejemplar —sonrió maníaco—, y pensar que debajo de esa piel hay un ser humano.

Volvió a avanzar entre amenazantes gruñidos.

—Ah-ah —chasqueó—. Si atacas no sabrás lo que ese chalado tiene reservado para tu mujer.

Se detuvo en seco, pero no bajó la guardia.

—Veo que entiendes —se dijo a sí mismo—. Si no lo hubiese visto por mí mismo no habría creído una mierda de toda esta locura.

Volvió a gruñir, no le gustaba la alusión que acababa de hacer, implicaba un conocimiento de la existencia de Pandora que la ponía en peligro.

—Sí, todo un descubrimiento —aseguró—. Y me voy a beneficiar, oh sí, obtendré unas pieles únicas, de primera mientras tu amigo se encarga de esa mujercita tuya.

No si te mato antes, pensó rabioso.

—Pero antes tengo un mensaje para ti, como si pudieses entenderlo, ¿pero quién soy yo para cuestionar a un chalado? —Se encogió de hombros—. Sus palabras exactas y que debía repetirte son: *Debiste acabar lo que comenzaste, ahora te quitaré lo que tú me quitaste*. —Chasqueó—. Sea lo que sea lo que le hicieras, lo cabreaste y bien, chico, está dispuesto a arrasar el valle para hacerse no solo con tu mujer sino con la alcaldía de un pueblo. Si eso no es estar zumbado, no sé lo que es.

Las implicaciones de sus palabras desataron a la fiera en su interior, atacó ignorando el dolor del disparo que lo alcanzó.

Nikai surgió desde atrás, acompañándolo en el ataque, derribando,

desestabilizando y arrebatándole el arma. Se movieron como un buen equipo, esquivando el cuchillo que desenvainó el furtivo, listos para acabar con aquella amenaza que llevaba meses persiguiendo a los suyos y vendiendo sus pieles.

Debía moverse con rapidez, Pandora estaba en peligro, uno del que no era consciente. Lo más urgente era volver a ella, así que ignoró el ardiente dolor, la sangre que empapaba su espeso pelo y se lanzó a su atacante cuando una segunda explosión retumbó en todo el valle.

CAPÍTULO 29

Pandora no podía dejar de mirar a Merab, no podía sacarle los ojos de encima esperando que de un momento a otro ocurriese algo tan absurdo e inexplicable como lo que había presenciado ahí fuera.

Un lobo. No lo había dicho de forma retórica, él era un lobo, el mismo ejemplar que había estado merodeando por la propiedad.

—No existen lobos con ojos azules.

Y sin embargo ella había vivido la última semana con uno, había dormido con uno. Un lobo, un jodido lobo.

«No es posible». «Estás alucinando». «Es un sueño».

Y sin embargo, el estallido había sido real, el incendio era real y Wolf había corrido directo a él como si supiese a dónde se dirigía.

—Merab, ¿tú también eres... cómo él?

El animal se había mostrado sorprendentemente calmado cuando la vio entrar en tromba a través de la puerta delantera, se había resbalado varias veces en su premura, jadeando, mirando por encima del hombro sin dejar de gritar. Cerró con llave, apartándose de la puerta, girando sobre sí misma sin dejar de hablar incoherencias hasta que se quedaron así, una frente a la otra.

No sabía el tiempo que había pasado, esperaba que aquello fuese más bien una pesadilla, pero empezaba a tener dudas al respecto.

—Esto es una locura, nada de esto puede ser real, nada...

Sus palabras se vieron interrumpidas por una nueva sacudida, la explosión resonó apagada entre las paredes de la casa. Se levantó como un

resorte, giró hacia la puerta y se precipitó en su dirección, abriéndola para salir al porche y detenerse contra la barandilla. Vio como un nuevo foco se encendía en otro punto del valle, lo único distinguible en la oscuridad de la noche.

—Dios mío, qué está pasando aquí.

Merab, quien la había seguido, se acercó a las escaleras y fijó la mirada en la oscuridad. La perra no se movía, permanecía estática, entonces erizó el pelo, todo el lomo se le encrespó y desnudó los dientes en un amenazante gruñido.

—¿Merab? —murmuró mirando en la misma dirección—. ¿Qué es? ¿Qué ocurre?

La perra empezó a avanzar sin dejar de gruñir, se detuvo y entonces lanzó el aullido más agudo que escuchó nunca.

El sonido la dejó helada, el animal giró la cabeza y sus ojos se encontraron con los suyos.

Una inmediata necesidad de escapar, de salir de allí, la invadió, tenía que huir, fuese lo que fuese que había ahí fuera era malo y ella lo sabía. Todavía dudosa, echó un vistazo a su alrededor, buscando la procedencia de esa posible amenaza.

—¿Wolf?

Merab volvió a gruñir, mirando hacia delante, cada vez más amenazante.

—Vaya, vaya, así que Wolfie te ha dejado a su perra guardiana.

La voz surgió del lugar hacia el que apuntaba el can, era masculina, rasgada y le provocó un inmediato escalofrío.

Empezó a retroceder hacia la puerta, la luz de la entrada alcanzó aquel indeseado invitado.

—No, no, no, ¿es esa la manera de recibir a un invitado?

La perra empezó a retroceder, gruñendo, empujándola a hacer lo mismo

mientras las sombras cobraban forma y de ellas aparecía el cañón de una escopeta dirigido a su amiga de cuatro patas.

—No des un paso más o le pego un tiro a tu dulce perrita.

Vestido en color verde oscuro, con lo que parecía un atuendo militar, con una gorra encasquetada en la cabeza, el rostro semi oculto por la suciedad y barba, un tipo alto, de gran envergadura caminó hacia el porche.

—Vaya, vaya... tienes mejor aspecto de lo que tenías ese día en el bosque —comentó tomándola por sorpresa—. Sabes, fue una verdadera suerte para ti que no atropellases a ese idiota. Aunque te habría agradecido el favor. ¿Pero quién iba a pensar que terminarías en las manos de Wolf? No has podido ser un mejor regalo envenenado...

No tenía la menor idea de lo que estaba hablando, pero la mención del accidente la sorprendió.

—¿Quién es usted?

Él sonrió, tenía los dientes perfectos, pero su sonrisa era ladina, dañina, casi diría que perturbada.

Merab volvió a gruñir, plantó las patas en el suelo y le hizo frente, la perra estaba dispuesta a darle tiempo para escapar.

—Yo no lo haría, hembra. —Su voz adoptó un tono que le provocó un escalofrío, algo cambió en sus ojos haciéndolos casi luminosos en aquella penumbra.

Aquello, unido a la cada vez más hostil actitud de Merab le dijo que no estaba ante un ser humano. Fuese lo que fuese era como Wolf.

—Merab. —Le tembló la voz, pero no podía evitarlo. Tragó, miró a la loba, al hombre y rogó por no equivocarse—. Ven aquí, chica.

La perra no se movió, pero se erizó aún más. Algo en su posición le advirtió de lo que estaba a punto de hacer y, posiblemente, también advirtió a ese hombre, pues chasqueó y afinó su puntería.

—¡Merab, vete!

Todo ocurrió al mismo tiempo: el disparo, el rabioso ataque de la perra, su grito, la pérdida de equilibrio del tipo y el alarido del can.

—Maldita zorra.

Reaccionó por instinto, movida por la necesidad de poner distancia entre ese loco y ella. Giró sobre los talones y emprendió la retirada hacia la casa, la perra caminó junto a ella, cojeando, su pelo manchado de sangre. Echó un vistazo por encima del hombro, un estremecimiento de terror la recorrió al ver cómo ese hombre se incorporaba, recuperaba el arma y, sin perder un segundo, disparaba hacia ella. La providencia quiso que tropezara con uno de los escalones en su afán por huir y el proyectil que se estrelló en la puerta levantó esquirlas.

—Merab, ¡corre! ¡Busca a Wolf! ¡Corre!

Instó al animal a marcharse, rogando que entendiese su orden y cuando arrancó a correr y el tipo amenazó con disparar de nuevo en dirección a la perra, cogió lo primero que tenía a mano, lo que resultó ser el palo con el que solía jugar con la perra y lo lanzó con todas sus fuerzas hacia el hombre, alcanzándolo en el brazo y haciéndolo errar el tiro.

—Así que la perra de Wolf tiene garras. —Se volvió entre sorprendido y divertido—. Bien, será mucho más interesante.

Habiendo perdido el objetivo canino que se deslizó como un rayo entre los matorrales, se echó el arma al hombro y empezó a caminar hacia ella con una socarrona sonrisa.

—Bien, bien, es hora de que tú y yo nos conozcamos mejor.

—Por encima de mi cadáver.

—Si insistes —se burló—, pero antes, nos divertiremos.

Retrocedió por cada paso que daba, el miedo metido en el cuerpo, fue un juego del gato y el ratón que los llevó hasta el porche. No tenía escapatoria,

no podía huir a tiempo de ese lunático.

—Wolf entenderá que nunca debió meterse entre Megara y yo, esa maestra era mía, esa perra se llevó lo que se merecía y tuvo suerte de quedarse solamente coja.

Tan pronto escuchó esas palabras supo quién era ese hombre.

—...y debió haber acabado lo que empezó ese día, no es digno de llamarse alfa.

Bajó de nuevo el arma de su hombro y la apuntó, dispuesto a disparar.

—Quizá le guste que tú también cojees, será un bonito recordatorio...

Apuntó y Pandora se quedó sin respiración, el disparo resonó en sus oídos, las esquirlas de madera saltaron por doquier mientras el hombre soltaba un alarido y caía al suelo; Merab lo había atacado por la espalda, yendo a su cuello y derribándolo en el proceso.

Durante lo que pareció una eternidad la loba gruñó y mordió, se revolvió contra él, aunque un segundo después y ante sus ojos, el hombre se transformó en un enorme lobo listo a presentar batalla. La diferencia de tamaño era considerable, él la mataría, destrozaría a la pequeña perra y entonces la mataría a ella.

Tenía que hacer algo, pero las piernas apenas le respondían. Se movió a trompicones, agradeciendo la distracción de la perra, cogió el arma y girándola hacia el lobo, gritó.

—¡Merab, apártate!

La hembra saltó a un lado, el lobo la miró con las fauces entreabiertas ensangrentadas y Pandora disparó.

CAPÍTULO 30

Wolf no podía evitar estremecerse con cada nuevo disparo que escuchaba en la distancia. El aullido de Merab confirmó sus peores temores, la perra lo avisaba de un peligro, de la muerte rondando su territorio. Un sinfín de escenarios pasaron por su mente, en todos ellos Pandora era herida o, peor aún, asesinada por ese desgraciado. Si le llegase a pasar algo no se lo perdonaría en la vida.

Escuchó y desechó cada una de las llamadas a las armas de la manada de Cheyenne Ridge, aquel ya no era su problema y el valle ya no era su hogar. Si dejaba que algo le sucediese a esa mujer, se moriría en vida.

Cabalgó con el aire, esquivó las cercanas llamas debiendo optar por caminos más escarpados en su necesidad de volver a *Sísika Blue*. Nuevos disparos llegaron a sus orejas, junto con el alarido de Merab. El corazón le dio un vuelco, su naturaleza salvaje nubló su mente racional, el bosque dejó de tener colores y se convirtió en un borrón en el que debía esquivar los obstáculos. Ganó terreno a un ritmo vertiginoso, el cierre del porche apareció a lo lejos y el eco de un nuevo disparo le retumbó en los sensibles oídos.

Saltó como una fiera desesperada, resbaló contra el suelo a tiempo de ver a Pandora corriendo a la desesperada con un rifle en las manos mientras una cojeante Merab le cubría la retirada. La enorme figura lupina apareció saltando desde su porche, desquiciado, listo para atacar.

Wolf dejó de respirar, sus ojos se cruzaron con los de Pandora, quien estuvo a punto de frenar en seco al verle. Merab se dio cuenta de su presencia

y replegó su posición para dirigir ahora a su compañera hacia el bosque, allí podría mantenerla oculta y apartada del peligro; la perra ya la había adoptado como la loba alfa de la manada y haría hasta lo imposible por protegerla.

Le debía a esa pequeña perra la vida de su compañera, le debía su propia vida y, mientras viviese, pasaría cada uno de sus vidas dándole las gracias.

—¿Wolf?

Escuchó su voz, le habría gustado tranquilizarla, pero lo más importante ahora era mantenerla a salvo y, para ello, tendría que destruir de una vez y por todas a ese hombre.

Se encontraron cara a cara, podía sentir su rabia, ver la furia asesina en sus ojos. Estaba herido, había recibido un disparo, lo que los dejaba en cierto modo en igualdad de condiciones. El que en otra hora había sido un amigo y un hermano, ahora era un completo demente, alguien que había amenazado cientos de vidas, a toda una comunidad que lo había acogido media vida, para vengarse y buscar poder.

Empezaron a rondarse el uno al otro, midiéndose, ambos dispuestos a luchar hasta el fin.

Aquella era una lucha a vida o muerte y, por Pandora, por su seguridad, no podía perder. Puede que se convirtiese en un asesino, pero era preferible a perder a la mujer que completaba su solitaria existencia.

CAPÍTULO 31

Wolf, ese era Wolf, eran sus ojos, su mirada, el lobo de pelaje gris y negro era Wolf y acababa de quedarse en compañía de aquel psicótico.

Dejó de correr cuando los pulmones empezaron a quemarle, no podía seguir, sus manos todavía aferraban con fuerza el arma que le había quitado, la luz de la linterna que llevaba anclada en el cañón iluminaba con precisión las inmediaciones permitiéndole ver por dónde caminaba en la oscuridad del bosque.

—¿Cómo pudo levantarse?

Le había disparado tan pronto como Merab se apartó, la fuerza del arma había hecho que se desviase y, en vez de agujerearle el pecho o la cabeza, le había dado en uno de los cuartos traseros. Habían aprovechado esa distracción, el alarido, para saltar por encima de la balaustrada, primero ella y luego la perra, pero esta se había quedado siempre por detrás, guardándole las espaldas hasta que ese lobo había emergido de la oscuridad como una furia oscura y cruzaron una rápida mirada que pareció durar para siempre.

Se dejó caer de rodillas, jadeando, miró hacia atrás y pensó en todo lo que había ocurrido, en todo lo que estaba pasando. Merab se había detenido a su lado, cojeando de su pata delantera. La hembra se estaba lamiendo la herida y ella no pudo hacer otra cosa que encogerse. Podría haber muerto, esa pequeña podría haber muerto con tal de protegerla.

Parpadeó para evitar las lágrimas, miró el arma en su regazo, apretó los dedos en torno al frío metal y se las ingenió para ponerse de nuevo en pie.

La perra levantó la cabeza al momento, mirándola en busca de respuestas.

—Tenemos que volver —murmuró con voz ahogada, el humo que teñía el aire todavía no era denso, pero la asfixiaba—. No podemos dejarle solo, tenemos...

Un agónico aullido resonó en las inmediaciones poniéndole los pelos de punta, miró a su compañera quien había levantado las orejas.

—Por favor, no me digas que ese fue...

La perra echó la cabeza atrás y aulló a su vez, a los pocos segundos le respondió un aullido similar, pero más corto, apagado.

Una inexplicable urgencia se instaló en su pecho.

—Wolf —pronunciar su nombre le provocó una punzada en el corazón, antes de darse cuenta estaba moviéndose, avanzando cada vez más rápido. El aire estaba teñido con los aromas del incendio, las cenizas empezaban a volar sobre sus cabezas y a lo lejos, en algún lugar por debajo de ellas, empezaban a escucharse ya las sirenas de los bomberos.

En su desesperación por huir había corrido sin rumbo, guiándose tan solo por la luz del rifle, siguiendo la estela de la perra, pero ahora ni siquiera sabía dónde estaba. Sintió a Merab a su lado, aguantando su paso a pesar de ir a tres patas.

—Llévame con él, Merab, llévame con Wolf.

La perra avanzó delante, siguieron a un paso irritantemente lento, pero no podía exigirle más al pobre animal, puso todo su cuidado en no comerse ninguna rama, en ver por dónde pisaba cuando su compañera se detuvo de pronto en seco unos pasos por delante de su posición. Empezó a gruñir, entonces pasó a un bajo gimoteo, meneando la cola mientras agachaba la cabeza en gesto sumiso. La oscuridad frente a ellas empezó a cobrar forma, levantó el arma y apuntó dejando que el haz de luz iluminase en línea recta

rebelando una cojeante figura de brillantes ojos.

—¿Wolf? ¿Eres tú? —preguntó entrecerrando los ojos, intentando adivinar—. Por favor, dime que eres tú, no quiero pegarte un tiro por equivocación.

El animal avanzó y, de repente se derrumbó en el suelo. Su cuerpo empezó a cambiar, el pelo se retiró, los huesos se redefinieron y en un parpadeo, el lobo dejó de existir y en su lugar apareció el hombre.

—¡Wolf!

Corrió hacia él, dejó el rifle en el suelo y cayó a su lado. Estaba completamente desnudo, ensangrentado y gemía de dolor.

—Pan... Pandora.

—Estoy aquí, Wolf, estoy aquí —gimió, palpándole, sin saber qué hacer.

—¿Estás... estás herida?

Sacudió la cabeza y quiso llorar ante lo absurdo de la pregunta, ante él, quién estaba hecho un cuadro, preocupándose primero por su bienestar.

—Estoy bien, estoy bien.

—Lo... lo siento, él... fue culpa mía... Yo no sabía... no lo sabía...

Negó de nuevo y se inclinó sobre su rostro, para que pudiese verla.

—Estoy bien, Merab me protegió, tú... llegaste a tiempo. —*Y me protegiste*, quiso decir—. Ese lunático... Es un psicópata... ¡Está loco! Quería matar a Merab, quería... quería dispararme...

—Pandora...

La forma en que gimió su nombre la devolvió a la realidad, a la gravedad de la situación.

—Estás... estás sangrando mucho —gimió sacándose la chaqueta para cubrirle lo que podía con ella—. Wolf, ¿qué puedo hacer? Yo no sé nada de primeros auxilios... Estás sangrando mucho, hay... muchísima sangre... ¿Qué hago? Dime qué hacer.

—No... no te apartes... de mi lado...

Su voz se desdibujó hasta convertirse en un suspiro, sus ojos se cerraron y se quedó inmóvil.

—¿Wolf? Wolf, por favor. —Lo sacudió con suavidad—. Wolf, Wolf hálame. No me hagas esto. ¡No se te ocurra dejarme ahora! No me hagas esto. No puedes verter todo esto sobre mi cabeza y morirme. ¡No te lo perdonaré! ¡Maldita sea, lobo! ¡Prometiste que no me dejarías sola!

Estaba desesperada, quería gritar, llorar, pero todo lo que podía hacer era verlo allí, inmóvil y sentir que el corazón se le hacía pedazos.

—No me dejes, por favor, tú no —susurró cogiéndole la mano, apretándosela—. No me hagas esto, quédate conmigo. No puedes irte ahora que nos hemos encontrado, tienes que llevarme a casa, ¿recuerdas? Por favor, Wolf, te necesito...

La perra la miró, miró al hombre y soltó un sonoro aullido que resonó con fuerza en todo el valle. Tuvo que taparse los oídos cuando Merab repitió la llamada dos veces más hasta que obtuvo una respuesta, entonces otra y otra hasta que un coro de aullidos resonaron en aquella noche cubierta de cenizas.

No pasó mucho tiempo antes de que varios ojos brillantes empezasen a emerger a través de la oscuridad, recuperó rápidamente el rifle y se preparó para disparar si era necesario.

—Tranquila, Pandora, baja el arma, ya no hay peligro. —Una conocida voz atravesó la oscuridad antes de cobrar forma humana. Nikai—. Ya está aquí la caballería.

El arma le cayó de las manos, dejó escapar un aliviado jadeo y comprobó que, en efecto, la ayuda había llegado.

CAPÍTULO 32

Dos días después...

Pandora subió el volumen de la televisión de la sala de estar, las noticias hablaban del incendio que había arrasado varias hectáreas del valle dos días atrás. Los equipos de extinción todavía refrescaban la zona, por suerte la rápida actuación de los medios aéreos habían ayudado a controlar el incendio evitando que este se extendiese hacia las poblaciones más cercanas.

—Júpiter ha empezado a amenazar a los periodistas con hacerlos acampar en el camino si siguen molestando con sus preguntas —comentó Sarah tendiéndole una taza de té—. *Cheyenne Ridge* nunca ha tenido tanta proyección.

—No es el único con síndrome premenstrual, Cassidy está igual de encantado con la publicidad mediática por su lado —añadió Nikai, cogiendo la otra taza que le tendía la mujer.

Mientras Sarah se había trasladado al enterarse del estado de su primo, Nikai iba y venía, contribuyendo a volverla loca cada vez que veía a ese enorme lobo anaranjado paseándose por su porche, rascando la puerta, para luego transformarse en humano —uno totalmente desnudo—, y entrar en casa.

Las últimas cuarenta y ocho horas habían sido una locura, una de la que solo había podido descansar los momentos en los que dormitaba en un sillón, en el dormitorio de Wolf.

Tres heridas de bala, dos de ellas limpias, varios mordiscos y un par de costillas rotas había sido el saldo final del informe de la Dra. Evelyn. La mujer había llegado en un cuatro por cuatro apenas unos momentos después de que Buch y Nikai hubiesen metido a Wolf en casa y el primero, hubiese hecho lo posible para detener la pérdida de sangre mientras no llegaba la asistencia médica.

Ella había protestado, a voz en grito, quería que lo llevaran a un hospital, tenían que tratarlo en un hospital, solo para darse cuenta de que habría demasiadas respuestas que dar si se le llevaba allí, por no hablar de que no tenía la menor idea sobre qué diferencias fisiológicas podía poseer alguien de su condición.

Lobos. Humanos. Un clan. Una jerarquía.

Sarah había intentado darle un curso acelerado sobre un mundo y una raza que se había abierto ante ella con la intensidad de una poderosa tormenta que arrasaba todo a su paso. Al igual que ella, la prima de Wolf era humana, aunque pertenecía a una tribu nativa americana que conocía la existencia de aquella mística raza desde el principio de los tiempos y que siempre habían mantenido estrecha relación con los lobos.

Entre sus continuas crisis de ansiedad, las pesadillas y la preocupación por el estado del hombre que la había salvado una vez más, su cerebro estaba frito, sus defensas se habían ido a la porra y todo a lo que se había visto reducida era a un fantasma que se paseaba del dormitorio al salón o a la cocina y de allí al dormitorio.

—Júpiter debería tomarlo como una oportunidad de hacerle publicidad a Cheyenne Ridge, quizá así consiga nuevas partidas del estado para arreglar algunos de los edificios que se caen a pedazos —continuó Nikai y miró a Sarah con una particular sonrisa—, eso haría que pudieses parchear el Titanic.

—Tengo una idea mejor, ¿te doy un martillo y unos cuantos clavos y lo

haces tú?

—Sabes que haría cualquier cosa por ti, Sarah, pero todavía no he llegado a dominar los milagros.

Esos dos parecían tener una historia en común y se hizo más evidente en los últimos dos días, cuando los pilló *infraganti* en un par de ocasiones. Si bien no parecían tener prisa por dar a conocer dicho acercamiento en público, pues se mostraban cordiales, pero nada más.

—En el incendio se han encontrado los cadáveres de dos personas, dado el estado de los cuerpos ha sido imposible hacer un reconocimiento, por lo que habrá que esperar a la autopsia para cotejar los datos en busca de sus identidades —decía el periodista que estaba emitiendo desde algún punto del valle. Tras él se veía todo el terreno quemado, los árboles ralos y ennegrecidos—. Se apunta a que podrían ser furtivos de la zona y responsables de las explosiones que provocaron el incendio. Los bomberos han encontrado dos artefactos caseros que podían haber sido los detonadores de...

Dos cadáveres, dos culpables para una historia que nunca saldría en las noticias. Nunca se sabría que ellos no habían sido otra cosa que peones, que había habido dos bajas más esa noche, nunca se hablaría de los lobos y pumas cazados a manos de los furtivos por sus pieles y cuyos corazones eran humanos. Nadie sabría jamás que aquel valle estaba ocupado por dos razas sobrenaturales que habían decidido hacer de aquel su hogar y así debería ser, pues revelar tal descubrimiento sería el final de la tranquilidad que se encontraba en el valle.

Lo que ocurría en la comunidad, se quedaba en la comunidad. Cada clan, cada familia del valle tenía su propia ley, sus propias normas y se regían por ellas en la medida de lo posible, aunque respetaban también las humanas y se ajustaban a ellas en su día a día.

Y ella, Pandora St. Pierre, una simple mujer humana, había ido a caer en medio de toda aquella locura a causa de un accidente de coche del que ya no estaba tan segura de que hubiese sido fortuito. Lo que había mencionado aquel chalado la hacía pensar en justamente lo contrario, pero por más que buscaba un motivo, la respuesta a por qué ella, no encontraba otra cosa que dolor de cabeza.

Le dio la espalda a las noticias, le dio un sorbo al té que Sarah había preparado y se acercó a la mullida cama de mantas que había preparado para la valiente perra que había arriesgado su propia vida para protegerla.

La perra llevaba los últimos dos días durmiendo, apenas abría un ojo de vez en cuando para ver que ella andaba por allí, entonces suspiraba y continuaba con ese sueño reparador. Curiosamente la doctora Evelyn había sido quién la había atendido también, al parecer por la zona debía ser común el recibir algún disparo, ya que no hizo distinción entre humano o perro a la hora de operar.

—Se recuperará, solo necesita descanso y un chuletón de vez en cuando.

Se giró al escuchar a Nikai detrás de ella, el hombre parecía tener un don especial a la hora de leer a las personas, pues era capaz de leerla como un libro abierto.

—Se ha ganado ese chuletón —respondió mirando de nuevo a la hembra—. Si no hubiese sido por ella, no sé si ahora mismo estaríamos hablando. Ha sido tan valiente...

—No fue la única hembra valiente durante esa noche —declaró mirándola a los ojos—. Puede que no tengas la piel de una loba, Pandora, pero has actuado como una defendiendo aquellos a los que quieres. ¿Dónde aprendiste a empuñar un rifle?

Hizo una mueca.

—En un campamento de verano. —El gesto de Nikai era de completo

asombro—. Sí, sé cómo suena, pero ahora agradezco el haber aprendido a hacerlo.

Él asintió.

—Nunca disparé a ningún ser vivo, solo a latas y trozos de madera —arrugó la nariz—. Y he tenido que dispararle a un lobo, a uno que estaba dispuesto a hacernos pedazos a Merab y a mí, a alguien... que iba a por Wolf.

Y no había querido herirlo solamente, había deseado matarlo por lo que le había hecho a su pobre perra, por lo que quería hacerle a ella y, sobre todo, por el dolor que estaba dispuesto a causarle a Wolf a través de ellas.

Había estado dispuesta a volver y presentar batalla, a enfrentarse al miedo, al horror para salvar a un lobo, a un hombre que se había adueñado, sin saberlo siquiera, de su corazón.

Ahora entendía lo que había querido decir Wolf con sus palabras, la rabia, el sentimiento... Sí, habría hecho lo que fuera necesario por proteger a sus seres queridos, por evitarle el sufrimiento, el terror al que ella misma se había visto obligada a enfrentarse.

—Y lo más horrible de todo es que volvería a hacerlo. Por Merab, por Wolf y, sobre todo, por mí misma —admitió en voz alta, dándose cuenta de que así era—. Volvería a coger ese rifle y dispararía otra vez...

—No tendrás que hacerlo... nunca más tendrás que enfrentarte a algo como eso...

Todos los presentes, incluso la perra, se giraron hacia la agotada voz que venía de la entrada. Allí, aferrándose al marco de la puerta, Wolf la miraba con esos intensos ojos azules.

—¿Qué demonios haces levantado? —Sarah se escandalizó.

—Tienes ganas de sangrar, ¿eh? —Añadió Nikai, moviéndose ya a ayudarle.

—Wolf, no puedes estar de pie, vuelve a acostarte ahora mismo —

ordenó caminando hacia él.

Ignoró a su prima, negó con la cabeza a Nikai y extendió el brazo hacia ella, buscando su contacto.

—No dejaré que pases jamás por algo como eso —declaró. En su rostro se reflejaba el dolor, el arrepentimiento—. Si te hubiese pasado algo. Todo fue por mí, venía a por mí, a herirme y has sufrido tú. Lo siento, Pandora, lo siento.

Estaba tan abatido que le dolió el corazón. Se obligó a levantar la barbilla y responder en consecuencia.

—Ese tipo era un auténtico psicópata, hubiese dado igual que estuvieses aquí o no cuando apareció, Wolf, habría intentado matarnos a todos —le aseguró al tiempo que le rodeaba la cintura con un brazo y le permitía apoyarse en ella—. Además, no hay nada que lamentar. Dijiste que estarías conmigo, que no me dejarías sola mientras estuviese aquí y cumpliste tu palabra. Pero no estoy muy segura de que puedas seguir haciéndolo si te quedas aquí de pie sangrando sobre la alfombra.

—Haz caso a tu loba, Wolf, parece ser la única cuyo cerebro todavía funciona —dijo Nikai, mirando disimuladamente hacia otro lado.

—Vuelve ahora mismo a la cama, idiota —añadió al mismo tiempo Sarah—. Pandora no te lo dirá, pero yo sí, si se te ocurre morirte sobre este suelo, te remataré.

—Ella ya me hizo una amenaza... parecida —murmuró él, mirándola—. Te oí, no iba a dejarte, no allí, no sola.

Sus palabras la tocaron tan hondo que tuvo que parpadear para mantener a raya las lágrimas.

—Vamos, te acompañaré...

—Y te quedarás conmigo —sentenció él como el alfa que era.

Sonrió, no pudo evitarlo.

—Y me quedaré un rato contigo.

—Un rato no será suficiente, Pandora —musitó apoyándose en la pared, buscando liberarla de todo el peso posible mientras se dejaba llevar de regreso al dormitorio.

Podía ver el dolor en las líneas de expresión de su rostro, lo mucho que le costaba caminar, pero ese maldito orgullo masculino impidió que soltase un solo quejido. Tenía la frente totalmente perlada de sudor y estaba un poco más pálido cuando consiguió meterlo en la cama y taparlo con las sábanas de nuevo.

—No puedes ponerte a dar paseos como si no hubiese pasado nada, Wolf, te han disparado, tienes dos costillas rotas —lo reprendió como a un niño pequeño—. Necesito que te repongas, que estés completamente recuperado para que puedas llevarme a casa.

Sacó un brazo de debajo de la sábana y buscó su mano.

—Nos marcharemos juntos de Cheyenne Ridge —le confirmó—. Lo que me retenía aquí, ya se ha terminado.

Bajó la mirada a su mano y se dedicó a acariciársela durante unos segundos en silencio.

—Lo entiendo —murmuró entonces y levantó la cabeza, encontrándose con esos ojos azules—. Ahora entiendo lo que querías decir y eso no te convierte en un asesino, Wolf, sino en alguien dispuesto a proteger a su familia.

Le apretó los dedos en respuesta, un gesto débil, obviamente estaba cansado.

—Pensé que acabar con él me proporcionaría alguna clase de satisfacción, que al fin sentiría que se ha hecho justicia por sus actos, pero lo que realmente siento es pena por una vida que se ha perdido.

—Eso demuestra que tienes corazón, Wolf, no pierdas nunca ese

sentimiento —le aconsejó, porque era sin duda una emoción que lo hacía humano—. Sabes. Cuando apareció, empezó a hablar e hizo mención al accidente que tuve. No sé cómo o por qué, ni a qué obedecía su probable motivación, pero creo que tuvo que ver con ello... No recuerdo exactamente que se atravesó delante de mi coche, pero bien podía haber sido él...

—Maldito cabrón.

—Se sumió en la locura, sus ojos... —Sacudió la cabeza—. Todo ha sido tan... No sé ni cómo explicarlo.

—Esta no era la manera en la que quería enseñarte quién soy, no era así como esperaba decirte mí verdad.

Lo miró.

—Todavía no he asumido... eso. —Hizo una pausa—. La cabeza todavía me da vueltas y Nikai no lo hace mucho más fácil paseándose por ahí como un felpudo para luego... ser un hombre en cueros...

—¡Nikai! —Lo sorprendió con un ladrido—. ¡Considérate emasculado! Parpadeó ante la sincerísima amenaza que escuchó en su voz.

—¡Aún encima que te hago un favor con su proceso de adaptación!

Wolf gruñó, no se contuvo, sus ojos se oscurecieron mientras fulminaba la puerta abierta del dormitorio.

—Lo mato, a la mierda el puesto de beta, lo mato ahora mismo.

Se inclinó sobre él, impidiéndole hacer algo estúpido, pero en honor a la verdad, ni siquiera se movió.

—No más muertes de ningún tipo —pidió en un susurro—. Solo... solo concéntrate en tu propia recuperación. Tienes que ponerte bien. Yo... yo te necesito, ¿vale? Sé que no tiene sentido, pero tú... tú eres lo mejor que me ha pasado hasta ahora... bueno, quitando la parte del lobo, aunque me acostumbraré, sé que puedo hacerlo, así que...

—Pandora.

—¿Qué?

—Deja de llorar. —Soltó su mano y le limpió la mejilla con los dedos —. ¿Crees que voy a dejarte ahora que te encontré? Viniste a mí vestida de novia, sin duda era un presagio, pues eso es todo lo que deseo... A ti.

Hizo una pausa y volvió a coger su mano.

—Sé que esto ha sido una locura, que todo se ha precipitado, necesitarás tiempo para comprender, para asimilar... lo que ha pasado —continuó sincero —. Voy a estar a tu lado durante cada paso del camino, quiero... si me das la oportunidad, que conozcas esa parte, al lobo que soy. No te vas a librar de mí, cariño mío, te quiero y yo peleo hasta la muerte por lo que quiero.

Rompió a llorar, no pudo evitarlo, aquello era todo lo que quería escuchar, todo lo que deseaba en su vida, alguien que la quisiera.

—Oh Wolf...

—No llores, amor.

—Es que yo también te quiero.

—¿Y ese es motivo para que llores?

Se rió en medio de los sollozos.

—No, lobo, ese es el motivo más grande que tengo para sonreír.

—Entonces, sonríe, Pandora mía, sonríe siempre.

CAPÍTULO 33

Una semana después.

Wolf contempló la mano tendida de Júpiter y no dudó en estrecharla, no solo eso, atrajo al hombre para un fraternal abrazo.

—Cuida de tu gente como lo has hecho hasta ahora, Júpiter.

El hombre correspondió a su abrazo con una palmada.

—Te deseo suerte en tu nueva andadura y, recuerda, tienes un aliado en *Cheyenne Ridge*.

Asintió, había confiado en el alfa y en sus decisiones hasta el momento, había formado parte de una manada que no había dudado en abrirle las puertas a pesar de su condición, había tenido amigos, una familia, pero era hora de dejar todo aquello atrás y encontrar su propio lugar.

Se despidió de Buch, Elías y de aquellos miembros que habían venido a desearle suerte, Nikai permanecía al lado de Sarah, cuyos ojos llorosos y moqueante nariz le provocada una punzada. Sabía que el lobo le seguiría, era parte de su propia manada y no le sorprendería que lo hiciese con Sarah a su lado. Esos dos llevaban años en una relación que no acababa de definirse, pero ese era su problema y no se metería.

Miró a Pandora quien se despedía de la médico, Merab se mantenía a su lado como una fiel escolta, prácticamente la había adoptado uniéndose al poder femenino dentro de la manada.

Tenían por delante unas cuantas horas de trayecto, haría una primera parada en *McLeod Lake* para finalmente seguir hacia Fort Saint James y al lugar que había encontrado meses atrás y en el que había decidido establecerse. Había mucho que hacer, lo sabía, le esperaban por delante semanas de reformas, pero estaba satisfecho con ello, sobre todo ahora que tenía a esa mujer a su lado.

Pandora quería quedarse en su hogar hasta el fin de semana, quería poner en orden su vida, solucionar algunos «pendientes» como los había llamado. Le había prometido que pasaría con él el fin de semana y sabía que ella cumpliría su promesa.

Estaba decidido a darle todo el tiempo que necesitara para enfrentarse al futuro, a quien era él, al mundo que acababa de descubrir.

Todavía se encogía al verle en su forma lupina, pero había hecho un gran progreso al dejar de contener la respiración y resbalar esas manos sobre su pelo sin tener una crisis de ansiedad.

La última semana habían hablado del pasado, del presente y del futuro, había aprendido más cosas sobre ella, sobre quién era, sobre quién quería ser y estaba más que dispuesto a ayudarla a conseguir sus metas. También había compartido con ella su infancia, sus emociones tras perder a sus padres, lo perdido que se sintió en ese mundo mientras crecía, la guía que supuso Júpiter durante esa etapa a pesar de no llevarse demasiados años de diferencia y cómo había entendido que su posición en la manada ya no era la de un lobo obediente, que sus necesidades como alfa lo impulsaban a marcharse y encontrar su propio camino. Había compartido con ella durante esos días más de lo que había compartido con su familia.

Sus padres de acogida, sus tíos maternos, vinieron también a desearle suerte y recordarle que los tendría siempre. Pandora les había gustado a ambos y ella se había mostrado encantada con ellos, sin duda recordando a su

propia familia y deseando que se hubiesen parecido un poco.

Incluso Cassidy se había pasado para desearle buena suerte en su nuevo territorio, el gato era un espécimen raro en sí mismo, pero había acogido sus buenos deseos con gratitud. No había muchos lobos que pudiesen decir que contarían con la amistad de un Puma.

Se volvió hacia ella.

—¿Lista?

Ella asintió, le dio un abrazo a Sarah y le prometió estar en contacto. Su prima se volvió entonces hacia él y lo abrazó con fuerza.

—Iré a verte tan pronto te establezcas —lo avisó—. Prometo llamar antes de ir.

—Tienes las puertas abiertas —declaró y miró a Nikai—. Cuida de ella y mantenme al tanto.

—Me pasaré la próxima semana para ver si sigues vivo o Pandora te ha disparado —aseguró divertido, entonces miró a la aludida—. Cuida de él, lobita, eres la única que puede evitar que se meta en líos.

—Lo haré —le sonrió y lo abrazó para consternación del lobo—. Gracias por todo, Nikai, pero por favor, cuando vengas hazlo vestido.

El lobo se echó a reír a carcajadas. Pandora le dio la espalda y lo miró.

—Bueno, lobo, ¿me llevas a casa?

—Te lo había prometido, ¿no es así?

Sí, se lo había prometido y cumpliría cada una de las promesas que le hiciera a esa mujer.

Pandora supo en el momento en que se detuvo el coche, que ya no pertenecía a ese lugar. Había visto el azul del lago asomando entre los

árboles, reconoció cada uno de los establecimientos que dejaron atrás y, con cada kilómetro que avanzaban se sentía más dentro de un viejo sueño, como si se viese a sí misma a través de una película antigua, recordando lo que había sido su vida.

Su madre había elegido ese lugar después de divorciarse porque contenía recuerdos felices, momentos que decía había atesorado a lo largo de los años y que le habían ayudado en las horas más difíciles. Había cambiado el ajetreo de la ciudad por un lugar dónde poder vivir tranquila, disfrutando de su trabajo como profesora en la escuela de la zona hasta que aquel camión terminó con su vida y las de otras tres personas.

Había sido entonces cuando ella misma dejó el piso de alquiler en el que había estado viviendo tras terminar la carrera para mudarse a ese lugar, a esa casa de planta baja con tres habitaciones que veía al final del camino. Quería sentirse cerca de ella, rodearse de sus recuerdos, pero ahora se daba cuenta de que lo único que había conseguido con ello era poner su vida en pausa.

La pequeña tienda que tenía en el centro comercial y las hermosas vistas del lago que había contemplado cada atardecer ya no tenían el mismo atractivo, nada quedaba en ese lugar para ella, nada.

—No quiero volver. —Sus emociones se reflejaron en sus palabras—. Me equivoqué, Wolf, este ya no es mi lugar. He pasado los últimos años aferrada a recuerdos, viviendo a través de ellos, esperando algo... a alguien... y ya lo he encontrado.

Se giró hacia él y se mordió el labio inferior.

—Te he estado dando la lata día sí y día también, pidiéndote que me dejaras marchar, que me trajeses de regreso cuando todo lo que deseaba lo tenía junto a ti.

Él le había abierto las puertas de su casa, le había dado libertad, la

había obligado a pensar por sí misma, a tomar sus propias decisiones, Wolf se había ganado poco a poco su corazón y ahora era completamente suyo.

—Debes de estar pensando que me he vuelto loca y he perdido por completo la cabeza.

Negó con la cabeza, se inclinó y le acarició la mejilla con los nudillos.

—Por ahora la veo todavía sobre tus hombros —aseguró y volvió a encender el motor del coche—. Entonces, ¿a dónde quieres que te lleve ahora, Pandora?

—A casa —respondió sin pensar, entonces sonrió—, donde quiera que eso esté.

—A casa entonces, Pandora mía, a casa.

EPÍLOGO

El atardecer caía una vez más sobre *Enola Lake*, el calor de los últimos rayos de sol acariciaban el porche y una suave brisa se elevaba desde el lago trayendo consigo el aroma del bosque que lo rodeaba. Wolf estiró la mano y le rascó la cabeza a Merab, su compañera permanecía tumbada a sus pies, disfrutando del calor que había dejado el soleado día en la madera. Podía escuchar a Pandora riendo a través de la puerta abierta de la cocina, hablando animadamente con Sarah, quién había venido con Nikai no solo a hacerles una visita, sino a comunicarles su próxima boda. Su amigo por fin había conseguido lo que llevaba tanto tiempo persiguiendo; que su prima le diese el sí quiero.

Bajó la mirada sobre el cuaderno que tenía a su lado en el asiento y sonrió para sí. Había hecho esa lista el día en que Pandora decidió darle la espalda al pasado y afrontar el futuro a su lado, quería que la mujer que poseía su corazón fuese completamente feliz y para ello, necesitaba asegurarse de que aquellos que habían estado dispuestos a hacerle daño o a aprovecharse de su bondad, tuviesen muy claro que ella ya no estaba sola y que contaba a su lado con un lobo que está dispuesto a morder gargantas por defenderla.

Con el título de «*listas de cosas por hacer*» había enumerado las siguientes cosas:

1. *Recordarle al hijo de puta de Josh St. Pierre que si volvía a llamar a Pandora para otra cosa que no fuera decirle la maravillosa persona que era y lo buena hermana que había sido soportando su estupidez todos esos*

años, se encargaría de castrarlo y sin anestesia.

Sin duda al imbécil le había quedado bastante claro cada uno de los puntos que había dejado sobre el escritorio de su despacho cuando lo visitó hacía un par de semanas. No había tenido que recurrir a la violencia, todo lo que necesitó fue... presentarle a su lobo para que el idiota se mease «literalmente» encima.

Eso sí, a Pandora no se le escapaba ni una, porque nada más haberle colgado el teléfono a Josh, se había girado hacia él y le había dicho:

«Wolf Carson, ¿qué demonios le has dicho al gilipollas de Josh? Me ha llamado pidiéndome perdón mientras balbuceaba algo sobre unos «ojos amarillos» y unos «puntiagudos» colmillos».

Había tenido que ser realmente creativo para explicarle a su preciosa novia que solo quería conocer a su familia. Por supuesto, no se lo tragó, fue muy creativa al decirle que le pasaría a su peludo culo si volvía a amenazar a alguien, aunque lo que no pudo disimular fue el orgullo y la alegría en sus ojos mientras le hablaba sobre la llamada. Pandora tenía heridas que necesitaban ser cerradas y era su deber, como su compañero, ayudarla a hacerlo.

2. Presentarle sus respetos a Elaine St. Pierre, la madre de Pandora.

Su familia creía en venerar a sus ancestros, en que ellos eran los que te guiaban en la vida, a superar los momentos difíciles y alcanzar el bienestar. Aquella mujer había aceptado a una niña, fruto de una relación adúltera de su esposo, criándola como propia. Le había dado todo el amor y cariño del que la privó la muerte de su progenitora. Ella era la protagonista de los recuerdos felices de Pandora, de aquellos que la habían sostenido a lo largo de su vida adulta y, estaba convencido de que Elaine la había conducido hasta él.

Esa visita no la había hecho solo. Pandora se había sorprendido cuando le preguntó por la tumba de su madre, pero le emocionó el hecho de que él quisiera conocerla. Había sido un momento único, uno en el que, aunque su

novia no lo supiera, habían contado con la presencia del espíritu de la mujer y su bendición para el futuro.

3. Encontrar al hijo de puta que había engañado y plantado a su compañera en el altar y evitar que el muy cabrón pudiese engañar a ninguna mujer más.

Descubrió que el tipo era un verdadero gilipollas, además de un embaucador nato. Solía publicar anuncios y anotarse en agencias de búsqueda de pareja para encontrar nuevas víctimas de las que vivir. Su esposa, la real, pues parecía que se había casado —todo un teatro— al menos unas tres veces, había interpuesto una demanda de divorcio después de descubrir su último intento, con Pandora.

Un par de llamadas y el tipo pasaría una larga temporadita pagando por lo que había hecho ante las autoridades.

Deslizó el dedo sobre el cuarto apartado recordando el momento en que se había hecho realidad.

4. Mostrarle a Pandora su hogar.

Después de dejar Fort Saint James había conducido hasta su destino final, Enola Lake representaba un nuevo comienzo, un territorio nuevo y libre que había reclamado en cuando lo vio un par de años atrás. Había sabido que antes o después debería dejar el valle, así que había aprovechado algunas escapadas aquí y allá en busca de un lugar que pudiese permitirse y al que llamar suyo llegado el momento. La sensación que tuvo la primera vez que vio el rancho enclavado en el valle con el lago a sus pies no la olvidaría jamás, fue como saber que había llegado a casa. Había tenido que invertir todo lo que había ahorrado y un poco más, para hacerse con aquellos terrenos, pero al fin eran suyos y, después de haber visto la reacción de Pandora al ver por primera vez el lugar, supo también que lo había elegido para ella aún sin haberla conocido.

No olvidaría la ilusión que iluminó su rostro al ver la casa de dos plantas, pero aquello no se podía comparar con las lágrimas que la asaltaron cuando la llevó al embarcadero que comunicaba una parte de la propiedad con el vasto lago; Pandora había encontrado su hogar.

El quinto punto de la lista era uno que seguía siendo una incógnita:

5. *Descubrir quién demonios puso ese anuncio de «se busca esposa».*

Silvie le había jurado y perjurado a Sarah que ella no tenía nada que ver con el anuncio, que todo lo que había hecho era recoger una mañana una caja del mostrador y en su interior se encontraban aquellos panfletos. La mujer había pensado que, dado el éxito del anuncio de Elías, algunos otros habitantes de *Cheyenne Ridge* habían decidido probar suerte.

Así que, fuese quién fuese que hubiese impreso y dejado allí esos panfletos, era un completo misterio, uno que había conducido a Pandora a él.

Ya había tachado cinco de los seis puntos de su lista, le quedaba uno y, con toda probabilidad, era la más aterradora de todas.

—Nunca me canso de las hermosas puestas de sol que hay desde este porche.

Levantó la cabeza para ver a su mujer en el umbral de la puerta, cerró el cuaderno, lo abandonó sobre el sillón y, tras una última palmada a Merab, se levantó y fue hacia ella.

—Yo tampoco me canso de las hermosas vistas —replicó, su mirada puesta en ella—. Dime, ¿te sientes por fin en casa?

Parpadeó ante la inesperada pregunta, ladeó la cabeza de esa forma con la que marcaba su curiosidad y asintió.

—Ya sabes que sí, Wolf.

Le cogió la mano y se la llevó a los labios, besándole los dedos.

—Lo suficiente como para quedarte conmigo, digamos, ¿para siempre?

Sonrió de esa manera que lo volvía loco, que hacía que su sangre se

calentase y en lo único que pudiese pensar era en ella, desnuda y entre sus brazos.

—Para siempre es mucho tiempo, lobo.

—Ni la eternidad sería suficiente para vivirla contigo, Pandora mía —aseguró y, antes de que ella pudiese hablar de nuevo o perder el valor, hincó una rodilla en el suelo, echó la mano al bolsillo trasero de sus vaqueros y sacó un pequeño saquito de terciopelo—, pero es el tiempo que me gustaría pasar contigo, si me aceptas.

—¿Wolf?

Podía notar la sorpresa en su rostro, sentir su nerviosismo así como su ilusión cuando abrió el saquito y extrajo una sencilla banda de oro blanco con un pequeño cristal azul.

—Pandora St. Pierre, eres mi eternidad, posees mi corazón y mi alma y sería inmensamente feliz si me permitieses amarte durante el resto de nuestras vidas —enumeró con voz clara y firme—. ¿Quieres casarte conmigo?

—Oh, lobo —Sonrió y se mordió el labio, sujetando sus manos contra el pecho—. ¿Estás seguro de que eso es lo que quieres?

Se rio.

—Pandora mía, ¿dónde has visto tú que un lobo alfa se arrodille si no es porque está completamente seguro de que desea algo con tanta fuerza que sin ello moriría? —le dijo mirándola a los ojos—. Te quiero, mi dulce novia, te quiero para siempre.

—En ese caso, sí, Wolf —asintió tendiéndole la mano para que pudiese ponerle el anillo—. Mi respuesta es sí, lobo mío.

Y con eso podía tachar el cuarto punto de la lista, pensó Wolf, mientras cogía a la mujer que amaba entre sus brazos y la besaba hasta que no le quedase duda alguna de que ella era la única, para siempre.

FIN